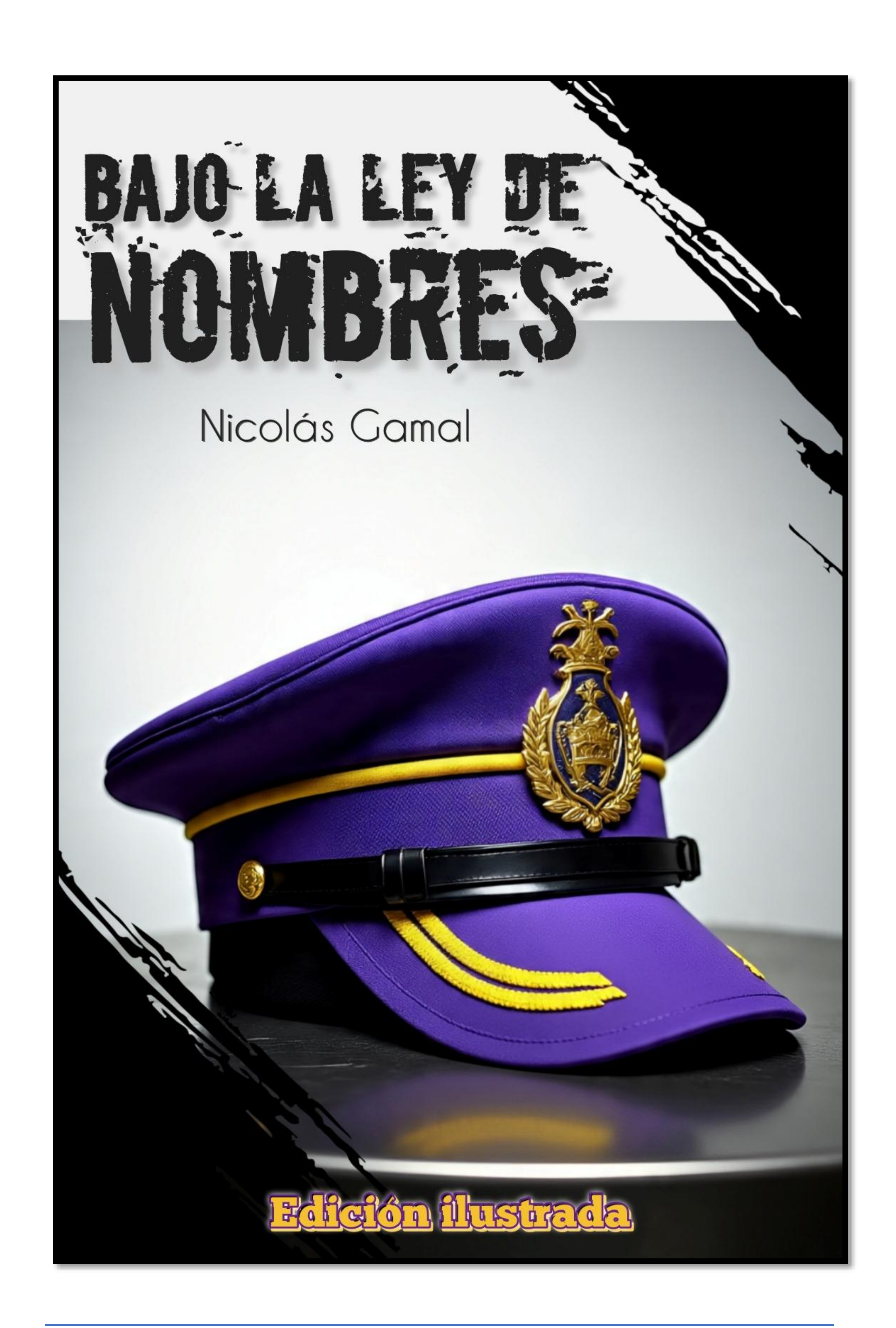


Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

BAJO LA LEY DE NOMBRES

- EDICIÓN ILUSTRADA -

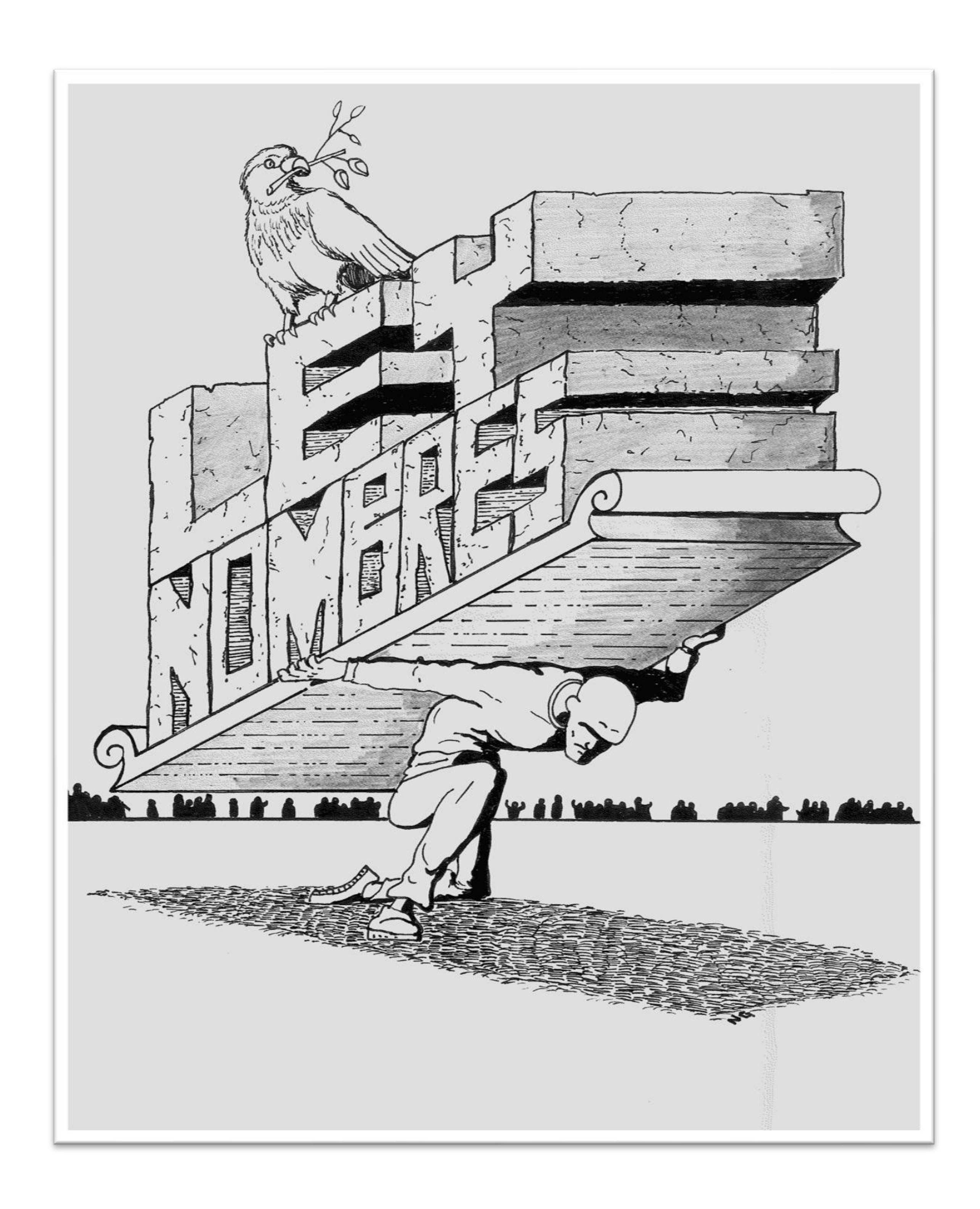
Nicolás Gamal

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

Índice

Día Primero

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ



I

Boris Mankān caminaba por una vasta pradera de hierba verde y lozana. Una brisa fresca soplaba desde el horizonte decorado con nubes blancas y almidonadas. Aquí y allá, concentraciones de frondosos árboles proyectaban oasis de sombra. No recordaba desde hacía cuánto caminaba por allí, mas no le importaba. Estaba bien, con él y con los demás, y era todo cuanto necesitaba…

Un sonido agudo y penetrante lo empujó de vuelta a la vigilia. Se preguntó qué había soñado, pues se despertó extrañamente en paz. La sensación le duró poco.

Se incorporó en la cama, la frente y la espalda estaban perlados de sudor. Miró el ventilador inerte sobre él y deseó tener un mayor margen en la tarjeta de crédito para poder afrontar el gasto de luz. Pero, en realidad, no podía achacar todo a que el valor de la electricidad aumentara cada mes. También en él recaía la culpa: cuotas por la compra de una remera Lacoste Sport; cuotas por la compra de unas zapatillas Air Jordan Retro de Nike; cuotas por la compra de un celular IPhone 15 Pro Max; cuotas para pagar el seguro de causión por el alquiler del PH en Vicente López. Mankān reconocía que nada de eso le hacía bien al bolsillo, pero, ciertamente, sí a su apreciación personal. La imagen lo es todo hoy en día, se dijo para confortarse.

Abandonó la cama y diqueló que hacía más calor del que había pensado.

Fue donde el baño y abrió la ventana, esperando que un poco de aire refrescara la casa. Lastimosamente, solo entró una vaharada de aire caliente y pastoso. Cerró la ventana. Fue donde el lavamanos y se enjuagó el rostro. Detuvo la mirada en el reflejo: cabellos crespos bordeaban una coronilla calva; ojos oscuros como lodo; barba incipiente salpicada de canas. Debía reparar esa imagen, como cada día, todos los días. Primeramente, se afeitó. Después, tomó la prótesis capilar que lo aguardaba a un lado y le untó un pegamento especial, que era costosísimo; se la ajustó con suma prudencia. Finalmente, tomó del anaquel un pequeño frasco, extrajo unos lentes de contacto, que oscilaban entre el gris y el verde, y se los colocó. La metamorfosis estaba completa. El Boris Mankān que no era, pero hubiera querido ser, se observó un momento. Sonrió apenas. Ya se detestaba un poco menos.

Fue a la cocina, preparó mate cocido y lo acompañó con unas galletas de agua. Entretanto, tomó el celular IPhone 15 Pro Max y revisó las noticias del día. Inflación, corrupción, delincuencia… Podía anticiparse a los titulares antes de reparar en ellos. Navegó hasta una página sensacionalista. ¿El agua del Riachuelo se había teñido de rojo

sangre? ¡He ahí una noticia que valía la pena leer! Boris Mankān aceptaba que crónicas de esa índole no contribuían en nada a su vida, pero tenía suficiente de la realidad como para hacérsela más angustiosa. No había nada de malo en evadirse un poco de ella.

Cuando terminó el frugal desayuno, fue donde la heladera para prepararse la vianda. No había nada allí. Memorizó ir al supermercado cuando saliera del trabajo. Quiso asegurarse de contar con dinero en la cuenta bancaria y tomó el celular. Inmediatamente supo que todo gasto que hiciera, lo pagaría en crédito. Suspiró irritado. ¿Cómo era posible que el salario no le durase más que un par de días? Cierto que, de por sí, no era cuantioso, y tampoco ayudaban esas compras que hacía para subirse la autoestima. Sin mencionar la galopante inflación, que nunca daba tregua. Se prometió someter el próximo sueldo a una economía de guerra, aun sabiendo que no iba a hacerlo. Lo único que podía sacarlo de la espiral de deudas y gastos era hallar un empleo mejor, con un salario mejor.

Su actual labor en la tienda *El Reino Verde* lo había recibido cual bendición cuando, años atrás y también asfixiado por deudas, le urgía un trabajo. Sin embargo, las jornadas de diez horas, seis días por semana, terminaron por minarle la voluntad. El mayor problema que Boris Mankān enfrentaba, o uno de ellos al menos, era que se aproximaba a los cuarenta años, no tenía título de ninguna clase, y estaba atascado en el primer año de una carrera que ni siquiera sabía si le gustaba. Entonces, ¿a qué empleo podía aspirar un individuo como él, como no sea uno cuyos requisitos de ingreso fueran mínimos, al igual que el salario? En su mente reflotó un apodo que maliciosamente le habían dado: Crusoe, porque vivía naufragando: de carrera en carrera, de deuda en deuda.

Enfiló hacia el dormitorio. Del ropero seleccionó la vestimenta que usaría ese día: la camisa Lacoste, jeans Calvin Klein, zapatillas Nike… Le resultaba tragicómico pensar que aún estaría pagándolos cuando ya no fueran utilizables.

Guardó en los bolsillos el celular y la billetera, y salió al ominoso calor de la mañana. Estaba por cruzar el pequeño jardín delantero, resguardado por un hosco enrejado, cuando notó que allí, en la vereda, un hombre lo esperaba. Era alto y delgado, de movimientos rápidos y espasmódicos como los de un insecto; vestía un traje de etiqueta tan holgado que no lo lucía. En su mano izquierda llevaba un portafolio café. Habló con una ancha sonrisa.

- Buenos días, señor. Vengo a recibir el inmueble- su tono era afable y condescendiente.
- ¿Cómo? - contestó Boris Mankān- ¿Qué inmueble?

- Este mismo, por supuesto.
- Creo que te equivocaste. Esta casa no está a la venta.
- Nunca dije que viniera a comprarla- replicó el extraño, riendo-. Dije que vengo a *recibirla.*
- No entiendo lo que decís. ¿Quién sos?
- Soy Boris Mankān.
- ¿Qué estás diciendo? *Yo* soy Boris Mankān- replicó Boris Mankān.
- Ya no.

II

Boris Mankān retrocedió, perturbado. A pesar de que aquel hombre no se había movido, ni dejado de sonreír, barruntó una amenaza a su integridad. Empezó a sudar copiosamente. Quiso contradecir la extraña afirmación, pero no supo cómo.

- La casa no es lo que esperaba, pero con un poco de trabajo puede quedar impecable- comentó el sujeto. Boris Mankān, obnubilado todavía, solo atinó a reingresar a la casa, pero aquél volvió a hablar-. Si va a llamar a la policía, no hace falta: ya lo hice yo.

Efectivamente, y como si hubieran aguardado esas palabras, una agraz melodía, similar a la sirena de una patrulla, pero más lastimera, atravesó la densa atmósfera y llegó donde ellos. Así, previo a que Mankān tuviera oportunidad de abrir la puerta, un patrullero apareció con brusquedad y se detuvo delante de la casa, rechinando los neumáticos. Inmediatamente, vino un segundo y un tercero. A pesar de ser vehículos policiales, eran sensiblemente diferentes a los que Boris Mankān conocía. Eran de color amarillo y violeta, con poderosas defensas adelante y atrás; el escudo que lucían (un carancho en pleno vuelo, con una rama de ceibo entre las garras) era acompañado por una denominación extravagante: Policía de Nombres. De cada patrullero se apearon dos oficiales, los uniformes luciendo la abigarrada coloración, y se aproximaron con paso firme. Todos llevaban cascos rebatibles, de suerte que sólo se veían las quijadas. Extrañamente, no pudo identificar el sexo de ninguno: compartían la misma complexión, la misma coloración de piel, la misma forma de caminar. Eran una misma persona proyectada cinco veces más.

Boris Mankān creyó que era conveniente ser el primero en hablar y actuó en consecuencia. No obstante, su voz quedó sepultada bajo el estruendo que provocó la aparición de un cuarto vehículo: un magnánimo camión con acoplado. Era de la misma unidad que la llamada Policía de Nombres, ya que ostentaba los colores amarillo y violeta, amén del peculiar escudo. De un costado del tráiler se abrió una portezuela, de donde descendió una pequeña figura. Era una mujer delgada y de baja estatura; blanca como la nieve y de cabello oscuro como el carbón; su rostro estaba exquisitamente modelado, pero con una llamativa particularidad: aun estando sus facciones en reposo, semejaba estar enojada. Vestía, a pesar del calor, un sobretodo de lana gris, con una banda blanca signada por el escudo con el carancho en su brazo izquierdo, y una boina de cuero teñida de amarillo y violeta. Debajo del sobretodo se asomaba un traje de vestir y una pollera, con la misma coloración. Los oficiales hicieron la viña marcial cuando llegó donde ellos.

- Natalia Leytes, inspectora de nombres- anunció, la voz más grave de lo que aparentaba, seguramente por exceso de alcohol o de tabaco-. ¿Quién hizo la llamada?
- Fui yo, inspectora- contestó el hombre insecto-. Es para hacer una sucesión.
- ¿Tiene el comprobante de la deuda?
- Sí, acá mismo- y señaló el portafolio que llevaba.
- Disculpe…, inspectora- terció Boris Mankān, acercándose al enrejado-. No sé qué está pasando acá, pero este hombre dice ser yo. Claramente, no tiene sentido que…
- Lo que no tiene sentido- interrumpió secamente la inspectora Leytes- es que usted no haya salido aún para celebrar la sucesión. Más aún cuando es usted quien incumplió con el pago.
- ¿Qué pago? ¿De qué me está hablando?
- Por favor, no hay necesidad de poner feas las cosas- dijo, conciliador, el hombre que aspiraba su identidad-. Haga lo que le dicen y terminaremos enseguida.

Boris Mankān se sintió víctima de una broma cruel y desproporcionada, de esas que sólo pueden terminar en tragedia. Reculó hacia el interior de la casa, dispuesto a telefonear a la verdadera policía. En ese mismo momento, la inspectora Leytes escupió una orden a sus subordinados:

- Tráiganlo.

Uno de los policías, ariete en mano, asestó un golpe directo al enrejado, que se desplomó por completo; incluso se llevó consigo un pedazo de hormigón de la pared. Ante semejante exhibición de fuerza, Mankān se dejó caer de rodillas y levantó las manos.

- ¡Está bien, está bien! - aulló- No me lastimen.

Un segundo oficial se acercó, lo tomó de las muñecas y se las llevó detrás de la nuca; luego, le aplicó unas bizarras esposas que no sólo sujetaban las manos, sino también el cuello. Boris Mankān se percibió víctima de un aparato de tortura. A continuación, el oficial lo levantó y lo puso delante de la inspectora, en un único movimiento. De cerca, la belleza de la mujer lo intimidó: la majestuosidad de sus facciones hacía pensar en una diosa, pero no del amor y la benevolencia, sino del castigo y la muerte. No pudo sostener la mirada mucho tiempo. Los escrutadores ojos le aguijoneaban la carne y el espíritu.

- En virtud del poder que me confiere el Poder Judicial Adjunto de la Nación- habló la inspectora Leytes, majestuosamente-, su nombre será enajenado.

Boris Mankān quiso protestar, pero un severo golpe en las costillas descubiertas, proferido por su custodia, lo obligó a callarse. El dolor lo arqueó sobre sí mismo.

- No se le permite hablar- musitó aquel, o aquella, no podía identificar un género, si es que lo había.
- Ahora, Boris Mankān- continuó la fémina, dirigiéndose al hombre enjuto-, sígame para hacer las firmas correspondientes.
- Cómo no, inspectora- acotó él, sonriendo de oreja a oreja.

El Boris Mankān original fue obligado a enderezarse y caminar. Marcharon en fila hacia la puerta lateral del tráiler. Para sorpresa suya, se abrió a un pasillo angosto y bajo, pobremente iluminado, que hedía a sudor y a humedad. Desde afuera, al menos, no se atisbaba el final, tan extenso se antojaba. Mankān dudó un segundo nada más, y fue suficiente para que su custodia lo golpeara, de nuevo en las costillas. Antes de que hubiera recuperado el aire, ya estaba dentro de la espelunca de metal.

III

La inspectora Leytes encabezaba la marcha por un oblongo corredor, que parecía extenderse más allá de lo que la lógica dictaba. A cada lado, y por espacio de pocos

metros, había puertas, de donde llegaban ruidos diversos: gimoteos, quejidos, pero en todas y cada una el inconfundible repiqueteo de una máquina de escribir. Boris Mankān iba acumulando quejas en su garganta, mas temía pronunciarlas; el ardor en las costillas aún fulguraba en él como para atreverse a protestar. Decidió mantenerse callado y sumiso, pero, cuando llegara la ocasión, hablaría.

Mientras avanzaban, Boris Mankān observó con extrañeza la deletérea presencia de la inspectora, porque le recordaba a alguien. Se vio retrotraído al pasado, uno que ahora le parecía ajeno, y en el que había venerado a una fémina tan mortífera como la que tenía delante. Con un dulce escozor en el corazón podía recordarla a *ella* y a todos los detalles que la convertían en su ídolo personal: tez dorada, cabello con reflejos de oro, mejillas mongólicas, quijada bezuda, cuerpo perfectamente proporcionado. Se recordó embriagado por el privilegio de saberse su pareja, el único con derecho a cumplir caprichos y acatar órdenes. Sin embargo, el hechizo se iría deshaciendo eventualmente, de modo que la adoración se fue trastocando en repulsión, porque ella dejaría caer, con hábil sutileza, el velo de diosa para enseñarle un aspecto, el verdadero, enteramente demoníaco. Sabía que su tóxica relación estaba abocada al fracaso, pero aun así no quería que terminara. Y sería por eso por lo que, cuando él regresó al departamento una tarde de otoño, se descompuso en lágrimas al encontrarse con que las pertenencias de su deidad ya no estaban. La mujer que, a cambio de un breve lapso de grata felicidad, le había hecho miserable la existencia, por fin se había marchado; pero ello no le evitó la consternación. Boris Mankān sintió que aquel embrujo aún le perseguiría por mucho tiempo más, lo cual se reafirmaba cuando miraba a aquella mujer.

Por fin, la inspectora Leytes se detuvo en una puerta y la abrió. Prorrumpieron en un tabuco cuya temperatura bien pudo haber derretido el mobiliario de aluminio: una mesa, un armario y dos sillas. La mujer ocupó una y, el hombre insecto, la otra. La primera extrajo, de debajo de la mesa, una máquina de escribir; le introdujo papel y comenzó a aporrear las teclas. A medida que llenaba una hoja se la alcanzaba al hombre enjuto, que, con la sempiterna sonrisa, la signaba y la acomodaba a un costado. El tiempo discurrió así, hoja tras hoja, firma tras firma.

El tabuco, desprovisto de la más mínima rendija, parecía calentarse de forma progresiva. Boris Mankān percibió, con pudor, que sus sobacos empezaban a heder. Repetidas veces intentó enjugar el sudor de la frente, pero la posición de los brazos, a consecuencia de las esposas, le vedaba tal acción. Varias gotas se escurrieron por las cejas hasta los ojos, provocándole un rabioso escozor. Pudo ver que su tocayo también

sufría el calor, pero no tanto como él. En contraposición, los uniformados se los veía atérmicos, indiferentes al asfixiante entorno.

- Bien- exclamó la inspectora Leytes, de repente-. Con esto, estamos- tomó entre sus finas manos el pilón de hojas que se había formado y le estampó, en la primera hoja, un enorme sello con tinta roja. Acto seguido, lo firmó de puño y letra en fojas que parecieron seleccionadas al azar y, finalmente, lo ató con un balduque negro. Habló al hombre insecto-: Desde el día de la fecha, y desde este mismo instante, usted es, oficialmente, Boris Mankān. Felicitaciones.
- Le agradezco muchísimo, inspectora- exclamó aquél, estrechando las manos.

El hombre sin nombre ya no pudo contenerse más. Estaba preparado para recibir otro puñetazo, pero no para permitir que continuaran burlándose así de él.

- ¿Cómo que ahora es Boris Mankān? - barboteó con voz ronca, debido a la resequedad de su garganta- *Yo* soy Boris Mankān.

La inspectora Leytes miró al hombre insecto y, después, al otro oficial, la complicidad demasiado evidente en sus ojos claros. Los tres rieron al unísono.

- Es bueno que conserve el buen humor- mencionó el usurpador.
- Yo creo que, más que buen humor, es estupidez- acotó la inspectora Leytes-. Es evidente que desconoce la Ley de Nombres. Pero, como indica nuestro compendio de leyes, ignorar una ley no lo exime a uno de cumplirla.
- ¿Qué… qué es la Ley de Nombres?
- ¿Lo ve? Está más perdido que un piojo en una calva- rio la inspectora Leytes. La alusión a la calvicie fue como un dardo para el hombre sin nombre; incluso creyó que, de pronto, el peluquín que llevaba se había hecho evidente.

La fémina se levantó y fue donde el armario, de donde extrajo una remera, un overol y un par de alpargatas, todo de color gris. Arrojó el bollo a los pies del hombre sin nombre. Al mismo tiempo, el uniformado junto a él le quitó las esposas.

- Vístase- escupió aquella. Pero, como él la miró con ojos perdidos, agregó-: ¡Vamos, no tengo todo el bendito día!

El hombre sin nombre, al ver que Boris Mankān se quitaba el holgado traje, sumado a que el oficial amagó con volver a golpearlo, procedió a desvestirse también. Con gran indignación observó cómo el primero se hacía con sus ropas, su celular, su billetera.

- ¡Es el IPhone 15 Pro Max! Cómo quería este celular- manifestó Boris Mankān, con inmensa dicha. Luego, se volvió a la ropa- Están… bastante húmedas, pero,

bueno, no se puede pedir todo-. Después, tomó las prendas que había usado y preguntó a la inspectora Leytes-: ¿Qué hago con esto?

- Déselas al oficial.

Una vez que se hubo vestido con el risible overol, que, además, le quedaba algo ajustado, el hombre sin nombre habló, con un hilo de voz:

- Quiero saber qué está pasando.
- No estás en posición de exigir nada- ladró el uniformado junto a él, que le volvió a colocar las esposas.
- No me concierne en lo más mínimo- exclamó Boris Mankān-, pero quizás deban decirle algo. Lo mínimo e indispensable, al menos.

La inspectora Leytes bufó largamente y se levantó de la silla. Voceó con profunda acrimonia:

- No acostumbro a hacer esto, pero el señor Mankān ha sido, y es, un ciudadano ejemplar. Solo por eso accederé a su petición. Usted- y clavó los ojos en el hombre sin nombre- ha pasado a ser un *coso* por disposición de la Ley de Nombres.
- ¿Un *qué*? - barboteó el aludido.
- ¡Un coso! - estalló la mujer- ¿Lo ven? Es una pérdida de tiempo: no tiene idea de dónde está parado. Se ve que estuvo viviendo en una pava. Vamos.

La inspectora Leytes enfiló hacia la salida y todos le siguieron. El coso quiso hablar, pero su guardián le asestó un tercer golpe en las costillas, a la vez que le indicaba que mantuviera la boca cerrada. Desanduvieron el camino que habían hecho y salieron de nuevo al exterior. Cuando abrieron la portezuela, y el calor exterior los volvió a recibir, el coso quedó pasmado: ya no estaban delante de su casa. Durante todo el proceso de firmas, el vehículo se había movido, y ahora ignoraba dónde estaban. Su tocayo bajó del tráiler y, haciendo una reverencia, se despidió muy agradecidamente. La fémina indicó al oficial que le quitara las esposas al hombre sin nombre y, después, lo sacara de su vista.

- ¿Qué voy a hacer ahora? - preguntó débilmente, cuando estuvo de nuevo en la acera.
- No es mi problema- replicó la inspectora Leytes, y cerró la puerta.

El camión, con rugido atronador, se puso de nuevo en marcha, abriéndose paso por entre la densa atmósfera caliente.

IV

El coso se descubrió paralizado en mitad de la calle, completamente acoquinado. Incluso sus pensamientos se habían empantanado en una sola oración, que se revolvía sobre sí misma una y otra vez: *¿qué está pasando?* Forzó a sus neuronas a dar con la respuesta, o incluso a formular una diferente, mas estaba completamente obnubilado.

El bocinazo proferido por un conductor apresurado lo expulsó de nuevo a la realidad. Subió a la vereda y, buscando huir de los tiránicos rayos del sol, se acomodó bajo un árbol. Ejecutó una minuciosa retrospectiva en su mente, analizando los últimos hechos, buscando la lógica, la razón en ellos. El resultado, por demás fallido, solo le generó un agudo dolor de cabeza. Se enjugó el sudor de la frente con la manga del overol y, solo entonces, reparó en su ajustada vestimenta. El conjunto solo tenía dos bolsillos, ambos a la altura de la cadera. Rebuscó en ellos y dio con una tarjeta. Con gran avidez leyó el sucinto contenido:

DIRIGIRSE AL CENTRO DE NOMBRES DE SU LOCALIDAD.
PRESENTAR CÓDIGO: ELM1428

La tarjeta, en sí misma, no arrojaba claridad sobre la abstrusa situación, pero al menos encauzaba las acciones a seguir. El coso no recordaba la existencia del mencionado Centro de Nombres, pero resolvió que, de ser real, debería hallarse en un edificio del Estado. El más próximo tenía que ser, o eso esperaba, la municipalidad. Buscó la placa domiciliaria de la casa frente a él, para saber dónde estaba. Le sorprendió hallarse en las proximidades de la Avenida General Paz. Tenía un largo camino que recorrer hasta la Municipalidad de Vicente López.

Se puso en marcha. Calculó que sería el mediodía, puesto que el sol llegaba a su cenit. El coso intentó moverse por donde hubiera más sombra, tarea que resultaba casi imposible. Barruntó que sería una penosa caminata: lo acuciaba la sed, lo asfixiaba el calor, le escocía la prótesis capilar; para peor, hedía a transpiración. Necesitaba enfocar sus pensamientos en algo más, por lo que resolvió reconstruir, otra vez, las últimas horas. Concluyó que el origen de su situación se debía a un impuesto que no había pagado, lo cual lo sorprendió. Él podía reprocharse muchas cosas, pero jamás la falta de memoria; menos aún si se trataba de deudas. De hecho, desde que se levantaba hasta

que se acostaba, los créditos e impuestos a pagar le martilleaban los sesos permanentemente. Ya comenzaba a analizar cómo afrontaría ese nuevo impuesto en su vida.

Dobló en una esquina y atisbó, por primera vez en ese día, a una persona. Se trataba de un señor de más de setenta años, que barría con diligencia la vereda de su casa. La escena, aún con toda su cotidianidad, rezumaba una malsana extrañeza, una que no podía especificar. Mantuvo la marcha, pero la curiosidad lo obligó a detenerse y ver, con mayor detenimiento, aquel cuadro.

Le llevó unos pocos minutos comprender por qué le resultaba chocante: el señor no usaba una escoba para barrer la vereda, sino a un hombre, que vestía un uniforme como el suyo, pero con la diferencia de que el overol era celeste, la remera blanca, y las alpargatas amarillas. Aquél estaba de rodillas, con un palo de madera atado al cuello, con el que se lo maniobraba; las manos hacían las veces de cepillo.

El anciano, cuando se percató de la presencia del coso, se detuvo. El rostro inexpresivo mutó en una máscara de aberración. El coso, intimidado, retrocedió unos pasos. Su conciencia le decía que aquello estaba mal, y que debía hacer algo al respecto.

- ¿No tenés nada que hacer, vos? - dijo el ganapán, con voz áspera.
- ¿Por qué hace eso?... No puede degradar así a una persona.
- Yo no estoy degradando a nadie- replicó extrañado, como si la obviedad de la situación no fuese evidente.
- Usted- señaló el coso al hombre de rodillas-. ¿Por qué se deja tratar así?

El aludido se mantuvo callado; se limitó a levantar mínimamente los ojos hacia el coso, mas no emitió sonido.

- ¿Por qué le hablas a mi escoba? - dijo el anciano, jocosamente.
- No es una escoba, ¡es una persona!

El anciano se rio con malicia.

- ¿Sabés que tenés razón? ¡No me había dado cuenta! Es más- y, a continuación, se bajó ligeramente los pantalones, dejando entrever unos calzones blancos-, acá tengo a otra persona. ¡Capaz se hagan amigos! - y carcajeó de nuevo.

Al comprender que el afectado no se uniría a su propia causa, el coso abandonó la lucha sin decir nada más. El anciano, por su parte, lanzó un escupitajo al suelo y continuó afanoso su labor, entre maldiciones y perjurios.

El coso reanudó la marcha. Traspuso varias cuadras, pero la última frase del anciano seguía adherida a él, como un ser hematófago, porque le recordó algo de lo que carecía:

amigos. Naturalmente, no era algo que lo enorgulleciera, pero tampoco que lamentara en demasía. La verdad era que, otrora, había cosechado una amistad sin parangón, cuyos frutos resultaron exquisitos; sin embargo, el tiempo avanzó irresistible y la decadencia se abatió sobre esos mismos frutos, derivando en amargas experiencias que se prometió nunca volver a vivir. Quizás la resolución pecara de extremista, pero su temperamento era lo bastante sensible como para resistir esa clase de embates más de una vez. Llegó a verse a sí mismo como un animal salvaje, cuyas aspiraciones vitales se reducían al mínimo: ocuparse y preocuparse únicamente de sus asuntos, sin nadie a quien esperar, sin nadie que lo espere a él. La excepción se daría, si se daba, cuando hallara una pareja, la única presencia que estaba dispuesto a dejar franquear su coraza. Esa falta de allegados ahora volvía a pesarle, pues no tenía a nadie a quien recurrir, nadie que le explicara en qué estaba metido, nadie que lo acompañara con esa extraña carga que le había arrojado.

Un cuarto de hora después, el coso llegó donde la avenida Maipú. A pesar del agobiante calor, había más gente de la que hubiera esperado. Al principio no reparó en ello, mas, cuando una persona se tropezó con él, diqueló una rareza: nadie advertía su presencia. Los transeúntes caminaban absortos, inmiscuidos en sus preocupaciones, sin advertir la entidad que debía sortearlos con rapidez para no ser embestido.

Con todo, eso no era lo peor: en las contadas ocasiones que sí reparaban en él, sus aspectos impávidos eran poseídos por una cólera irrefrenable, como si el coso fuera la materialización de todo lo malo, profano y tremebundo de la vida. Una vez, incluso, creyó ver que un hombre amenazaba con proferirle una patada. Dedujo que la vestimenta que llevaba tendría la culpa. Puesto que quitársela y quedar desnudo no era una opción viable, resolvió desviar la marcha a las calles interiores, aún si le tomaba más tiempo llegar a destino.

Lastimosamente, ni siquiera en su nuevo itinerario estaba a salvo del incomprensible odio que despertaba su persona.

Ocurrió que pasó junto a una casa donde había, detrás de un enrejado, un par de niños jugaban. Cuando notaron su presencia, corrieron a esconderse detrás de un árbol y empezaron a cuchichear. Sin embargo, su aguda voz se oía con nitidez.

- Es un coso, ¿viste? - dijo uno de ellos.

De nuevo aquel horrible mote: *coso*. ¿Por qué parecía ser el único que ignoraba su significado? Resolvió preguntarles.

- ¿Por qué me dicen así? Coso. ¿Qué significa esa palabra?

La pequeña cabeza de un niño de diez años asomó entre las ramas.

- Papá nos prohibió hablar con los cosos. Dan mala suerte, y roban, y matan.
- Y se llevan a los chicos que se portan mal- dijo la voz de una niña-.

El coso no daba crédito a lo que escuchaba.

- ¡Rajá de acá, hijo de puta! - estalló un vozarrón desde alguna parte. El coso no había conseguido ubicar la fuente de las palabras cuando una alpargata, salida de la nada, se estampó en su cara. El golpe le hizo arder la nariz-. ¡Tomatela antes de que te desarme a trompadas! - Otra alpargata voló hacia él, pero chocó con la reja. El coso reculó de inmediato. Dejó atrás la casa en una corta pero rápida corrida. Ni siquiera llegó a ver quién era el que lo había expulsado como si fuera una alimaña.

El coso anotó, mentalmente, no volver a interpelar a nadie más antes de llegar a la municipalidad, y confirmó su voto al mantener una marcha firme y presurosa, cual autómata.

Así, minutos más tarde, calculó que, por la distancia que había recorrido, debía de estar a la altura de su destino. Dobló en la siguiente esquina, con los latidos del corazón resonando en la garganta, y se apareció de nuevo en la avenida Maipú. Se movió rápido pero sutilmente, de forma que no despertara el odio intrínseco de los transeúntes hacia su persona. No hizo falta que cruzara la avenida para que descubriera que, así como su propia existencia había cambiado, también lo había hecho el mundo que conocía.

V

Primero barruntó haberse desorientado, producto de los desvíos que había hecho, mas no era posible: todos los comercios, edificios y locales que él solía usar como referencia estaban allí. Ergo, debía aceptar la realidad: la municipalidad ya no existía. El terreno que alguna vez fuera lugar del magnánimo edificio estatal ahora pertenecía a una todavía más magnánima infraestructura: un centro comercial. El Unicenter o el DotBaires Shopping eran construcciones menores parangonadas con la grandilocuencia que ostentaba aquella. El coso tuvo el impulso de preguntarle a un peatón si estaba desvariando, pero recordó que podía ser agredido sin pena ni gloria, así que se mantuvo callado. Optó por acercarse al emporio con la idea de cerciorarse por sí mismo.

Ciertamente, y a su pesar, la edificación era todavía más real que él mismo. Unos inmensos portales de vidrio daban la bienvenida a una experiencia mercantil sin precedentes. Se adivinaban escaleras mecánicas de primer nivel, ascensores provistos de última tecnología, centros de atención automatizados con comandos de voz. Hacia un costado se abría la entrada a un estacionamiento subterráneo. Hacia arriba, se apilonaban pisos en los que se vislumbraba gimnasios, locales de comida e incluso un cine. Pero lo que más le sorprendía era el ininterrumpido flujo de personas que entraba y salía, todos recibidos con florituras por la vanguardia del comercio y el placer que exhibía el centro comercial.

De pronto, un sujeto, con uniforme de seguridad, se apareció frente al coso. Éste, que imaginaba otra golpiza, retrocedió de inmediato.

- ¿Buscabas la municipalidad? - exclamó aquél.
- Sí- musitó el coso, y debió carraspear para aclararse la reseca garganta-. ¿Sabe dónde está?
- No me mires cuando hables, no quiero que me jodan después- y, acomodándose el cinturón, miró en otra dirección-. Seguí por esta misma calle, para allá, unas tres cuadras. Después, girá para adentro, otras tres cuadras. Hay un cartel y todo. No te podés perder.
- Muchas gracias.
- Por favor…, no vuelvas por acá, ¿OK?

El coso asintió levemente y emprendió el camino indicado. Esta vez marchó bordeando la acera, sobre la calle, de modo que los viandantes no lo agredieran o, en el mejor de los casos, que no tropezaran con él. Mientras avanzaba, se preguntó por qué no había visto otras personas vestidas como él ese día ni los anteriores. Supuso que la preocupación de su situación económica, la cual engullía sus pensamientos cual agujero negro, le habían vedado la percepción de la realidad más de lo que creía.

Cuando el coso hubo llegado al punto donde le habían señalado, se topó con un local de comida rápida de origen internacional. Un vaho a carne y fritura, que se expandía por la densa atmósfera, le hacía rugir el estómago y salivar la boca. Empero, y más allá de eso, no había ninguna municipalidad allí. El coso decidió volver sobre sus pasos, puesto que creyó haberse desorientado. Entonces, notó un pequeño cartel de plástico que rezaba "Municipalidad de Vicente López", pegado en un poste de luz; la escueta anotación era acompañada por una flecha que señalaba una angosta puerta sita entre una casa residencial y el restaurante. El coso traspuso el portal y se encontró con

una escalera de hormigón que descendía en espiral. Directamente frente a él un segundo cartel corroboraba que, allí abajo, se hallaba el organismo estatal.

Descendió cautelosamente, ya que no había luz que iluminara el camino, excepto la que procedía de la puerta por la que había entrado, y que para entonces ya se había cerrado. Privado de la visión tuvo que recurrir al tacto de las paredes para no caer de bruces. Un intenso hedor a humedad le atacaba la nariz y lo hacía toser. No pasó mucho hasta que una segunda luminiscencia, en la sima del recorrido, le señaló que había llegado. Arribó a lo que parecía ser una sala de espera, de techo bajo y paredes enmohecidas, atestada de personas que, para su sorpresa, vestían igual que él. Todas estaban de pie frente a un cartel electrónico que indicaba el número que sería atendido. Hacia un lado había una expendedora de turnos. Sacó el suyo. El papel indicaba el número NOV-1965, y el aparato digital NOV-1954.

Ávido de respuestas a su situación, el coso avanzó hacia una de las personas, un hombre de edad avanzada, y lo interpeló.

- ¿Acá es el Centro de Nombres? - dijo, y le enseñó el papel que encontró en su overol, aquel que rezaba el código ELM1428.

El aludido lo miró de soslayo un segundo, pero no respondió. El coso reiteró la pregunta, mas aquél solo se alejó, introduciéndose entre la masa de gente. Contrariado, el coso recurrió a otra persona, una mujer de edad parecida a la suya. La respuesta, o la falta de ella, fue idéntica a la anterior. La diferencia radicó en que la mujer pareció advertirle algo con los ojos, algo que el coso no descifró hasta que fue demasiado tarde. Un golpe en su flanco izquierdo le hizo perder el equilibrio.

- No tienen permitido hablar- vociferó una voz asexuada, cargada de rabia. Un oficial de la Policía de Nombres le demandaba silencio so pena de recibir otro porrazo con el bastón. El coso se irguió lentamente, con las manos en alto, y le enseñó el papel a modo de interrogación. La sucinta respuesta fue un gruñido, uno cuyo significado el coso no quiso verificar. Permaneció mudo en su sitio.

A pesar de que los números avanzaban rápidamente, la cantidad de personas acumuladas no disminuía, sino lo contrario. La ausencia de ventanas o de conductos de ventilación en la sala provocaba que el escaso aire se enrareciera progresivamente; que el calor y la humedad se tornaran insoportables; que el vaho a piel y transpiración resultaran asfixiantes.

El coso trató de abrirse paso hacia la periferia de la masa, cuando diqueló que otros infortunados como él iban llegando: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, todos con

la misma ropa que él, todos tratados de la misma forma cuando preguntaban algo. Solo uno de ellos, un muchacho brioso y fornido, se retobó ante el maltrato, lanzando vituperios uno tras otro. El oficial, sin mediar una segunda advertencia, descargó una seguidilla de golpes sobre el insubordinado, ora en el torso, ora en la cabeza, hasta que éste terminó hecho un bulto inmóvil y ensangrentado. El coso, que había contemplado el suceso demudado, se avergonzó de sí mismo por no haber intervenido en defensa del sujeto; empero, tampoco nadie más había siquiera amagado con hacer algo. El uniformado limpió el bastón enrojecido en la ropa del muchacho, que, a juzgar por su lastimosa respiración, seguía con vida; luego, a base de puntapiés, fue movido hacia un rincón, donde no molestara el paso.

El contador digital marcó NOV-1965 y el coso se movió, casi en puntas de pie, hacia el frente de la sala. Avanzó por entre la muchedumbre hasta llegar donde una puerta de madera. Antes de abrirla, tuvo la precaución de volverse hacia el policía, por temor a que su accionar mereciera un escarmiento. Cuando hubo franqueado el portal se halló en un largo pasillo, con puertas a cada lado, a distancias equidistantes. La macilenta iluminación la proveían unas mortecinas bombillas que caían del cielo raso con el cableado al aire. El eco de una voz grave y varonil llegó a él desde el final del corredor; dictaba con voz parsimoniosa el código NOV-1965, una y otra vez. El coso fue hasta allí y se topó con una escalinata que descendía. Bajó por ella.

Un nuevo corredor, idéntico al anterior, se extendió ante él. La voz continuaba su imperturbable llamado. El coso vio una puerta entreabierta a mitad de camino y, con los nudillos, llamó. La voz lo invitó a pasar. La habitación era oblonga, con manchones oscuros extendiéndose por las paredes; tenía varios archiveros de metal oxidado y un escritorio de iguales características en el centro.

- Pasá, sentate- exclamó un sujeto alto y bien parecido, de complexión atlética, que lucía un traje de vestir ceñido al cuerpo-. Me llamo Aarón Forte, soy abogado.
- Espero que pueda ayudarme, porque me siento en una pesadilla- barboteó el coso.
- No soy un cazador de sueños, pero creo que algo puedo hacer- replicó el letrado, jocoso, mientras sorbía de su café.
- Este… ¿Puedo pedirle un vaso de agua, por favor? Me muero de sed.
- Después. ¿Cómo dijiste que era tu nombre?

El coso se sorprendió por la pregunta. No porque fuera desubicada, sino porque, por una agobiante fracción de segundo, había olvidado cuál era su nombre. Se rascó en el borde de la prótesis mientras cavilaba, porque el escozor era ya insufrible.

- Soy…Boris Mankān.
- Alto nombre- comentó el letrado mientras lo anotaba en una libreta-. Por tu ropa deduzco que venís a reclamarlo.
- Sí, sí… Lo peor fue que no entendía nada de lo que estaba pasando. Me guié por este código nada más, que estaba en el bolsillo…
- ¿Cómo que "no entendías"?… ¿Qué, vivís en una pava? - inquirió Aarón Forte.
- ¿Por qué dice eso?
- Porque, *lo que estaba pasando*, es la Ley de Nombres.
- No sé qué es eso…
- Ah, bueno, eso aclara las cosas… - concluyó Aarón Forte, molesto-. Si me pagaran un peso por cada vez que tengo que explicar esto, desde cero, ya me habría comprado un departamento en Puerto Madero. En fin… ¿Por dónde empiezo?

Repiqueteó los dedos sobre el escritorio, pensando.

- Vamos por el principio- decidió, y aspiró hondamente antes de hablar-. Hace un tiempo, el presidente emitió un DNU, la Ley de Nombres, que indicaba que el nombre, que se compone del prenombre y el apellido, es parte integral de la persona, ya sea física o jurídica, por lo cual puede y debe ser visto como parte de su patrimonio. Mi nombre es mío, es de mi propiedad, como también lo es mi celular o mi auto. ¿Entendés? Y, como todo patrimonio, es susceptible de ser gravado. Vamos con un ejemplo. Suponte que compras un auto nuevo, ¿qué tenés que hacer? Pagar los impuestos y tasas correspondientes: valor de inscripción del 0KM, la cédula, el formulario 01, el 12, la chapa patente, etc., etc. Suponte, también, que no pagás dicha patente, ya sea porque colgaste, porque sos anarquista, o lo que sea, ¿qué pasa? El Estado, o lo que lo mismo, su aparato judicial, está habilitado a secuestrarte el vehículo hasta tanto se regularice esa deuda. Bueno, exactamente lo mismo sucede con el nombre: si no pagas la carga tributaria de tu nombre, el Estado tiene la potestad de sacártelo y disponer de él como lo crea conveniente. ¿Me seguís?

En realidad, el coso se había perdido. La jerga legal lo confundía. Asintió dubitativamente, con la esperanza de que la explicación continuara. Para su pesar, no

fue así. Forte se irguió todo lo alto y musculoso que era y, del cajón del escritorio, sacó un celular y una billetera.

- ¿Se va? – inquirió, ansioso.
- Sí, renuncio… - rio entre dientes y dijo:- Es joda, me voy a comer. Pero podés venir conmigo, así ahorramos tiempo. De paso, sigo con mi cátedra.

Los dos salieron al caluroso y opresivo exterior, no sin antes pasar por la sala de espera, que cada vez recibía más y más personas.

- ¿Por qué se acumula tanta gente ahí? - preguntó el coso- A mí me atendieron bastante rápido.
- Porque están esperando.
- ¿Qué cosa?

Aaron Forte hizo una mueca extraña con el rostro, que pudo haber sido de asco o de burla, y dijo:

- Un milagro.

VI

El coso acompañó a Aarón Forte hasta un vehículo igual de llamativo que su dueño: un Volvo S90; era de color oscuro, con una etiqueta en la luneta trasera que rezaba: Únete a los mejores, o muere con el resto.

- Tenés que sentarte atrás: los cosos no tienen permitido ir adelante… Pero en el suelo, donde van las piernas.

El coso miró al jurisconsulto. Se preguntó si le estaba tomando el pelo, pero la neutralidad de sus facciones le decía lo contrario.

- ¿Vas subir o no? – barboteó, irritado. El coso obedeció y, así, comenzó el viaje como mercancía de contrabando. Si bien el ambiente climatizado del habitáculo era de agradecer, la forma de conducir del abogado no lo era: agresiva, errática, despreocupada de sí mismo y de los demás.
- ¿Podrías seguir con la explicación? - preguntó el coso. Quería una charla que lo distrajera de las nauseas que le provocaba el vertiginoso paseo.
- Cierto que también me pagan por enseñar derecho. Bueno, te decía que el Estado puede sacarte el nombre si no pagas el correspondiente impuesto. El problema fue que la cantidad de infractores superó lo que el oficialismo esperaba. Para

regular la situación, crearon el Poder Judicial Adjunto de la Nación, que se encargaría de regular todo lo concerniente a la Ley de Nombres. Pero los transgresores continuaban en aumento, así que el Gobierno decidió privatizarlo con la esperanza de que mejorara la gestión. Y, de hecho, así fue. Apareció la Policía de Nombres, los inspectores de Nombres (seguro que conociste a alguno), el Ministerio de Nombres, e incluso un Escuadrón de Nombres (que no tuve la suerte de ver de acción, todavía). Y, lo admito, se nota mucho la diferencia ahora que está en manos de capitales extranjeros.

Por fortuna para el infortunado coso, el viaje no se prolongó demasiado, pues, a los quince o veinte minutos, el letrado detuvo el vehículo y le indicó que se apeara. Estaban en las puertas del Convergencia, un restobar que emulaba casi perfectamente el *diner* pintado por Edward Hopper en *Nighthawks*. La diferencia evidente era que, junto a los ventanales, había mesas con sus correspondientes sillas.

Antes de entrar en el local, Aarón Forte se detuvo y dijo al coso, muy serio:

- ¿A dónde vas?
- ¿Cómo que a dónde voy? Adentro, con vos- replicó el coso, confundido.
- Sí, claro- rio de buena gana el letrado-. Los cosos no tienen permitido entrar en ningún establecimiento que sea privado.
- ¿Me estás cargando?
- Eso mismo iba a preguntarte yo- Forte dibujó un semblante hosco-. O sea, no tengo nada contra vos, en serio, pero acá, el que sabe, soy yo. Y, si te digo que no podes entrar, significa que no podes entrar. ¿Entendés?

El coso sintió la necesidad de insultarlo, de golpearlo, incluso. De haber tenido una personalidad más fuerte, sin duda lo hubiera hecho, pues sentía que se mofaba de su desgracia. No obstante, debió reconocer que necesitaba a ese individuo, y si quería salir del infierno que estaba viviendo debería acatar todo lo que él indicara, por más ridículo que fuera. Aarón Forte concluyó, burlesco:

- No te vayas muy lejos.

Indeciblemente contrariado, el coso observó cómo el letrado franqueaba la puerta de cristal y se movía por entre las mesas y los comensales, hasta encontrar un lugar donde sentarse. Pidió una abundante comida que se tomó el tiempo para consumir. Entretanto, el coso se mantuvo en la magra sombra que proyectaba un nomenclador de calles, buscando huir de la abrasadora luz solar. Luego de un lapso incuantificable, el abogado

salió finalmente del local, apurando una botella de agua mineral; luego, la arrojó, a medio terminar, en un cesto de basura, delante de los anhelantes ojos del coso.

- Bueno…- comenzó Forte, eructando-, acompañame a dar una vuelta, así bajo la comida.

El coso, resignado ya a la seguidilla de ridículas indicaciones de su abogado, accedió sin chistar. Caminaron una cuadra y se toparon con una plaza que albergaba un colosal laberinto elaborado con cipreses.

- Me gusta venir acá para despejar la mente- comentó el letrado.
- ¿Podemos volver a mi problema? – insistió el coso.

La pareja ingresó dentro del laberinto.

- ¿En dónde me quedé?
- Me hablaba de la Policía de Nombres. Pero me gustaría saber por qué me dicen *coso*.
- Porque no sos una persona, sos un *coso*. No es mucha ciencia.
- Claramente, sigo siendo una persona.
- No para la Ley.
- No entiendo.
- Quizás no te llega el agua el tanque- bromeó el letrado-. El DNU de la Ley de Nombres, que consta de más de 100 páginas, abarca todo lo relacionado al nombre: clases de nombre, cantidad de nombres que una persona puede tener, qué impuestos acarrea y cuáles son las penas por no pagarlos, los derechos y obligaciones de tener un nombre, etc. También, habla de qué pasa con la persona cuyo nombre ha sido enajenado. Ahora bien, el Derecho diferencia entre personas, jurídicas y físicas, y cosas, muebles e inmuebles. Yo, por ejemplo, soy una persona física; el Poder Judicial Adjunto de la Nación es una persona jurídica. Mi auto, por otra parte, es una cosa mueble, ya que tiene movilidad; este laberinto, es una cosa inmueble, porque está arraigado acá.

Torcieron en una esquina. La pared de cipreses era lo suficientemente alta como para proyectar sombra en el recorrido, de modo que el calor no resultaba tan asfixiante.

- El tema es que, según la Ley de Nombres, una persona que no tiene nombre no tiene patrimonio, por tanto, no tiene identidad. A su vez, si no tiene identidad, no tiene patrimonio, ergo no es una persona. ¿Entendés?
- ¿Me estás diciendo que mi existencia como ser humano se justifica por mis posesiones?

- ¡Obviamente! – vociferó el letrado - A mi nombre tengo el auto, la tarjeta de crédito y de débito, el departamento donde vivo… Todo eso es la garantía de que Aarón Forte existe. Los *homeless*, por ejemplo, no tienen nada y, por eso, no existen para el Estado más allá de las estadísticas de indigencia. *Tengo luego existo*, como digo yo.

Giraron en una segunda esquina. El coso desatendió por completo el rumbo que tomaban, tan absorto estaba en la plática con su interlocutor.

- Entonces, si no soy una persona, ¿soy una cosa?
- No. Sos algo distinto, legalmente hablando: un *coso*. Estás a medio camino entre persona y cosa, pero ninguna de las dos. Ni siquiera entrás en la definición de "persona no humana", como Sandra, la orangutana. El derecho no aclara bien qué sos, pero sí especifica qué podés y qué no podés hacer; como entrar a un establecimiento privado, por ejemplo.

Súbitamente, la voz de Forte le llegó lejana, como si proviniera de una distancia inasequible. Entonces, el coso diqueló que estaba solo. Se volvió sobre sí y buscó al jurisconsulto, mas no pudo hallarlo. Estaba solo.

- ¿Dónde estás? No te veo- vociferó el coso, alarmado.
- Lo que me faltaba… Seguí el sonido de mi voz.

El coso lo oyó como si proviniera de algún lado a la derecha, así que enfiló en esa dirección.

- Ahora bien, una vez que dejaste de ser persona para ser coso, ¿te quedás así, para siempre? Claramente, no. La Ley de Nombres establece la clasificación de "coso" como algo transitorio: fija un plazo específico para regularizar la situación de tu nombre y poder apelar por él. Mientras tanto, tu nombre no queda en el limbo, sino a disposición de quien pueda adquirirlo.

Arribó en mitad de un corredor que se extendía largamente hacia ambos lados. No había señales del abogado por ninguna parte. Comenzaba a desesperarse.

- Ahí es donde aparece el hombre que te visitó hoy. Él saldó la deuda que tenía tu nombre y se lo quedó. Volviendo al ejemplo del auto, si compras uno usado, te tenés que hacer cargo de las deudas que tenga, si no lo hace su propietario. Por todo esto, para el Estado argentino, él es Boris Mankān… ¿Me estás escuchando?

- Sí, sí- jadeó el coso, que dobló en una esquina y se topó con una pared. Musitó un perjurio contra el abogado y volvió sobre sus pasos-. Pero si él se queda con mi nombre, ¿cómo voy a hacer para recuperarlo?
- Para eso existe el plazo que te mencioné antes. Eso sí, una vez que expira, no hay vuelta atrás: no sólo perdés la chance de apelar, sino también tu nombre, y de manera permanente. Además, tu existencia legal como coso, que, recordemos, es transitoria, se termina también. Entonces, para la Ley, te convertís en una cosa. Una cosa mueble, para ser exacto. Y, como tal, quedás a disposición de quien sea que te compre.

La imagen del hombre que hacía de rastrillo, a completa merced del desagradable anciano, estalló en su mente. Se detuvo en seco. Había llegado a una encrucijada: figurativa y literalmente.

Un súbito vértigo se apoderó del coso. La conjunción del calor, la ridiculez de lo que oía, y la perspectiva de un futuro sin identidad, lo devoraron. Se vio así mismo al borde de un despeñadero de dimensiones bíblicas. Violentas arcadas lo sacudieron; de haber tenido algo en el estómago, lo hubiera vomitado allí mismo. Fue consciente de que toda su vida, su deleznable pasado y su precario futuro, absolutamente todo cuanto él significaba, corría riesgo de volverse polvo: el presente se había convertido en una trituradora cuyos pistones eran una ley arbitraria y risible, pero con la fuerza suficiente para borrar toda una existencia. Se le aflojaron las piernas y cayó de rodillas. Su visión se tornó vidriosa.

- ¡Ahí estás! - exclamó Forte, acercándose. Al verlo en el piso, agregó, jocoso: - ¿Vas a ponerte a rezar?

Casi involuntariamente, el coso se aferró a la pierna del letrado con desesperación, como si, de hecho, estuviera a punto de caer en un sumidero. Los nervios que no dejaban de machacarlo lo impelían a comportarse de manera estulta.

- Por favor- musitó, con la vista perdida-. Por favor, ayúdeme. No quiero ser una cosa...
- Me estas cortando la circulación, aflojá un toque- se quejó Forte, mientras lo levantaba de un brazo-. Llorando no vamos a conseguir nada. Vení, vamos.

El hombre llevó al coso fuera del laberinto. Después, volvieron sobre sus pasos hasta el Convergencia, donde estaba aparcado el automóvil. Aarón Forte sacó de un bolsillo un desodorante en aerosol y se lo aplicó en los sobacos. Luego, buscó sus cigarrillos y encendió uno.

- Cómo necesitaba un faso- anunció aquél, dando un pitada-. En fin… Ahora que sabés, más o menos, en qué estas metido, podemos pasar a la parte importante: cómo recuperar tu nombre.

Los ojos del coso se abrieron como platos; una luz de esperanza cabrilleó en ellos. Quizás, no todo estaba perdido.

VII

Aarón Forte acabó el cigarrillo e hizo seña al coso para que abordara el vehículo. Una vez dentro, lo puso en marcha y habló:

- Para recuperar la posesión de tu nombre la Ley es muy clara: se necesitan de tres evidencias específicas para demostrar, fehacientemente, que: a) antes de ser coso fuiste una persona; b) que ahora seguís siendo una persona, y no un coso; y, por último, c) que si dejás de ser coso, podés ser una persona.
- Creo que dijiste siempre lo mismo…- dijo el coso, que todavía estaba acomodándose cual ovillo en la parte trasera.
- Así está en el Código Civil, no lo digo yo- el letrado puso primera y salió violentamente del estacionamiento-. Bien, ¿cuáles son las pruebas que tenemos que reunir? Muy simple, y cito, de nuevo, el Código Civil: una cosa invertebrada del filo de los artrópodos, específicamente hematófago; una suma pecuniaria obtenida mediante dádiva ajena; y, por último, la ratificación positiva y concurrente de una persona humana.
- Perdón, pero… No entiendo nada de esa jerga legal.
- Está bien… Hablando mal y pronto, necesitamos: que un bicho te pique; que te den una limosna; y que alguien que conozcas te reconozca como persona.
- ¿Es en serio todo esto?
- Por supuesto. Cuando los congresistas se reunieron para modificar el Código Civil y Comercial, en base a lo establecido por el DNU AL.1979/PR.1987, ese del que te hablé, ¿viste?, concluyeron que, para saber si un coso es, o fue, una persona, son ésas, y no otras, las pruebas que pueden aseverarlo. Analicemos una por una: los bichos que pican, como los mosquitos, pican seres vivos; un mosquito no va a picar a una silla, ¿entendés? Después, las personas, cuando dan limosnas, se las dan a otras personas, no a un animal o a una cosa; ¿o viste a

alguien dándole una moneda a un perro? Por último, pero no menos importante, una persona que hayas conocido tiene que comparecer ante el juez y declarar que, efectivamente, te conoció como una persona humana.

- Pero…, en vez de dar tantas vueltas, ¿no sería más lógico ir por la última evidencia y que alguien diga que soy una persona?
- No, para nada. Primero y principal, porque hay que hacer lo que dice la Ley. Segundo, que una persona venga y diga que fuiste una persona humana no significa nada. Podría ir mi abuela y decir que su cacerola fue una persona. Por eso, son terminantemente necesarias las otras dos pruebas. Cada una es interdependiente con las demás.
- Todo esto me parece una pelotudez
- Me importa un carajo lo que te parezca. La Ley es la Ley- escupió Forte.
- Está bien... ¿Con qué evidencia empezamos?
- Con la primera, por supuesto: un bicho.
- OK, ¿y cómo hacemos?
- Ahora vas a ver.

El letrado condujo el Volvo S90 con marcado desinterés y violencia; no respetaba las señales de tránsito ni a los otros conductores. Repetidas veces debió frenar de golpe para evitar una colisión. Cada una de ellas concluyó con un feroz insulto proferido a través de la ventana. El coso se preguntó cómo podía mantener el vehículo tan inmaculado si conducía de esa forma.

Arribaron a la localidad de Acassuso; se introdujeron en el intenso tránsito de Avenida del Libertador y varios kilómetros después torcieron a la derecha para tomar la calle Perú. Continuaron por allí hasta que llegaron a una calle sin salida. Aarón Forte aparcó el vehículo frente a una cancha de tenis. Se volvió hacia el coso y le entregó un pequeño frasco:

- Tenés que bajar hasta el río, meterte en el agua, y esperar a que algo te pique. Cuando ese algo te haya picado, lo metés ahí adentro.
- ¿Justo esta parte del río tiene que ser? ¡Está lleno de porquerías!
- Sí, justamente esta parte: con la mugre que hay ahí, algo te va a picar en seguida.
- Estas… evidencias, ¿no se supone que debas conseguirlas vos, que sos mi abogado?
- No te olvides que sos un coso, ergo, un abogado no va actuar de la misma manera que lo haría cuando representa a una persona humana. ¿Alguna vez viste

a un abogado representar un inodoro o una caña de pescar? No, yo tampoco. Así que, dale, andá y dejá de quejarte.

El coso se quedó mirando el frasco de vidrio, ensimismado. Seguía con el pensamiento de que aquel hombre apuesto y fornido se burlaba de él, pero no tenía otras opciones. Si quería recuperar su nombre, y su vida, tendría que acatar todo cuanto él dijera, por más ridículo que fuera. Chistó sonoramente y bajó del vehículo. A esa hora, el sol estaba más fuerte que nunca. Se confortó al pensar que la prótesis capilar haría las veces de gorra, aunque, también, se decoloraría un poco.

Caminó hasta situarse frente al río. La costa, conformada mayormente por rocas y basura, era la antesala al agua pútrida. El olor parecía golpearle la nariz. Trató de ver el lado bueno de la situación: las personas más cercanas a él estaban a unos cien metros, por lo que no sería blanco de ataques injustificados, como le había sucedido por la mañana. Buscó una piedra lo bastante grande como para sentarse y se quitó las alpargatas. Con profundo disgusto introdujo lentamente los pies en el agua, que al ser removida liberó un vaho nauseabundo. El líquido se le antojó demasiado aceitoso como para poder albergar cualquier clase de vida, pero, de todas formas, siguió adelante con el plan.

El coso dejó caer la cabeza, como si el peso de la tristeza fuera demasiado como para mantenerla en alto. La sempiterna espiral de deudas le había conducido a una nueva situación, todavía peor, en la que le quitaban el nombre. Pero ¿cómo podía alguien ser enajenado de su identidad? ¿En qué clase de cultura, de sociedad, de país, se permitía al Estado hacer y deshacer leyes como esa a su antojo? ¿Es que nadie se había opuesto a semejante locura? ¿Nadie había salido a reclamar la protección de los derechos inherentes a la persona? Aunque, se obligó a admitir, él no estaba en posición de reclamar nada. Es decir, no estaba al tanto de la realidad que había más allá de las paredes de su hogar, porque estaba demasiado ocupado evadiendo la suya propia. Reconoció, también, que aún si viviera mejor, tampoco habría salido a manifestar nada, pues su afán en la vida se limitaba a, sencillamente, vivir en paz.

De pronto, notó por el rabillo del ojo que algo se movía. Era una rana. Se deslizó sobre el agua y la mugre con absoluta gracia y, después, la perdió de vista.

El pegamento de la prótesis capilar comenzó a escocerle por el intenso calor. Introdujo el índice entre ésta y el cuero cabelludo, lo más delicadamente que pudo, y se rascó.

Sin que pudiera evitarlo, un recuerdo largo tiempo enterrado empezó a reflotar de la ciénaga del olvido. Estaba en el CBC, en la sede sita en Martínez; era el primer día de cursada. Mientras esperaba que llegara el profesor, se dedicó a observar el exterior. El duelo por su recientemente truncada amistad le vedaba las fuerzas para congeniar con las personas a su alrededor. A través de las puertas abiertas de la sala, el día agonizante derramaba una luz sanguinolenta. De pronto, recortada sobre el carmín de la atmósfera, apareció *ella*. Alta y de tez aceitunada, bezuda, de cabello castaño caído en bucles. El murmullo de fondo había cesado. El coso comprobó que la mayoría de los hombres presentes habían callado, como si fuera su manera de reverenciar la aparición. Si bien era consciente de la belleza de la joven, no despertó interés en el coso. Ella, a través de ojos color capuchino, buscó un lugar donde sentarse, que resultó ser junto al coso. El murmullo empezó de nuevo. Para sorpresa suya, ella comenzó a hablarle. Le pidió que le confirmara si era la clase de Derecho Constitucional; luego, si sabía dónde podía conseguir una Constitución a buen precio. El coso respondía de forma concisa, más por la vergüenza de hablar a una desconocida que por otra razón. Al principio, creyó que ella solo intentaba matar el tiempo. Pero, cuando empezó a interpelarlo directamente, fue claro que le hablaba por el gusto de hacerlo. Para cuando terminó la clase, cada uno contaba con el teléfono del otro. Más allá del aspecto físico, era el sentido del humor y la inteligencia de la muchacha lo que había cautivado al coso. A partir de entonces, halló un interesante desafío en demostrar que estaba a su mismo nivel. Cada plática que tenían, por más mínima que fuera, resultaba en un placentero ejercicio mental. El coso comprobó que no sólo se sentía a gusto en compañía de la fémina, sino que, además, siempre anhelaba la siguiente ocasión de verla…

El cabrilleo sobre el lodazal lo encegueció. El cuello, castigado inclementemente por el sol, empezó a dolerle demasiado. Pensó en echarse un poco de agua, pero la idea le resultó vomitiva. Trató de acomodarse el overol para que la piel estuviera a resguardo, mas era demasiado ajustado para tal fin.

Algo le tocó el muslo y llamó su atención. Otra rana, pero mucho más grande que la anterior, se movía junto a él como un terrateniente en sus dominios. A un par de metros de distancia, vislumbró una tercera, quizás una hembra, a juzgar por el tamaño y el color más claro. Detrás de ésta, un poco más lejos, adivinó el movimiento de un cuarto anfibio. Tuvo un presentimiento y miró en dirección contraria. Al menos hasta donde llegaba la vista, advirtió la presencia de media docena de ranas. Nunca había visto una

concentración como aquella en su vida. Supuso que sería época de apareamiento. De pronto, barruntó lo peor, y la repentina llegada de Aarón Forte se lo confirmó.

- Creo que ya te diste cuenta- comenzó aquel- pero, por las dudas, te lo confirmo: hoy no vamos a encontrar ningún bicho.
- Las ranas, ¿no?
- Sí, acabo de leer en *X* que hay una invasión en toda la provincia. Quizás en todo el país, pero no están seguros.
- O sea que todo fue una pérdida de tiempo- concluyó el coso, apesadumbrado.
- Para mí, no, o sea, me pagan igual- una rana se acercó a los zapatos del letrado y éste, de un fuerte puntapié, la arrojó lejos-.
- ¿Qué hacemos ahora?
- Ponete las alpargatas de nuevo, capaz encontremos a alguien por acá que te de limosna.

El coso, ya resignado a su mala fortuna, obedeció la orden. Siguió al abogado hasta el vehículo, cuando, de pronto, sonó la alarma de su reloj.

- Bueno, son las 5, será hasta mañana- anunció aquél-. Suerte, che.
- ¿Qué? - vociferó el coso- ¿me vas a dejar acá?

A pesar de su consternación, lo que vio en seguida lo dejó absolutamente pasmado. Ante sus ojos, Aarón Forte abandonó su mirada petulante; sus anchos hombros se distendieron; su presencia, tan avasallante debido a su musculatura, se volvió más agradable.

- Perdoname, pero ya no tengo nada que ver con la abogacía- comenzó a decir en un tono de voz amable y relajado-. Espero que Aarón pueda ayudarte mañana.
- ¿Qué estás diciendo? ¿Es algún otro chiste?
- Obvio que no- replicó el otro, compungido de verdad-. Es que no puedo ayudarte.
- Aarón, por favor, no me hagas esto…
- Yo no soy Aarón. Soy Oliver Abdala.
- ¿Podés dejar de burlarte de mí un momento?
- Ay, perdón, seguramente Aarón no te lo contó… Mirá, no sé mucho de leyes, pero voy a explicarte lo mejor que pueda. Con esta nueva ley de nombres las personas pueden comprar, alquilar y/o permutar otros nombres. Así, una persona puede tener uno, dos o más nombres. Yo, de 7 a 17, soy Aarón Forte; de 17 a 7,

soy Oliver Abdala. Como te decía, yo no tengo nada que ver con él. Es más, me lo habré cruzado una o dos veces, como mucho.

El coso sintió que toda la frustración, el miedo y la rabia que había acumulado a lo largo de aquel tremebundo día se concentraban en su puño derecho. Los nudillos se le habían tornado blancos de la presión que ejercía en su mano. Sintió el impulso de asestarle un puñetazo a ese rostro modélico que no dejaba de mofarse de su desgracia. Pero no se atrevió. Por un lado, la complexión física del letrado era mayor que la suya. Por otro, parecía que de verdad se había transfigurado en otra persona.

- Disculpame, en serio, pero tengo que irme- dijo Oliver Abdala, y la tribulación de tener que abandonarlo ahí era asombrosamente creíble. Se subió al vehículo-. Esta es la dirección del bar donde trabajo. Si querés, venite, así no pasas la noche solo- extendió su macizo brazo a través de la ventana y entregó al coso una elegante tarjeta-. Cuidate.

El nuevo hombre encendió el auto, dio marcha atrás, y se retiró. El coso lo vio alejarse con la delicadeza de un conductor profesional. No había rastro alguno de la conducción esquizoide de Forte. Guardó la tarjeta en el bolsillo del overol sin leerla y, dejando escapar un largo suspiro, empezó a caminar, pero sin rumbo.



Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

VIII

Lo primero que hizo el coso fue buscar un baño público. Necesitaba urgentemente refrescarse. Trató de caminar por donde hubiera más sombra y menos gente, pero a esa hora escaseaba lo primero, aunque también lo segundo. Le llevó alrededor de media hora dar con su destino.

Antes de irrumpir en el sanitario se guareció detrás de un árbol y vigiló desde allí cualquier presencia amenazadora. Había sufrido bastante ese día como para saber que su nueva condición legal no solo despertaba animosidad, sino que las limitaciones llegaban hasta más allá de lo ridículo. No le hubiera sorprendido toparse con un cartel que negara el acceso de un coso al baño público. Resolvió que tenía el camino libre y se acercó, cauteloso.

Ni bien abrió la puerta oxidada, recibió una potente vaharada a orín y excremento. Empero, reconoció que estaba más fresco que afuera. Prácticamente se abalanzó sobre el lavabo y enjuagó su rostro enrojecido con abundante agua; hizo lo mismo con el cuello y las axilas. Quiso ventilar su cuero cabelludo, pero temió que, si despegaba la prótesis, ya no pudiera volver a pegarla. A continuación, bebió con avidez del grifo, sin importarle el desagradable sabor a cloro del agua. Se detuvo un momento para tomar aire y volvió a beber. Antes de irse visitó los urinarios.

Al cabo de unos minutos de caminar a la deriva, el coso se recostó bajo la sombra de un árbol para pensar con más claridad su próximo accionar. Sacó la tarjeta que Aarón… que Oliver Abdala le había dado y la ojeó. Ridículo, pensó irritado, que una persona tuviera dos identidades simultáneamente. Quiso reírse de aquella ocurrencia legal que solo podía promulgarse en Argentina, pero entonces recordó que él ni siquiera tenía una identidad. Él era un *coso*.

- ¡Andá a laburar, vago de mierda! - oyó que alguien gritaba. De pronto, una cáscara de banana impactó en el rostro. Un par de jocosas risotadas se hicieron oír, pero quedaron sepultadas bajo el estruendo de unos neumáticos que chirriaban. El coso vio alejarse un vehículo de alta gama a gran velocidad; de una de las ventanas asomaba una mano que hacía un gesto obsceno con el dedo medio.

Resignado, el coso se levantó para marcharse a donde no pudieran agredirlo.

La tarjeta de Oliver Abdala invitaba a pasar una noche de diversión desenfadada en un bar gay llamado *Invertidos*. Sito en Martínez, llegaría alrededor de las 20hs desde

donde él se encontraba. Decidió que, literalmente, no tenía nada que perder, por lo que se puso en marcha. Caminaba con extrema precaución: si veía personas más adelante en su trayectoria, torcía en la esquina más próxima y cambiaba el recorrido. Debió aplicar la maniobra en no pocas ocasiones.

En cierto momento pasó junto a un moral. Se cercioró de que no lo vigilaban y tomó un par de moras, que degustó al reanudar la marcha. Si bien no aplacaron el hambre que lo acuciaba, sí lo pausó unos minutos. Subrepticiamente, una idea había estado resonando en el fondo de su mente. Decidió reparar en ella y se descubrió pensando que, quizás, la solución a su vida era esa: vivir como un coso. Después de todo, ya no tendría deudas que lo acosaran, ni un estilo de vida que mantener, mucho menos que aparentar, frente a los demás. Podría, simplemente, acostumbrarse a vivir el momento: si tenía sed, recurriría a un baño público; si tenía hambre, un árbol frutal en cualquier vereda le proveería alimento; si llovía, algún puente le daría cobijo. Sería un errabundo, pero, al menos, tendría una existencia definida, signada por ese mismo vagabundeo.

Se maldijo a sí mismo por pensar de esa forma. Evadir los problemas o rendirse ante ellos no era la solución. Ahí estaban su carrera bamboleante o su relación amorosa desecha como crudos ejemplos. En tanto siguiera escapando de la adversidad lo único que lograría sería caer más bajo aún. Es decir, ¡le habían quitado su nombre, su vida! ¿Qué más tenía que perder para entender el mensaje?

Sintió un agudo pinchazo en la nuca; luego, un segundo en la mano izquierda. Mosquitos. Un enjambre de ellos. El coso sacudió los brazos para espantarlos, pero eran demasiados. El número de insectos era casi irreal; jamás había visto una concentración de ese tipo. Atacaban casi con desesperación las partes del cuerpo que estaban al descubierto. Oía a cada segundo el agudo zumbido de su vuelo acercarse a los oídos. Ejecutó un trote rápido. A los pocos metros se percató, con indecible horror, que no se trataba de una aglomeración de mosquitos que lo estuviera persiguiendo a él, sino, y todavía peor, toda una invasión de ellos.

Echó a correr, pero todo a su alrededor era una pantalla viviente que lo ennegrecía todo, limitando sus movimientos. Los pinchazos se sucedían sobre la nuca, las mejillas, las manos, sin que pudiera impedirlo.

Repentinamente, el inconfundible sonido de un atomizador se hizo oír entre el infernal aleteo de los mosquitos. Como si se tratara de Moisés ante el Mar Rojo, el enjambre se partió a la mitad y la figura de una mujer salió al encuentro del coso. Era delgada y de baja estatura; blanca como la nieve y de cabello oscuro como el carbón; su

rostro estaba exquisitamente modelado, con una llamativa particularidad: aun estando las facciones en reposo, semejaba estar feliz.

- No puedo creer que te dejés picar así- dijo ella, riendo-. ¿No te acordás que el refugio está acá nomás?
- Gracias, de verdad, gracias- barboteó el coso, todavía rascándose.
- ¿No te estoy diciendo que está el refugio?
- ¿Qué… qué refugio?

La mujer aplicó el atomizador sobre el coso para que los insectos dejaran de atosigarlo. En cuanto a ella, los insectos ni se le acercaban. Parecía protegida por un campo invisible.

- ¡No lo conocés! - y se llevó una mano a la frente, mientras sonreía de oreja a oreja. Una gran satisfacción, como no había sentido en lo que le parecían años, envolvió al coso: la mujer derrochaba calidez y júbilo de toda su presencia. Sintió el impulso de abrazarla, de agradecer de rodillas si hacía falta, por tratarle como a un ser humano y, sobre todo, por ayudarlo- No te preocupes, yo te llevo, vamos.

Tal vez fuera por el acoso de los mosquitos, o por la excitación de ser tratado cordialmente por otro ser humano, pero lo cierto es que el coso reparó tardíamente que la fémina vestía un overol idéntico al suyo. Ella era, también, un coso.

IX

Con gran asombro el coso diqueló que estaban nada menos que a metros de la Quinta de Olivos, específicamente en la fachada que da a la Avenida del Libertador.

- No falta mucho, es justo ahí, donde está la estatua- indicó la mujer coso.

Él no recordaba que hubiera una estatua en alguna parte de la Quinta; pero como tampoco recordaba tantas otras cosas que le hubieran ahorrado todos los problemas que tenía, no dijo nada.

- No tiene que vernos nadie cuando entremos, o nos van a sacar a patadas.

Llegaron donde la estatua, que consistía en una reproducción tamaño real de una expresidenta. Estaba hecha con tanto detalle y minuciosidad que incluso respetaron el bótox de su contraparte original. Bajo los pies había una placa dorada que rezaba, en letras capitales: GRACIAS POR SACARNOS EL PESO DE ENCIMA. Además, el sol,

que desde el este profería su estertor, bañaba de rojo el monolito, dando al tieso cabello una apariencia todavía más realista.

- No hay nadie, es el momento- dijo ella, rápidamente, y presionó la cabeza de los tornillos que sujetaban la dorada placa en una combinación que el coso no pudo seguir. Automáticamente, una baldosa se deslizó debajo de la acera y dejó al descubierto una escalerilla que descendía por la oscuridad hasta un lejano punto de luz-. No te duermas, vamos, vamos.

El coso no tuvo tiempo de dudar, por lo que, antes de haberse arrepentido por completo, ya estaba a medio camino del descenso. La mujer había cerrado la escotilla detrás de sí e impelía al coso a bajar más aprisa, sin temor.

Cuando llegaron al final de la escalerilla, la mujer coso tomó la delantera y encabezó la marcha. Se movieron por un túnel cavado en la tierra viva, con lámparas de bajo consumo colgando cada decena de metros.

- No es todo el refugio así, ¿eh? - dijo ella, y su voz generó un eco que se extendió por todo lo largo del túnel-.

En realidad, el coso no reparaba en la madriguera donde se encontraban, sino en el hecho de que, por fin, había encontrado a alguien que estaba en su misma situación. Tenía tantas preguntas que hacerle que no concebía el pensar en otra cosa.

Pocos minutos después irrumpieron en un terreno que nada tenía que ver con el precario túnel por el que vinieron. Aquello tenía las dimensiones de un hangar. El suelo y las paredes eran de hormigón, y el techo, sostenido por ciclópeas vigas de metal, se encontraba a una veintena de metros sobre ellos. En el ángulo de éste y la pared, distanciados equidistantemente, había conductos de ventilación que mantenían fresco el ambiente. La construcción parecía no tener fin, puesto que no se distinguía dónde terminaba.

Cientos de personas, de cosos, más bien, a juzgar por la ropa que vestían, residían allí: se agrupaban alrededor de fogatas, donde reían, bebían y comían; había catres y colchones donde algunos reposaban o dormían; incluso, en un extremo bastante alejado, había letrinas. El coso quedó estupefacto. A pesar de la forma en que estaban obligados a vivir, se los veía verdaderamente felices.

- ¿Qué es este lugar?
- No lo vas a creer, pero esto era una de las bodegas donde escondían la plata durante la Década Ganada. No por nada es tan grande.
- ¿Y… la plata?

- No les quedó otra que llevársela cuando cambió el gobierno. No puedo creer que no lo hayan descubierto, todavía. No lo hubiéramos encontrado nosotros de no ser por uno de los nenes, que se puso a jugar con los tornillos de la placa de la estatua.
- ¿Acá vienen todos los… cosos?
- No, porque, como en tu caso, no saben que este lugar existe. No hacemos más que traer a los que encontremos por ahí.

La mujer coso lo condujo por una pasarela de madera, de medio metro de altura, construido sobre el pavimento. Este hacía las veces de camino principal y evitaba que los caminantes tropezaran con los grupos que se acumulaban por decenas.

- ¿Hace mucho tiempo que sos…, bueno, un coso?
- No, bah, sí, casi desde que salió la Ley de Nombres. ¿Vos?
- Desde hoy. Me siento… totalmente perdido. No entiendo nada.
- ¿No sabías de la Ley?

El coso negó con la cabeza.

- No te preocupes, ahora vas a estar mejor- afirmó ella, y le dio una afectuosa y cálida palmada en el hombro.

Bajaron del tabique y enfilaron hacia un grupo reunido frente a una fogata. Se trataba de un variopinto quinteto de personas. El coso se topó con figuras desgarbadas que desprendían un fuerte olor a piel, todos adornados de escoriaciones y marcas de picaduras de insectos. La mujer coso les presentó al recién llegado.

- ¡Bienvenido! ¡Bienvenido! - dijeron los demás al unísono.

El coso, con marcada timidez, se sentó en el suelo, en un espacio que le hicieron.

- ¿Querés? - exclamó un vetusto coso, de barba blanca y enmarañada, mientras le ofrecía un comistrajo dentro de una lata.
- No, gracias- replicó el coso; si bien tenía hambre, la apariencia de la comida le provocó arcadas.
- No creo que tenga hambre, estuvo comiendo moras- terció la mujer coso, divertida. Y, a continuación, ofició de presentadora, porque le indicó al coso cómo se llamaban los demás. El sujeto de barba blanca era Escobillón; una niña de diez años se llamaba Matamoscas; unos gemelos, de tez oscura y de menos de veinte años, tenían de nombre común Caballete; y una quinceañera, que aún conservaba un desvaído maquillaje festivo y un sucio vestido blanco, se llamaba

Maniquí. Todos compartían la misma imagen decadente de quien ha pasado momentos difíciles a la intemperie de la calle.

- Nodo es mi nombre- concluyó ella.
- ¿Así se llaman? Pero, son nombres de cosas, no de personas.

Todos, a excepción de Nodo, se rieron alegremente.

- No se burlen, che- amonestó ella con suavidad-. No hace ni veinticuatro horas que es un coso, hay muchas cosas que no sabe.
- ¿Y por qué se llaman así? – quiso saber el coso- ¿Por qué no usan sus nombres?
- No podemos usar nuestros nombres reales- dijo Nodo, compungida.
- Ya no nos pertenecen- terció Escobillón-. Además, evocar el nombre anterior, en voz alta, es de mala suerte para los cosos. Por eso elegimos estos nombres. Supongo que adivinaste por qué me llaman así- agregó, acariciando su larga y descuidada barba-.
- Perdón, pero esto no tiene pies ni cabeza- barboteó el coso-. Es una insensatez.
- No nos queda alternativa que aceptar la realidad: *ya no somos personas*, ni para el Estado ni para la gente– sentenció Nodo.
- A mí me gusta el nombre que tengo ahora. Es ameno y fácil de recordar– dijo Escobillón, y los demás asintieron, como si hubiera dicho algo coherente.
- ¿Cómo podríamos llamarte a vos? - dijeron los gemelos Caballete, observando al coso- ¡Perchero!
- Sí, Perchero me gusta- acotó Maniquí.
- Mucho gusto, Perchero- dijo Matamoscas, humorísticamente.

El coso estaba serio. Sus facciones no se movieron un milímetro. Dijo, enojado:

- Voy a recuperar mi nombre. No se molesten en ponerme otro. Y, ¿ustedes? ¿Por qué no apelaron por los suyos?
- ¿No apelamos? Todos los intentamos, pero no conseguimos nada- respondió Nodo-. No conozco si hubo alguien que lo consiguiera. No quiero desanimarte, pero es prácticamente imposible que vuelvas a tener tu nombre.
- Pero… pero estoy con un abogado que dice que sí se puede, que si reúno…
- No hace falta que sigas: si reunís determinadas evidencias, podés tramitar el recupero de tu identidad. No es tan fácil como lo pintan.

- La realidad es que, una vez que dejás de ser persona humana, no hay vuelta atrás- intervino Maniquí- Una vez vencido el plazo para apelar, quedas convertido en cosa. Pero vivir como cosa es feo, por eso somos cosos.
- No entiendo- balbuceó el coso.
- Es difícil entenderlo al principio, tranquilo- intervino el anciano-. El tema es así: cuando te enajenan el nombre, la Ley te otorga un tiempo de gracia para apelar por tu nombre. Durante ese plazo, según esta Ley de Nombres, sos un coso (nos identifican con esta ropa gris, ¿viste?). Si el plazo vence y no apelaste correctamente, quedás convertido, o identificado, como prefieras decirle, como una cosa propiamente dicha. Una cosa como cualquier otra; una que se puede comprar y queda a completa disposición del comprador. Es decir, podría venir un carpintero y comprarte para que seas su carretilla; o podría comprarte un oficinista para que seas su escritorio.
- ¡Eso es esclavitud! - vociferó el coso.
- Obviamente. Pero así es la ley, joven.
- No es más que la realidad que nos toca- agregó Nodo-. No podemos ser personas, y no queremos ser cosas. Por eso vivimos escondidos: si te atrapa la Policía de Nombres, te mandan al Centro Nacional de Cosas. Ahí te ponen un precio, totalmente arbitrario, y cualquiera puede comprarte, para hacer lo que se le cante.

En la mente del coso dos corrientes de pensamiento impactaron violentamente entre sí y le produjeron un momentáneo bloqueo mental. Por un lado, sintió la necesidad de vomitar toda la cólera y la indignación que acumulaba desde la mañana; por el otro, fue consciente de la futilidad de hacerlo. Se vio a sí mismo en el fondo de un pozo ciego, desde donde vislumbraba al mundo seguir su curso, ajeno por completo a su sufrimiento; podría gritar hasta perder el aliento, pero nadie lo escucharía, no porque no lo oyeran, sino porque, sencillamente, no les importaba.

Un rítmico golpeteo interrumpió sus cavilaciones. Era un sonido constante y que crecía en intensidad a cada segundo. Eran tambores.

- Ya va a empezar la misa- dijo el anciano, y pidió a los gemelos que lo ayudaran a erguirse-. Vamos.
- ¿Una misa? - preguntó el coso.
- Sí, el sacerdote debe haber llegado- concluyó Escobillón.

El grupo animó al coso a acompañarlos a la celebración; aceptó a regañadientes. Avanzaron hacia una gran multitud que rodeaba una plataforma de madera de varios metros de alto. Nodo le susurró algo a Escobillón, que asintió y se dirigió al coso.

- Vení conmigo.
- ¿A dónde? – contestó el coso, desconfiado.

Escobillón rio. Agregó, sarcástico:

- ¿Por qué duda, hombre de poca fe?
- Solo… Solo quiero saber a dónde vamos.
- No tengas miedo, che- terció Nodo-. A los cosos recién llegados al refugio se los bautiza.

Contrariado porque lo llamaran coso, y nervioso porque fueran a bautizarlo, el coso, de todas formas, se dejó llevar. Escobillón lo condujo por entre la profusa multitud hasta una trampilla por la que se accedía al escenario. Otros cosos, recién llegados a juzgar por el desconcierto en sus rostros, aguardaban allí.

- ¿Qué va a pasar ahora? – preguntó el coso, con la garganta reseca.
- Ya te dijimos, te vamos a bautizar.
- Sí, pero… ¿Qué me van a hacer?

Escobillón no contestó, simplemente se ubicó detrás de él y, como el coso quiso volverse, lo sujetó con firmeza por los hombros y lo posicionó para que mirase al frente. El coso diqueló que sucedía otro tanto a lo largo del escenario: ubicados en fila, un coso veterano se ponía detrás de otro recién llegado, y lo sostenía de los hombros. Los tambores se detuvieron.

Un coso mujer subió dificultosamente al escenario con una carretilla, la cual estaba hasta el tope con aparatos electrónicos: celulares, *tablets*, *notebooks*; incluso un CPU. Descargó el contenido sobre la madera y se retiró. Subieron otros dos cosos mujer, cada una con un grueso palo de madera, y se pararon junto a los aparatos.

- ¿Qué van a hacer? – inquirió el coso.
- ¡No hables tan alto! – musitó Escobillón. Agregó, por lo bajo, en la nuca del coso-Se dice que el Pecado Nominal se produjo con la aparición de las computadoras, porque la gente empezó a usar alias o sobrenombres, en vez del suyo propio. Esa fue una afrenta hacia Nometheos, que decidió castigarnos sacándonos el nombre.
- ¿Qué es el Pecado Nominal? Y, ¿quién es Nometheos?

- El Pecado Nominal es haber negado nuestros nombres para llamarnos de cualquier otra forma. Ese pecado nos llevó a todo esto. Ahora, lo que van a hacer, es romper esos aparatos, recipientes de los alias, y, por tanto, del Pecado Nominal, a modo de sacrificio para Nometheos. Después, usarán esos pedazos para bautizarlos a ustedes, los nuevos.
- ¿Quién es Nometheos? – repitió el coso.
- Nuestro dios, ¿quién iba a ser?

Súbitamente, los cosos femeninos empezaron a destruir los celulares, las *tablets*. Descargaban un golpe tras otro, cada uno más fuerte que el anterior, haciendo añicos todo lo que tocaban. A continuación, y tras recuperar el aliento, tomaron puñados de esas trizas y se volvieron a los cosos alineados en fila.

Escobillón hizo presión en los hombros del coso para indicarle que se arrodillara. Éste, al principio, se resistió, pero la fuerza de su padrino era más de lo que aparentaba. Una vez que estuvieron de rodillas, los cosos mujer arrojaron la tecnología triturada sobre ellos.

- ¡Que Nometheos los nombre! – gritaron, llenas de júbilo. Y todos lo demás, repitieron la frase, al unísono- ¡Que Nometheos los nombre!

Otra tanda de trozos de plástico y cobre cayó sobre la testa del coso. Luego, una tercera. Cuando ya no hubo más trizas que arrojar, los cosos femeninos empezaron a aplaudir. La multitud las imitó. Los padrinos hicieron incorporar a los recién bautizados y les dieron un fuerte abrazo.

- ¡Bienvenido, m'hijo! – aulló Escobillón en la cara del coso, que sintió gotas de saliva impactar en las mejillas.

A la sazón, una figura subió al escenario y, mediante lacónicos ademanes, invitó a todos a descender y unirse a la congregación. La aparición vestía una túnica larga y raída, color ámbar; una máscara lisa, sin siquiera orificios para ver o respirar, le cubría el rostro. Los tambores comenzaron a repiquetear de nuevo.

X

Aquel individuo danzaba al compás de los tambores y de los aplausos; su baile no obedecía ninguna coreografía, sino que eran movimientos azarosos que le quitaban bastante solemnidad al asunto. Súbitamente, se detuvo.

- ¡Cosos! - aulló, con los brazos abiertos y las palmas hacia la multitud; su voz asexuada no permitía identificar el género, si es que lo tenía- Estos son tiempos de gran tribulación. El gran Nometheos está probando nuestra fidelidad para con él.
- ¿Qué es “tribulación”? - musitó Matamoscas, desde alguna parte.
- Nometheos nos ha castigado por faltar el respeto a nuestros nombres- bajó los brazos y la cabeza, como si se hubiera rendido-. ¡Nombres de usuario! ¡Alias! ¡Apodos! - estalló de pronto, y corrió de un extremo al otro de la plataforma mientras enumeraba- ¡Todas blasfemias! Nometheos, en su grandeza, nos regaló un nombre a cada uno. Y… ¿qué hicimos nosotros? ¡Lo cambiamos! ¡Lo deformamos hasta hacerlo irreconocible! Si mi nombre era *Mercedes Boniglio*, ¿por qué osé llamarme “mechi_bon89” en las redes sociales? ¿Así agradecemos la generosidad de nuestro dios?

Los fieles asentían a las palabras del orador. El coso observó una férrea convicción en los ojos vidriosos de todos ellos. Se preguntó si, verdaderamente, habría un dios de los nombres que los estuviera escuchando.

- Por tanto, Nometheos nos aplicó un correctivo: mediante el hombre y sus leyes nos quitó el nombre que no supimos cuidar ni valorar. Sin embargo, su enojo no se multiplicará por siempre, y tampoco los enemigos de sus seguidores, porque enviará una seguidilla de plagas para que azoten esta tierra pecaminosa, y sólo los verdaderos creyentes, sus legítimos hijos, sobrevivirán- hizo una breve pausa y tomó una larga bocanada de aire-. Y escuchen esto: Nometheos es generoso incluso con sus enemigos, a quienes dará ocho instancias para arrepentirse, porque serán nueve plagas en total. Al finalizar cada una, el Hombre tendrá un tiempo de gracia para renunciar a su sórdida conducta para con nosotros, los Hijos de Nometheos. Pero si su malicia no acata las razones de nuestro dios, entonces no habrá salvación alguna para ellos. Ciertamente, habrá dolor, muerte y caos.

El sacerdote calló unos segundos para observar el efecto de sus palabras en el público, que lo contemplaba ansioso. Prosiguió:

- Pero no teman, hermanos, porque esas plagas no vienen por nosotros, los Hijos de Nometheos, sino por quienes nos han apartado del mundo. Vienen a castigar a esta sociedad cruel, desidiosa e injusta.

- ¿Por qué usa palabras tan raras? - quiso saber Matamoscas, a quien sobrepasaba la verborragia del orador.
- Ahora, escuchen con atención, porque lo que sigue será vital para nuestra supervivencia… La última de las plagas consistirá en grandes y densas tinieblas, negras como el petróleo mismo, que cubrirán al mundo entero. Será una oscuridad compacta, sólida. Nadie podrá ver más allá de su propia nariz. Será entonces que aparecerá una señal en el firmamento. Una señal brillante, magnánima, que solo nosotros, los hijos de Nometheos, seremos capaces de distinguir. Será una estrella de fuego que rasgará las penumbras y nos señalará el camino a seguir. Así como un faro en la noche indica a una embarcación la ruta a seguir a través del mar, así también ese fulgor nos indicará el camino a través de las tinieblas. Pero ¿a dónde?, se preguntarán ustedes.

Volvió a callarse. El orador parecía disfrutar con la tensión que generaba entre sus seguidores, que contenían el aliento a la espera de la relevación.

- ¡Hacia la Tierra de los Nombres! – gritó el orador, de pronto-. Una tierra bella y perfecta donde los nombres abundan y nadie estará obligado a vivir como una cosa, o un coso. Una tierra donde los nombres abundan a millares. ¿Millares? ¡A millones! Una tierra de nombres infinitos. Hacia allí, hermanos, es a dónde Nometheos nos guiará en la noche de la humanidad.
- ¡Que Nometheos nos nombre! ¡Que Nometheos nos nombre! - cantaron los concurrentes. Al mismo tiempo, los tambores redoblaron el ritmo y los aplausos se reanudaron. El lugar se llenó de voces, vítores y alabanzas.

El sonido de la muchedumbre rebotaba en el alto techo del refugio y generaba una reverberación que hacía estremecer a todo el lugar.

Alguien ofreció al coso un bebistrajo en una lata. La incalculable cantidad de cosos había calentado y enrarecido el aire, por lo que aceptó la bebida, sediento. El líquido tibio y dulzón inundó su boca reseca; comenzó a sentirse más aliviado y bebió un poco más. Le quitaron el cáliz con suavidad para pasarlo a otras manos.

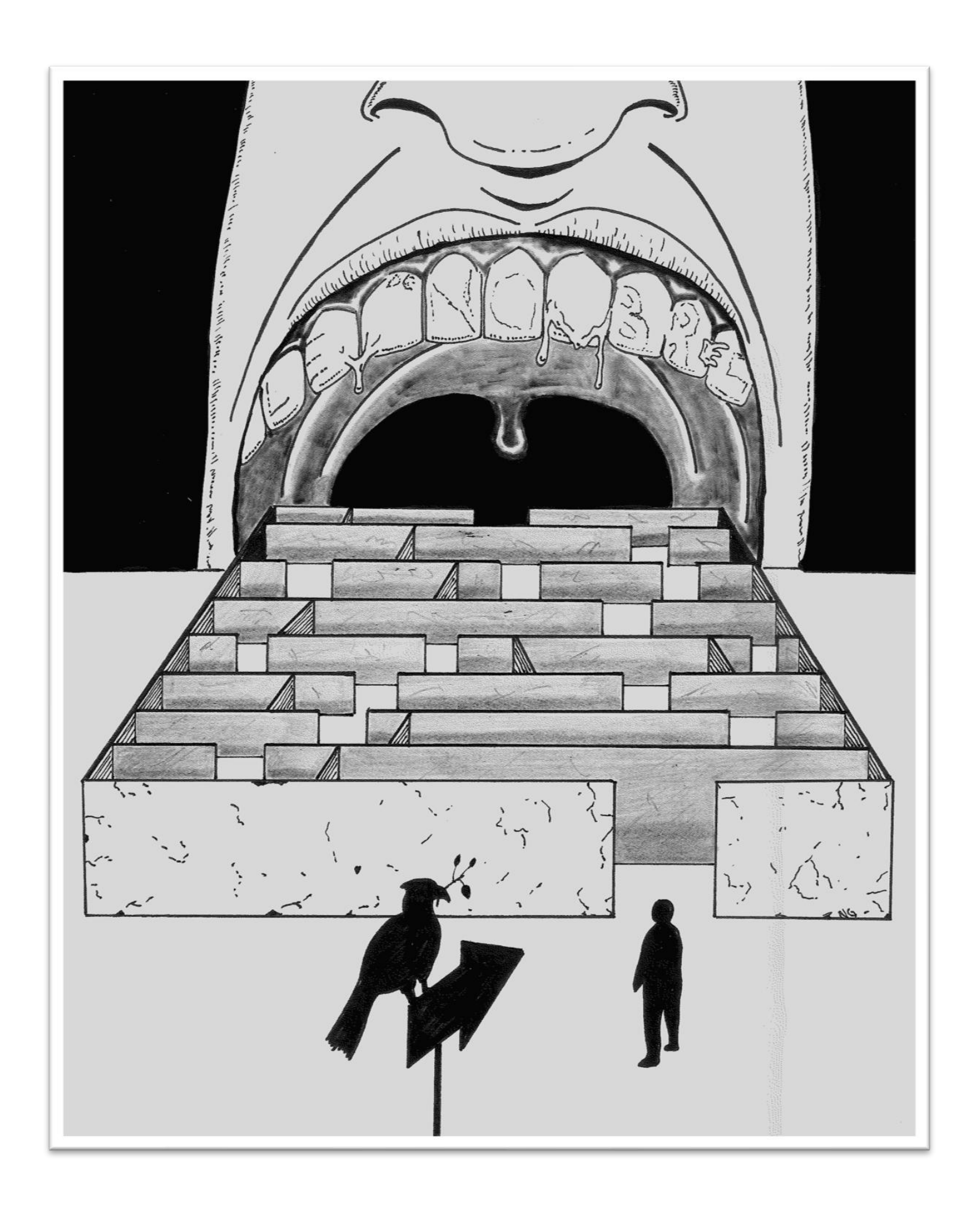
El coso, todavía abrumado por lo que había presenciado, y también por lo que había bebido, se dejó embriagar por el candor de la ceremonia. Se vio así mismo aplaudiendo y orando por su salvación y la de sus nuevos hermanos, los cosos. La muchedumbre a su alrededor comenzó a mecerse cual marea por el influjo musical.

Por vez primera en ese día y, a decir verdad, en mucho tiempo, se sintió *bien*. Era comprendido e incluido en un grupo que conocía y sufría las mismas vicisitudes que él;

todos eran víctimas de un sistema arbitrario e inhumano, pero, juntos, habían logrado rehacerse a sí mismos en una comunidad que cuidaba de los suyos. Asimismo, lo *aceptaban* tal cual y como era, sin importar su edad, su apariencia, su clase social. No podía retener dentro de sí la inmensa alegría que borboteaba de sus entrañas. Incluso abrazó fuertemente a Nodo cuando pasó a su lado, mecida por la muchedumbre. Musitó algo en su oído, pero ella no llegó a escucharlo, simplemente retribuyó el abrazo y lo soltó, volviéndose a perder entre los cosos.

El coso agradeció estar vivo. Las deudas acumuladas, la soledad, el futuro sin rumbo, ya nada tenía importancia. Estaba acompañado y era todo lo que necesitaba.

Día Segundo



Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

XI

Boris Mankān caminaba por una vasta pradera de hierba verde y lozana. Una brisa fresca soplaba desde el horizonte decorado de nubes blancas y almidonadas. Aquí y allá, concentraciones de frondosos árboles proyectaban agradables oasis de sombra. No recordaba desde hacía cuánto caminaba por allí, mas no le importaba. Estaba bien, con él y con los demás, y era todo cuanto necesitaba. De pronto, delante de él, apareció un río que llegaba desde el Este y se perdía en el Oeste. El murmullo del agua y su suave cabrilleo componían un cuadro apacible que invitaba a reposar allí. Boris Mankān metió los pies en el caudal y notó que su frescura no tenía parangón. Avanzó un poco más y, cuando ya no pudo ver sus rodillas, se zambulló por completo. Dio un par de brazadas y se apareció en la orilla opuesta. Cuando emergió a la superficie, vio que un árbol cercano ofrecía unos frutos suculentos y una agradable sombra. Se sentó allí y, mientras deglutía uno de ellos, diqueló que una figura humana, del otro lado del río, le hacía señas con los brazos abiertos…

El coso se despertó sobresaltado.

La cabeza le latía y no conseguía enfocar la vista. Su campo de visión era un amasijo abigarrado de tonalidades datiladas. Lo embargó un penetrante hedor a piel y sudor.

Restregó sus ojos legañosos, que, además, le ardían por haber dormido con las lentes de contacto puestas, y consiguió dilucidar dónde se hallaba. Estaba recostado sobre un montón de hojas de diario, a modo de colchón. Junto a él, prácticamente uno encima de otro, una docena de personas dormían plácidamente. Al principio le parecieron un montón de cuerpos inidentificables, pero a medida que reparó de uno en uno les pudo dar nombre: allí estaba Nodo, más allá los gemelos Caballete, por ahí Matamoscas…

- Buen día- susurró una voz tras él-. ¿Me ayudás a preparar el desayuno? – El coso se volvió; era Escobillón. Por entre su precaria dentadura se filtraba un olor ácido desagradable.

El coso no respondió, simplemente se levantó, todavía mareado y con las piernas entumecidas, y se precipitó hacia el sendero de madera elevado.

- El baño está hacia el otro lado- advirtió Escobillón lo más bajo que pudo para no despertar a los demás.

Así como un viejo motor que comienza a ganar fuerza, la mente del coso comenzó a traer al presente la noche anterior. Los cosos, la ceremonia, la *felicidad*… Se avergonzó de sí mismo. Había dejado que la angustia de su situación se apoderase de él, como si fuera un tempestuoso mar y él un náufrago, arrojándose sobre lo primero que le diera asidero, sin importar quién o *qué* fuera…

No, no podía pensar así. Ellos le habían recibido, aceptado, hecho parte de la comunidad…

Pero él *no* era de la comunidad. Él era una persona que trataba de recuperar su nombre, nada más. Sin importar que insistieran en llamarlo o tratarlo como a un coso, él seguía siendo una persona, y haría lo que hiciera falta para recuperar lo que le habían quitado.

Llegó donde la escalerilla y empezó el ascenso. Se detuvo a medio camino. Correspondía que fuera a despedirse, que les agradeciera por su inestimable hospitalidad. Reanudó la marcha. Decidió que no entenderían la necesidad de recuperar su nombre, que intentarían retenerlo con la excusa de que ahora era un coso. Además, seguramente lo habían atendido tan cálidamente porque vieron en él a un nuevo integrante de su extensa sociedad, y no porque fuera alguien en apuros. Seguramente, si hubiera tenido su estatus de persona, ni siquiera le habrían dirigido la palabra.

Desdibujar pecados era algo con lo que el coso ya estaba muy familiarizado.

Verbigracia, el risible pero triste asunto de la prótesis capilar en aquel lejano tiempo cuando compartía clases en el CBC con *ella*, su diosa devenida eventualmente en demonio. La cursada había discurrido con rapidez. Al principio, se veían exclusivamente en clases, al margen de las charlas vía celular. Luego, cuando el compañerismo dio paso a una incipiente amistad, empezaron a verse en otros ámbitos: un café, un cine, un parque. En ninguna ocasión hubo segundas intenciones por parte de ambos; de forma implícita ellos tenían, simple y llanamente, una amistad. Una que, no obstante, no era del todo sincera. Él nunca le reveló que usaba una prótesis capilar y lentillas. Intenciones no le faltaron, pero siempre terminaba por desistir, convencido de que ella empezaría a dudar de todo lo concerniente a él. Es decir, si había ocultado su verdadero aspecto tanto tiempo, ¿qué más le escondería? Tal vez, ¿sus verdaderas intenciones para con ella? ¿O, incluso, una personalidad diferente?

El peso de la duda se hizo progresivamente más difícil de sobrellevar, máxime cuando la amistad florecía muy bien. Desde hacía tiempo que el coso no congeniaba tan bien con otra persona. Le abrumaba pensar que un nimio secreto pudiera menoscabar lo

que estaban construyendo... De pronto, la respuesta a su dilema llegó en forma de pregunta. ¿Por qué se había puesto la prótesis capilar, en primer lugar? ¿Y las lentillas? Porque había aprendido que el aspecto lo era todo. Cuando empezó a perder el cabello, y su fachada aparentó muchos más años de los que en realidad tenía, el mundo alrededor comenzó a tratarlo en consecuencia. Se veía prejuiciado en sus búsquedas de amor o de trabajo. Diqueló que, si quería ser mejor recibido, debía cambiar, debía *transformarse*. Es decir, para poder ser aceptado por los demás, debía ser diferente, esto es, ser diferente a sí mismo. Para una autoestima tan baja como la suya, el cambio no fue difícil, sino bienvenido. A su entender, el coso no estaba mintiendo, estaba *protegiéndose*. Él, al fin y al cabo, era solo una víctima de una sociedad superficial que lo había orillado al engaño como método para garantizar su bienestar. Cuando el coso se convenció de esto, se encontró mucho más a gusto en compañía de la joven. Desdibujar un problema o tergiversarlo en su favor era, después de todo, un *modus operandi* habitual en él.

El coso apartó de un manotazo una mosca y, con ella, también la remembranza. Llegó donde la trampilla y la franqueó sin mirar atrás. La luz del sol y el sofocante calor lo recibieron de vuelta en el mundo de las personas. Desanduvo el camino hacia donde vio por última vez a Aarón Forte…, o a su contraparte.

Se percató, con gran irritación, que hacía aún más calor que el día anterior. Si bien estaba en las proximidades del río, no había brisa alguna. Para peor, la prótesis capilar le escocía muchísimo; no solo no se la había quitado durante la noche, sino que tampoco había reforzado el pegamento, por lo que un movimiento equivocado la haría despegarse.

Cuando estaba a pocos metros de la meta, se detuvo unos minutos en el sanitario público que tanto alivio le había ofrecido anteriormente. Aquel hedor penetrante seguía allí, incluso más nauseabundo que el día previo; mas no le molestó. Lo que sí lo contrarió fue percatarse de que debía quitarse las lentillas de contacto puesto que la picazón que sentía derivaría, eventualmente, en consecuencias peores: queratitis, conjuntivitis, o una vascularización de la córnea si no la trataba a tiempo. Y *tiempo* era lo que el coso no sabía si tenía. Tendría una larga plática con Forte cuando lo viera.

Aarón Forte estaba dentro de su imponente automóvil, con las ventanillas subidas, disfrutando del aire acondicionado. Sorbía un café de Starbucks mientras revisaba su celular. El coso se aproximó y golpeó la ventanilla.

- ¡Ey! – saludó el letrado- Subí, dale- y abrió una portezuela de atrás.

- ¿Así que una persona puede ser dos a la vez? – comenzó el coso, bruscamente. Recibió con gran alegría la caricia del ambiente climatizado mientras se apretujaba entre los asientos.
- Si te referís a Oliver, no tiene nada que ver con vos y tu asunto. No tenía sentido que te contara- y extrajo un perfume Carolina Herrera que atomizó un par de veces a su derredor.
- ¿No tenía sentido? Me sentí un pelotudo cuando, a las cinco de la tarde, me viniste con ese verso.
- No fui yo, fue Oliver. Hablá con propiedad- amonestó Forte; metió una marcha y empezó a conducir-. Yo rara vez me cruzo con él.
- ¿Cómo es eso de que una persona puede ser dos?
- Técnicamente, no sos dos personas. Sino que tenés dos identidades. Está legalmente permitido alquilar, permutar o comprar otras identidades. En realidad, uno puede tener todos los nombres que quiera, siempre que pueda pagarlos, obviamente. Escuché que un hombre de La Pampa va a aparecer en los Récords Guinness: la persona con más prenombres y apellidos de la historia. Vendió los derechos de su historia a Netflix para que hagan la serie.
- ¿Soy yo el único que piensa que todo esto no tiene ni pies ni cabeza? - musitó el coso-. ¿Tenés alguna otra identidad que deba conocer?
- Momentáneamente, no- sonrió el abogado.
- ¿A dónde vamos ahora?
- Vamos a buscar la segunda evidencia.
- Pero… Pero no tenemos ni siquiera la primera.
- Después vemos eso, no podemos seguir perdiendo tiempo.

Aarón Forte aparcó el vehículo con la violencia que lo caracterizaba. Indicó al coso que bajara. Estaban en el centro comercial de Accasusso. Una de las calles había sido dispuesta como peatonal, así que los bares y cafés de la cuadra habían acomodado sillas y mesas en ella. Media docena de conos servía de límite para los automóviles que pasaban por ahí. Forte acompañó al coso hacia las proximidades de un café, donde la gente desayunaba tanto adentro como afuera del local.

- La segunda evidencia que debemos presentar es una ayuda voluntaria: una persona hecha y derecha entrega limosna a otra persona, no a una cosa.
- ¿Lo inventás sobre la marcha todo esto? – inquirió el coso con ironía.

El letrado hizo caso omiso del comentario y prosiguió.

- Tenemos que juntar el equivalente a mil pesos fuertes.
- ¿Cuánto es eso?
- Ni idea, así está escrito en el Código Civil y Comercial. Pero con que juntes unos billetes, ya está.
- ¿Cómo tengo que hacer? – dijo el coso, rojo hasta las orejas por la vergüenza.
- ¿Tengo que decirte cómo manguear? ¡Dale, chabón! – Forte se volvió, riendo, sobre sus talones y fue a refugiarse en el vehículo.

Súbitamente, un sudor frío recorrió la espalda del coso cuando reparó en que los conos que impedían el paso de los vehículos eran, en realidad, personas devenidas en cosas, cosas sentadas con las piernas cruzadas una junto a la otra, todas vestidas con fluorescentes overoles naranjas. El coso no quería terminar así. No iba a terminar así.

Avanzó lentamente, como si tuviera plomo en los pies. La persona más cercana a él era un hombre de traje, entrado en años y en canas, con un aura de respetabilidad que parecía repeler la miserable figura del coso. Leía un periódico enorme.

- Disculpe… Disculpe, señor- tartamudeó el coso, cada vez más nervioso-, ¿tendrá una moneda?
- No- replicó tajantemente el viejo, sin siquiera mirarlo.

El coso avanzó a la siguiente mesa. Una hegemónica y joven mujer subrayaba un libro. Cuando notó la presencia del coso, acercó su bolso hacia ella, temerosa.

- ¿Tiene una moneda? – balbuceó él.

La joven frunció el ceño y tapó su nariz con una escuálida mano llena de anillos.

- No tengo nada- respondió por debajo del improvisado tapabocas. El coso se puso morado al comprender que el asco que invadía a la muchacha provenía de sí: su aliento, su olor corporal, su apariencia. Todo él rezumaba inmundicia y suciedad. Avanzó a la siguiente mesa sin responder: quería evitarle más náuseas a la comensal.

En ese momento, un camarero emergió raudo del local y se precipitó sobre el coso.

- Está molestando a los clientes. Retirate, por favor- dijo.
- Perdón, yo solo…
- ¡Te está diciendo que te vayas! – terció el respetable anciano-. ¿Sos sordo o no entendés?

El coso reculó hacia la calle, hondamente entristecido. Su orgullo era sistemáticamente maltratado ora por su situación legal, ora por las personas de a pie.

Caminó una cuadra y probó suerte en otro bar. Los resultados fueron prácticamente idénticos. La diferencia radicó en que, en una de las mesas, halló un desayuno sin terminar, que comió con avidez. El café estaba frío y la medialuna albergaba algunas moscas, pero resultaban un mal menor. Lo que contaba era que, por fin, estaba de nuevo comiendo alimento de *personas*. Alejó un par de dípteros de un vaso de soda y lo apuró. Advirtió que en la mesa siguiente había un jugo de naranja a medio consumir. Diqueló, asqueado, que uno de los insectos se había ahogado ahí dentro, pero la sed lo apremiaba, así que la quitó y bebió el tibio contenido.

A la sazón, un par de camareros se encaminaron hacia él, prestos a echarlo de allí por las malas. No obstante, se detuvieron, azorados. La luz diurna había mermado como si alguien hubiera puesto un velo al sol. Paralelamente, un murmullo penetrante se manifestó. Los camareros se percataron de lo que ocurría y corrieron a refugiarse dentro del local. El coso, alelado, miró hacia arriba y se estremeció. Moscas. Un enjambre de proporciones bíblicas descendía sobre la ciudad.

XII

Un pánico inenarrable se apoderó del coso: no tenía dónde guarecerse. Si osaba acercarse a alguno de los bares, lo echarían a golpes; tampoco divisaba el Volvo de Forte, puesto que el enjambre impedía la visión más allá de una decena de metros. Empezó a correr. Algunos dípteros lo alcanzaron y fueron directo al esquicio entre la prótesis y la coronilla. Probablemente, el hedor que despedía su cuero cabelludo les resultaba atractivo. Lanzó un manotazo tras otro, pero eran demasiadas. Para peor, sentía cómo algunas de ellas lo *mordían*.

Decidió que, aún si debía recurrir a la fuerza, entraría en un local. Se precipitó sobre el primero que tuvo al alcance. Franqueó una puerta de vidrio y la cerró con tal estrépito que pareció que iba a hacerse pedazos. Cuando supo que estaba a salvo, quitó sistemáticamente cada una de las moscas que lo acosaban. Se descubrió jadeando como un animal desbocado. Las palpitaciones le impedían oír su derredor. Pero fue otro sentido el que le indicó dónde estaba.

Una decena de agradables y suaves fragancias le acariciaron la nariz. Se trataba de aromas que hacía mucho tiempo conocía, pero que nunca se había detenido a apreciar, ya sea por desinterés o por tedio. Sin embargo, y luego de haber estado expuesto a

tantos olores execrables, recibió a estos viejos conocidos con mucha satisfacción. Cedro, pino, sándalo. Estaba en una mueblería. Estaba en *El Reino Verde*.

- Discúlpeme, pero tengo que pedirle que se retire- exclamó una voz afable. El coso se volvió y descubrió a un joven de no más de veinte años, muy atractivo, con una ajustada vestimenta que resaltaba un cuerpo cuidadosamente trabajado.
- ¿Quién sos vos? – inquirió el coso, omitiendo la exigencia.
- Soy empleado de *El Reino Verde*, y tengo la obligación de no dejar entrar a los cosos- sentenció, y salió de detrás del mostrador-. Por favor, le pido que se vaya.
- Es imposible. El dueño solo tiene un empleado, y soy *yo*. ¡Si hasta me cansé de pedirle que me aumente el sueldo o me consiga más gente, porque yo solo no puedo hacer todo el trabajo!
- No quiero llamar a la policía. Por favor, salga del local.
- ¿Está el señor Moore? Dígale que soy yo, Bo… Bo… - el coso estuvo a punto de golpearse la cabeza para acelerar la memoria-, soy Boris Mankān.

El empleado hizo una mueca rara, como si le hubieran dicho que uno más uno era tres.

- *Yo* soy Boris Mankān- dijo, y enseñó un gafete de empleado que lucía, fulgurante, el susodicho nombre.

El coso sintió como si le asestaran una patada en la sien. El mundo a su alrededor dio vueltas. El aire escaseaba. Creyó que, de un momento a otro, se desplomaría inconsciente. La circunstancia que atravesaba no hacía más que volverse más y más bizarra a cada momento. ¿Otra persona se había hecho con su nombre? ¿Cuántos Boris Mankān había allá afuera?

- ¿Qué está pasando? – inquirió un hombre con acento marcadamente inglés, de abundante barba y cabellera, que surgió de la trastienda. Era de contextura fornida y su sola presencia inspiraba respeto- Boris, ¿por qué hay un coso en mi negocio? – preguntó a su dependiente.
- Señor Moore, ¿cómo está? – balbuceó el coso- Soy yo, Boris Mankān.
- Pero ¿qué dice? – replicó, jocoso, el hombre.
- ¿No se acuerda de mí? Trabajo para usted desde hace diez años.

El señor Moore carcajeó con tanta fuerza que algunos muebles temblaron.

- No admito cosos en mi tienda. Y menos admito que vengan a profanar el buen nombre de mi empleado favorito- palmeó con cariño al joven-. Boris ha sido

como un hijo para mí. Desde que lo conozco, hace más de una década, siempre ha trabajado con la alegría y el fervor del primer día.

- Señor Moore, ¡nada de lo que dice tiene sentido! ¿Cómo va a conocerlo desde hace diez años si apenas tiene veinte años?
- Boris, por favor, saca de aquí a este sinvergüenza- ordenó con voz tajante mientras volvía a la trastienda-. Y a la fuerza, si es necesario.

El empleado acató la orden al instante y, sin mediar palabra, sujetó al coso por el overol. Éste quiso resistirse, pero el muchacho tenía más fuerza de la que aparentaba. Antes de que pudiera hacer nada, el coso estaba de vuelta en la vereda, donde parecía que las moscas se habían retirado. A la sazón, toda la rabia derivada de la impotencia soportada el último par de días se concentró en las piernas del coso. De forma sistemática comenzó a patear la puerta de cristal de *El Reino Verde*. Iba a hacerla pedazos o perdería las piernas en el intento. Más allá de qué ocurriera primero, su objetivo no era otro que desahogarse.

Un sonido apabullante lo detuvo. Algo semejante a una explosión lo hizo ponerse a resguardo. Examinó el derredor en busca del origen del estrépito, pero resultaba difícil, ya que había humo y personas corriendo y gritando de aquí para allá. Un segundo estallido le indicó dónde mirar. En diagonal a la mueblería, una pandilla armada con ametralladoras, escopetas y rifles de asalto, todos con los rostros al descubierto, asaltaba una carnicería. Disparaban a todo lo que se interponía entre ellos. Los propietarios de la tienda, armados con pistolas, respondieron con una balacera. Raudamente, el coso se parapetó detrás de un vehículo desde donde pudo vislumbrar la secuencia. Los delincuentes, que superaban a los empleados en armas y número, salieron vencedores.

Para sorpresa del coso, ellos no iban a por dinero, sino a por la carne. Una camioneta Peugeot Expert de 6 plazas apareció entre la humareda y se detuvo, chirriando los neumáticos, frente a la carnicería. Los malhechores, con la habilidad de un equipo táctico, metieron el sangriento botín dentro del vehículo y partieron con la misma velocidad con que habían llegado.

A medida que el humo se disipaba, varios transeúntes se fueron acercando. La escena parecía corresponder a un país en guerra: olor a pólvora, casquillos y trozos de ladrillo y vidrio por doquier; una señora lloraba con profunda amargura a un sujeto baleado por quedar en el fuego cruzado; uno de los dueños de la carnicería se aplicaba un torniquete en el brazo para detener la hemorragia causada por un disparo. Los curiosos que llegaban no hacían más que expresar su opinión sobre el robo, aunque

todos concordaban en el origen de este. El coso oyó acerca de una extraña y letal enfermedad que estaba diezmando al ganado a todo lo largo y ancho de la República Argentina. En consecuencia, el valor de la carne se había disparado. Decenas de carnicerías estaban siendo saqueadas, con mayor o menor violencia.

El escenario era tan cruento que ninguna de las personas que pasó junto al coso se detuvo a menoscabarlo, por lo que él, lo más subrepticiamente que pudo, reculó hacia donde vio a Aarón Forte por última vez.

De pronto, una decena de sirenas policiales enmudecieron el murmullo general. Algunos maldijeron a la policía por demorarse tanto en acudir; otros se alejaron con poco disimulo por temor a ser llamados a declarar. No obstante, ninguno de ellos se dio cuenta de algo que el coso sí: no era la Policía la que se acercaba a gran velocidad, sino la Policía de Nombres.

Por entre las ondas de calor atascadas en la calle surgieron media docena de vehículos que ostentaban la coloración amarilla y violeta. La insignia con el carancho parecía más grande que la última vez, pero quizás fuera una impresión del coso. De cada patrullero se apearon varios uniformados, todos unos calcos el uno del otro, y se precipitaron sobre algunas de las personas que había allí. Por un momento pareció que interceptaban al azar, mas resultó obvio que no era así. Cada civil era abordado por dos uniformados: mientras uno la esposaba, el otro le apuntaba con su arma reglamentaria y le daba a entender la razón del arresto.

- Usted entró en mora en el pago de su nombre; es una contravención de la Ley de Nombres. Queda detenido- dijo uno.
- Su nombre presenta embargo judicial; es una contravención de la Ley de Nombres. Queda detenido- sentenció otro.
- Su nombre fue alquilado por una figura estatal ligada a una causa por malversación de fondos públicos. Si bien usted no es el actor fehaciente del hecho, sí es el propietario legal del nombre. El mal uso del nombre reviste una contravención de la Ley de Nombres. Queda detenido- explicó un tercero.

Aterrado por las sucesivas detenciones, el coso se sintió presa de un horror indescriptible. La sola idea de ser encerrado y perder el poco tiempo que le quedaba para recuperar su identidad lo inmovilizó detrás de un tacho de basura. Se demudó y comenzó a temblar. Pudo oír cómo los oficiales golpeaban a los civiles que se resistían al arresto, y eso lo asustó todavía más. Tuvo que sentarse en el pavimento, con las rodillas recogidas sobre el pecho, para evitar caerse.

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

El coso se preguntó dónde estaría Forte, acaso la única persona que podía sacarlo de allí. Desde su escondite trató de localizarlo, pero le fue imposible.

- La vagancia es característica de los cosos- exclamó una grave voz femenina-. En lugar de ser cosas útiles, prefieren holgazanear. En fin, nada que un escarmiento no arregle.

Con el corazón atascado en la garganta, el coso se volvió hacia la voz. Natalia Leytes estaba parada junto a él, observándolo con sus agresivos pero perfectos ojos.

XIII

Aquello fue como un *déjà vu*. La mortífera dama, los uniformados con cascos rebatibles y sin género identificable, el monstruoso camión que declaraba su aparición con el rugido de un motor mayestático.

El coso, que no deseaba ser golpeado de nuevo, se puso de rodillas y alzó los brazos. Bajó la cabeza en señal de completa sumisión.

- Podrían ser cosas perfectamente útiles. Pero, no- musitó Natalia Leytes, desde su magnanimidad judicial-. Los cosos son cosos porque quieren, nadie me lo saca de la cabeza.
- Estoy con mi abogado, el Dr. Forte- logró articular el coso a pesar del miedo que lo embargaba-.
- Además de vago, mentiroso- escupió la mujer-. Llévenlo al camión.

Dos policías sujetaron al coso de sendos brazos y lo levantaron como si fuera una bolsa de plumas. Lo dejaron caer junto con los otros detenidos, que habían arreado como a un montón de ovejas, al costado del camión. Él era el único que vestía el humillante overol. Un tercer uniformado colocaba aquellas incómodas esposas de uno en uno. Con desesperada avidez, el coso miró en todas direcciones, pero no había rastros de Aarón Forte por ninguna parte.

Las esposas que le apresaron el cuello y las muñecas estaban tibias. Los hicieron ponerse de pie y los dirigieron, amedrentándolos con los bastones, hacia el interior del tráiler. Hasta que estuvo en el umbral de la portezuela, el coso nunca dejó de escrutar su derredor. Cuando la oscuridad de la dolorosamente familiar espelunca lo engulló, un nudo de espinas se atascó en su garganta y le hizo humedecer los ojos.

- Ése de ahí, el antepenúltimo- oyó de pronto. La inconfundible voz de su abogado le devolvió el alma al cuerpo. Se detuvo para volverse, creyendo que lo señalaban para sacarlo de allí. Un policía le instó a seguir caminando con un doloroso puntapié en el muslo. Le llegaron las risotadas que compartían Forte y Leytes (a quien creía incapaz de siquiera sonreír), y supo que estaba irremediablemente solo. Abandonado a su suerte. Una que, hasta ahora, había demostrado ser pésima.

Avanzaron por el corredor hasta que apareció una bifurcación. Torcieron a la izquierda y se toparon con una escalera que descendía, según parecía, hacia un subsuelo. Un subsuelo dentro de un camión. A esas alturas, el coso decidió que ya nada podía sorprenderlo. Cuando llegaron al rellano, un policía los recibió. Estaban en un largo corredor con celdas a cada lado. Luces de emergencia, cada quinteto de metros, era la magra luminiscencia que posibilitan ver algo. El calor que hacía allá abajo era insoportable. Uno de los detenidos, una mujer de más de cincuenta años, obesa, que sudaba a cántaros y tenía el rostro completamente rojo, se desplomó. Como tenía las muñecas detrás de la nuca, no pudo amortiguar la caída. Su cabeza dio contra los barrotes de una celda cercana y se abrió por la mitad. El conjunto de reos estalló en gritos de horror, que fueron rápidamente sofocados a base de bastonazos.

Mientras el cadáver era retirado, dividieron al grupo de dos en dos. El coso acabó en un tabuco que no recibía demasiada luz. Su compañero, un joven bien parecido, de tez bronceada y cabello blondo, no dejaba de insultar a los carceleros, a pesar de los golpes que le propinaban para disuadirlo. El coso sintió una instantánea admiración por aquel brioso espíritu. Supuso que una de las virtudes de la juventud era el fervor con el que se defendían las creencias. Él las había perdido hacía mucho tiempo.

Dentro de la celda hedía a orina y excremento humanos. Diqueló que el joven sangraba profusamente por la nariz.

- Hijos de mil puta- aulló-. ¡Hijos de mil puta!
- ¡Callate! – vociferó uno de los uniformados, que asestó un bastonazo a los barrotes.

El joven escupió flema y sangre hacia la oscuridad y se volvió al coso. La tenue claridad que caía sobre su rostro resaltaba las angulosas facciones. El coso lo vio como a un majestuoso león que se resistía a ser domado.

- ¿Con qué excusa te agarraron? – preguntó con la garganta irritada por gritar.
- No pagué el impuesto al nombre…

- Qué idiotez. Esto no hubiera pasado si no hubieran votado a este gobierno- volvió a escupir y un hilillo de saliva roja se quedó prendido de los labios-. Impuesto al nombre... Hijos de puta. El anterior, si hubiera aprobado un impuesto así, lo hubiera cubierto con un subsidio. Es lo que correspondería.
- Y a vos, ¿qué te pasó? – quiso saber el coso.
- Me lo expropiaron.
- ¿Cómo es eso?
- El Estado determinó que, por causa de utilidad pública, debía quedarse con mi nombre.
- ¿Eso… eso es posible?
- No lo sé. Pero si no lo era, lo hicieron posible: dictaron un DNU, diciendo que mi nombre era requerido para superar una "situación económica decadente", y me lo expropiaron. Sin indemnización, sin intercambio, nada... Supongo que me lo tengo merecido. *Nos* lo tenemos merecido- se corrigió-. Dejamos que este Gobierno subiera al poder. No peleamos lo suficiente… Si hubiéramos logrado convencer a la gente, desde el amor en lugar del miedo, que nuestro partido era el indicado, esto no estaría pasando. El problema es que la gente nunca entendió que habíamos heredado muchos problemas de la administración anterior. No se pueden corregir cuatro años de errores tan fácilmente. No digo que los votantes tienen la culpa de lo que pasa, para nada. Simplemente, que el pueblo argentino fue a votar con bronca, no con inteligencia, ni sentido común. Intentamos hacerles ver que el cambio que nuestra oposición prometía no era el indicado. Nosotros teníamos la solución a la crisis que vivíamos. Solo necesitábamos un poco más de tiempo, nada más. Lamentablemente, ganó este Gobierno y bueno… Hicieron un desastre. Todo lo que han hecho… *No tiene nombre*- concluyó, dibujando una sonrisa de ironía por la ocurrencia.
- ¿Hace mucho que militás?
- Desde los quince años, más o menos. ¡La puta madre! - aulló, de pronto-. No entiendo cómo la gente votó esto.

El coso no supo cómo replicar a eso. Tampoco el joven continuó la charla. A la celda llegaban gimoteos y lamentos desde los otros confinamientos. Un sacudón los hizo trastabillar; seguramente, el camión había pasado por un bache.

- Es increíble, ¿no? – comentó el joven- Durante la campaña advirtieron que habría que hacer cambios. Cambios que traerían malestar. Pero a la gente no le

importó. Votaron con bronca, en lugar de verdadera convicción. Pero volveremos. Sé que volveremos. Aprenderemos de nuestros errores y los corregiremos. Volveremos mejores.

El coso asintió con la cabeza, únicamente para no contrariar al muchacho. Por su parte, ni siquiera había ido a votar, así que no se sentí aludido.

Un inequívoco sonido de botas acercándose invadió la celda. El coso tragó saliva, asustado.

- Creo que viene para acá. Y debe ser uno solo, a juzgar por los pasos. Si llega a entrar, lo atacamos. Quizás tenga las llaves de nuestras esposas.
- No podemos hacer eso- susurró el coso-. Con las muñecas así no estamos en condiciones.
- Las condiciones- replicó el muchacho, valerosamente- se las hace uno mismo. Sólo no puedo contra él, pero si trabajamos juntos, tal vez podamos.

Las pisadas sonaban cada vez más cerca. El guardia venía hacia ellos.

- ¿No viste lo que pasó con la mujer? - bramó el coso- ¡Apenas les importó! No somos nada para ellos. Podrían matarnos a golpes sin tener motivo.
- Cagón de mierda- escupió el blondo-. Por personas como vos el país está como está. Si querés morir acá, entre la mierda, allá vos. Yo tengo cosas por las que vivir.

La figura de un carcelero se recortó detrás de los barrotes de la celda, que procedió a abrir. Quizás por haberlo previsto, o por simple fortuna, aquél adivinó la intención del joven, a quien, sin mediar palabra, asestó un bastonazo en el rostro. La sangre brotó como de un manantial y salpicó al coso, que reculó aterrado contra la pared del tabuco. Un par de dientes rodaron hacia sus alpargatas. El muchacho cayó al piso y se retorció de dolor. El policía, con aquella voz fría y neutral que caracterizaba a la Policía de Nombres, se dirigió al coso:

- Te quieren arriba.

El coso acató a su captor, con docilidad.

Desanduvieron el camino de vuelta hacia la bifurcación y tomaron por el otro camino.

A los pocos minutos, llegaron a una segunda escalera, una que ascendía. El policía mantenía apoyado el bastón sobre la columna vertebral del coso, indudable aviso de que no repitiera el accionar del muchacho.

Arribaron a un pasillo largo que conducía a una puerta de metal. Cuando la traspasaron, el coso se descubrió en lo que parecía la oficina propiamente dicha de la inspectora Leytes. La fémina, sentada en el vértice de un escritorio en forma de herradura, le indicó al coso que se sentara en una silla frente a ella. Reparó en que Aarón Forte también estaba allí, apostado a la izquierda de la mujer.

- Es el coso a mi cargo- dijo aquél, con un dejo de desilusión en la voz-. Estábamos en proceso de recolectar la segunda de las tres evidencias que demuestran que, anteriormente, había sido una persona humana, cuando sucedió el atraco.
- ¿La primera evidencia la consiguió?
- No, no pudimos. Quizás lo intente más tarde.
- Nada de eso, Dr. Forte. El coso debe permanecer aquí hasta que se comprobemos su situación jurídica: si es coso, desde hace cuánto, por qué…
- Usted misma firmó para que me sacaran el nombre- terció, indignado, el coso. Trató de imponerse con un vozarrón, pero, en su lugar, emitió un sonido lastimero. El policía, que había aguardado detrás de él, se adelantó para aplicarle un correctivo.
- No tiene permitido hablar- sentenció Leytes, ojeando unas fojas-. Y, remitiendo a lo que dijo antes, veo miles de cosos todo el día, todos los días. ¿Cómo puedo recordar a uno entre tantos?
- Tampoco es para preocuparse- dijo Forte al coso-. Esas averiguaciones no tardan demasiado. Veinticuatro horas, como mucho. Además, te queda un día, todavía.
- ¿Cómo que *me queda un día*? – barbotó el coso, ofuscado.
- Sin contar hoy, sí, te queda un día. La ley establece un plazo de tres días para recabar toda la información concerniente a demostrar la veracidad del estado de persona humana del solicitante. Pasado ese lapso, bueno…, *el que calla, otorga*.
- ¡No me dijiste nada de eso! - aulló el coso.

El uniformado alzó el bastón para descargarlo otra vez, pero el letrado le indicó que se detuviera.

- Cierto que, si te lo hubiera dicho, ya tendrías tu nombre de vuelta- dijo sarcásticamente- Que sepas al pie de la letra toda la Constitución Nacional no va a mejorar tu situación. Además, ¿de qué te servirían todos los tecnicismos?
- Si hubiera sabido que tenía solo tres días, me hubiera apurado en conseguir las pruebas.

- ¿Escuchó lo que dijo? – intervino la inspectora- Son hijos del rigor. Se merecen todo lo que les pasa.
- No hubiera hecho diferencia- aclaró Forte rascándose la nariz-. Las evidencias no se consiguen solo con fuerza de voluntad.
- Pero sí con el tiempo suficiente- balbuceó el coso, colérico-. Ya perdí un día y estoy perdiendo otro.
- La justicia no tiene el mismo tiempo que las personas. Y menos si *ya no son* personas- sentenció Leytes.

Repentinamente, una idea brilló en los ojos del abogado. Chasqueó los dedos para confirmar la inspiración que había recibido y se volvió a la inspectora Leytes.

- ´Podríamos aplicar la cláusula Cobos de la Ley de Nombres.

El camión dio un bandazo; probablemente un bache.

- La decisión la tiene usted, Forte. Si quiere seguir perdiendo el tiempo con este coso, es tema suyo.
- Soy masoquista, ¿qué quiere que haga? – remató el jurisconsulto, riendo. Después, habló al coso, que esperaba ávidamente la información: - Existe una forma de acelerar el proceso. El Código Civil y Comercial dicta que, si un coso tiene conocimiento de una persona que infringe la Ley de Nombres de alguna manera, o, en su defecto, que sabe el paradero de cosas viciadas, es decir, cosos que se negaron a pasar a ser cosas y se dieron a la fuga, le otorgan máxima prioridad al caso del solicitante. Hablando mal y pronto, si boteneás a alguien, apuran tu trámite.
- Pero si apenas supe ayer de esta Ley de Nombres, ¿a quién voy a conocer que la esté infringiendo?
- ¿De verdad no conocés ninguna cosa viciada?
- Yo no…

El coso se detuvo, abruptamente. Una idea cayó en su mente con la fuerza de un yunque. Desde el día anterior, cuando empezó su inenarrable calvario, esta cláusula fue la primera, y quizás única, luz que amenizó el camino a través de la abyecta oscuridad del sistema judicial. No obstante, su sentido de la moral opacó esa luminiscencia. ¿De verdad sería capaz de delatar al grupo de cosos que tan afable y cálidamente lo habían acogido en su momento de mayor necesidad? ¿Tan falto de código podría ser?

La idea se manifestó con dos aristas bien definidas. Por un lado, podía mantener su integridad a costa de salvaguardar a las personas que lo habían ayudado, arriesgando el

resto de su existencia a vivir como un coso; por el otro, podía priorizar su propia vida, delatar a esos cosos que ni siquiera conocía, y facilitar el proceso de recuperar su nombre. ¿Altruismo o egoísmo?

- ¡Ah! – vociferó el letrado al recordar otro detalle- Por cada diez cosas viciadas que entregues, te perdonan una evidencia. Así que, si en una de esas, conoces a treinta cosas viciadas, prácticamente, tenés tu nombre otra vez.

El coso empezó a sudar copiosamente. No sólo sabía de treinta cosas viciadas, sabía de un centenar de ellas. Con solo decir la ubicación del escondite subterráneo, le devolverían su nombre y, por tanto, su vida. El manjar que le ofrecían auguraba ser amargo al masticarlo, pero extremadamente dulce al deglutirlo: un minuto, dos o diez de remordimiento no podían compararse a una existencia completa de sufrimiento. La inspectora debió adivinar la disyuntiva del coso, puesto que le dijo:

- Te lo voy a hacer fácil: vos o ellos.

El coso levantó la testa y enfrentó a la deletérea mujer.

Había tomado una decisión.

XIV

El coso fue llevado de vuelta al tabuco enrejado. No había rastro del blondo muchacho.

- De más está decir- comenzó la inspectora Leytes, que había seguido al desdichado y a su carcelero-, que si nos estás haciendo perder el tiempo… Bueno, no respondo por mis subordinados- se volvió al guardián y, sardónicamente, agregó - ¿Tiene treinta monedas para darle?
- No creo- carcajeó el carcelero. Luego, buscó en el bolsillo del pantalón y extrajo un par de monedas-. Apenas unos centavos- y los arrojó a la cara del coso.

La inspectora hizo un gesto con la cabeza y ambos se retiraron. El rostro del coso le ardía allí donde las monedas lo habían golpeado. Aun así, el dolor fue lo de menos, pues diqueló que aquellas monedas sucias podían ser, en efecto, una limosna. Una evidencia.

El coso oyó que la inspectora decía algo, pero no supo exactamente qué. El carcelero respondió con otra sonora carcajada, más fuerte que la anterior, cuyo eco se propagó en todas las celdas y parecieron concentrarse en la del coso. Se acomodó en la pared que y, llevando las rodillas contra su pecho, cerró los ojos. Su intención era

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

abstraerse de la situación, pero le era imposible: la elevada temperatura, el repulsivo hedor a orina y excremento, el constante ir y venir de los carceleros delante de la celda, todo se confabulaba para mantenerlo anclado a la realidad.

Sin embargo, el infierno no estaba únicamente en el exterior, sino, también, dentro de él. La consciencia le remordía hasta el último pliegue del alma. Los rostros de Nodo, Matamoscas, Escobillón, se le aparecían con improbable nitidez delante de él, para dar paso a escabrosas imágenes de dolor y miseria. Un bastón aquí, una bota allá, y la calidez y jovialidad de aquellos desinteresados seres se apagaba de golpe. Y todo porque él, el coso, los había traicionado.

Su vida por la de ellos. Así de simple fue el razonamiento, e igual de simple la resolución. Obvió con absoluta frialdad cómo, en el momento en que más desgraciado y mustio se sentía, ellos lo habían ayudado. Lo habían integrado a su mundo con bondad y desinterés… Un sudor frío le bañó la espalda: él no era, ni quería ser, de su mundo. Él, al margen de qué dijera la ley o cómo lo llamaran los demás, era una persona. Se aferraba a ese pensamiento como quien se aferra a una soga que pende sobre un abismo. Trató de convencerse de que, con la suficiente fuerza de voluntad, podría salir del hoyo en el que había caído; de que seguía siendo una persona, cuyo nombre era… ¿Cuál era? Perchero.

Gritó, enervado. Se hubiera dado una bofetada si no tuviera las manos esposadas. Un guardiacárcel que pasaba se detuvo a observarlo y, después, se alejó, riéndose. El coso no era un coso, era una persona. Con una vida y con un nombre, el cual era… No lo recordaba. Se sintió mareado. El aire le faltaba y la celda daba vueltas sobre su cabeza. Tan solo dos días sumido en aquella sórdida pesadilla bastaron para mellarle la memoria. Trató de serenarse. Quiso realizar un ejercicio de respiración, pero, ni bien inhaló la primera bocanada, comenzó a toser briosamente. El hedor circundante era completamente insalubre. Levantó la testa y miró hacia el techo, que tampoco se veía, debido a la oscuridad.

Él no había traicionado a nadie, se dijo, porque no había nadie a quien traicionar. A fin de cuentas, había dado la ubicación de un conjunto de cosas. Sí, *cosas*, porque no podía llamarse *personas* a seres que habían renunciado a su derecho de serlo y que, para peor, no habían hecho nada por solucionarlo. Él no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Recobraría su estatus de persona humana a como diera lugar.

Mankān. Boris Mankān era su nombre, y lo iba a recuperar.

Un violento alarido lo sobresaltó. El guardia que hacía un momento se había reído de él estaba de rodillas en el pasillo, doblado sobre sí mismo. Gritaba a voz en cuello, con una mezcla de agonía y rabia. Un tremendísimo dolor parecía consumirle la vida. De su boca empezó a manar sangre. Un segundo guardia cárcel se presentó para ayudarlo, pero, instantáneamente, fue víctima de la misma afección.

De la escalera que conducía al piso superior cayó rodando un tercer uniformado, igualmente bajo el influjo de un ataque invisible. Lo extraño del asunto era que, con excepción de los uniformados, nadie más sufría de ningún dolor.

Uno de ellos, en su desesperación, se quitó la mayor parte del uniforme, con excepción del casco rebatible. Dejó al descubierto la piel, que estaba salpicada de llagas que supuraban fluidos rojizos. Los prisioneros observaban con avidez la truculenta escena. Sus ojos brillaban de placer al observar a sus captores arquearse de dolor. Aullaban como posesos. Los gritos, para peor, quedaban reverberando en la claustrofóbica prisión. Era un manicomio.

Entonces, tan súbitamente como había empezado todo, culminó. Los afectados dejaron de retorcerse y quedaron tiesos sobre el suelo. Aquello no se prolongó más que unos pocos minutos, pero, en lo que al coso concernía, habían sido horas.

La inspectora Leytes descendió acompañada de un par de uniformados. Aparentemente, incólumes. Dictó sucintas indicaciones y los caídos fueron retirados. Volvió a ladrar órdenes y todos los cautivos fueron sacados de sus celdas para ser conducidos a un segundo subsuelo. A través de palabras y oraciones oídas al azar, el coso pudo adivinar que los llevaban a un recinto común donde fuera más fácil vigilarlos, puesto que más de la mitad de los policías habían caído víctimas de la sorpresiva enfermedad.

En efecto, el siguiente subsuelo se conformaba únicamente por una oblonga celda gigantesca, sin división alguna e iluminada por agonizantes tubos LED, pero sólo en los primeros metros, ya que una intensa penumbra señoreaba el otro extremo. Patidifuso, el coso observó que, a pesar de contar con una evidente superioridad numérica, nadie intentó nada para evitar ser encerrados de nuevo.

Un grito ahogado se elevó desde alguna parte del grupo. El coso vio que la gente se agolpaba allí donde empezaba la negrura. Un hombre de contextura pequeña se desmayó; una persona vomitó y, como espoleados por el acto, otras tres personas regurgitaron también. El coso se abrió paso dificultosamente hacia allí, intrigado por el origen del malestar. Cuando hubo llegado, la visión de aquello penetró en sus ojos como

saetas de hierro al rojo vivo. Barruntó lo peor, ya que parecía un fatídico presagio de su propio destino.

Sentado contra la pared, vestido con el overol grisáceo propio de un coso, y con las muñecas esposadas tras la cabeza, un cadáver momificado yacía en el límite entre la luz y la oscuridad.

XV

Contra todo pronóstico, no hacía aquel calor húmedo que acampaba por todo lo alto y ancho de aquel imposible camión policial, sino, más bien, un frío seco.

- Eso debió impedir que se descompusiera el cuerpo- sentenció un hombre que arañaba los sesenta años, alto y gordo, de tez rubicunda. Hablaba como si fuera un entendido en ciencias forenses-. Además, parece haber sido una persona delgada, y la ausencia de grasa facilita el proceso de desecación.
- ¿Sabe hace cuánto murió? – inquirió el coso.

A excepción de ellos dos, todos los demás reos se habían conglomerado en el sector más luminoso. Nadie quería reconocer que ése podía ser el futuro que les esperaba.

- Estimo que un mes.
- ¿Es médico forense?
- No, lo aprendí en un documental que vi en Prime Video.
- Claro… ¿Habrá más, allá, en la oscuridad?
- Dudo que alguno de nosotros quiera saberlo.

La pareja abandonó el cadáver y se acercó al grupo. En situaciones de esa índole, donde la fatalidad es tan palpable, la compañía de los congéneres reviste vital importancia para no sucumbir al miedo y la desesperación.

- ¿Por qué lo detuvieron? – preguntó el coso.
- Me llamo igual que un expresidente. Según la Ley de Nombres, eso es profanar “el buen nombre de un funcionario público”.
- Eso… ¡Eso es ridículo!
- Claro que lo es. Pero si los gobernantes pueden decretarse un aumento de sueldo por encima de la inflación que ellos mismos proyectan, y nadie se opone a ello,

creo que eso da pie a que hagan lo que se les cante, ¿o no? Bueno, ¿qué excusa usaron con vos?

- No pagué el impuesto al nombre… No porque no quisiera, simplemente, no sabía que existía.
- ¿Vivís en una pava? – bromeó el sujeto. El coso había llegado a odiar profundamente esa expresión. Más allá de que fuera cierta, la realidad era que tenía no pocos problemas en su vida para perder tiempo en ver qué hacían o dejaban de hacer los congresistas.
- ¿Cómo llegamos a esto? – dijo el coso, de pronto-. ¿Por qué dejamos que todo esto pasara?
- Creo que nadie pensó en las consecuencias de la Ley hasta que fue tarde. O, quizás, y eso sería lo peor, la gente de verdad creyó que era una buena idea. Recuerdo que, cuando el presidente habló del DNU por primera vez, diciendo que era un sacrificio que había que hacer para poder salir adelante, la gente estuvo de acuerdo. Sabían que el Gobierno anterior había dejado las cosas bastante mal, así que no les sorprendió que se tomaran medidas como estas.
- Pero, convertir a las personas en cosas… ¿a quién se le ocurre?
- Aunque te parezca mentira, esto no es nuevo. En la Antigua Roma, todos los sujetos jurídicos eran hombres, pero no todos los hombres eran sujetos jurídicos: los esclavos, los extranjeros, quedaban fuera de su compendio de leyes. Más acá en el tiempo, el nazismo consideraba a los judíos no ya una subespecie, sino también una aberración, una que no merecía la acepción “persona”. Y puedo seguir: en Estados Unidos, hasta no hace mucho tiempo, los hospitales se reservaban el derecho de admisión de una persona de color si se percibían como un “hospital para blancos”. Con estos antecedentes, que exista hoy, en Argentina, algo así, no me sorprende.
- En otras palabras… Mi vida se fue a la mierda por un impuesto.
- Ni más ni menos, hombre.

El coso se apartó un poco y, con mucha dificultad, se sentó en el frío suelo. La indignación que le ocasionaba oír toda esa perorata lo mareaba. Ahora comenzaba a encontrarle un sentido a esa suma de incongruencias que era la Ley de Nombres y todo lo que la rodeaba. Empero, dicho entendimiento no proyectaba ninguna luz en el camino que él debía recorrer todavía. El hombre se acercó, aparentemente, con la idea de continuar su discurso.

- ¿Por qué te afecta tanto esto? Una persona de tu edad ya debería tener naturalizado que en este país puede pasar de todo, incluso lo más ridículo. Muertos que se presentan a votar, corralitos, vacunatorios VIP, ministros que duran horas en el cargo… ¿Sigo?
- Yo sólo quiero recuperar mi nombre- musitó el coso-. Lo demás, me importa un carajo.
- No tengo conocimiento de que eso haya pasado. Por eso estoy tranquilo, porque sé que…
- ¿Por qué dice eso? ¿Usted es abogado?
- No, soy plomero. Pero me gusta mucho leer, mantenerme informado.
- El nombre sí se puede recuperar- contestó el coso, y se puso de pie, como para reafirmar sus palabras-. Yo tengo un abogado, y me dijo que la identidad se puede…
- Recuperar si juntas varias evidencias, ¿no? Te está vendiendo humo. Es para sacarte guita, nomás.
- ¿Guita? Si no tengo un mango, ¿qué guita me van a sacar?
- ¿Pensás que lo hacen por amor al arte? Ellos tienen su tajada, no te creas. ¿Cuál es? Ni idea. Sólo te aviso para que no te encuentres con un viernes 13.

El coso giró sobre sí mismo y penetró entre la multitud. Ya no le apetecía hablar con ese hombre que parecía empecinado en amargar su ya de por sí desesperanzada odisea.

Procuró con toda su voluntad desoír las desalentadoras palabras, pero, por más que intentara, lo cierto era que cada minuto que pasaba siendo un coso, menos creía plausible recuperar su identidad. Era como si todo a su alrededor estuviera configurado para hacerlo perder. Sentía dentro de él que aún si consiguiera cien pruebas de cada una de las tres evidencias, todavía le dirían que faltó una firma, una hoja, una carpeta.

Bufó sonoramente para que todos a su alrededor supieran que estaba molesto, más para exteriorizar su malestar que para recibir atención. A esas alturas, la única atención que necesitaba era la de su abogado, a quien hacía horas que no veía. ¿Habrían ido a buscar a los cosos? Y, de ser así, ¿les habrían encontrado?

El inconfundible repiqueteo de los tacones de la inspectora Leytes anticipó su llegada. Venía secundada por un par de carceleros. Cuando los cosos advirtieron su presencia, callaron y contuvieron la respiración, expectantes por saber qué nuevos horrores les tendrían preparados. No obstante, los uniformados no venían por todos, solo por uno: el coso. El semblante de la inspectora auguraba malas noticias.

XVI

Alguna vez, en alguna parte, el coso había oído que cada uno tiene un lugar feliz en el que puede refugiarse si la ocasión lo amerita. Él, hasta donde sabía, no tenía nada parecido. No obstante, sí encontraba cierto melancólico placer en revivir situaciones pasadas. Tanto alegres como tristes. En esa ocasión, se retrotrajo hasta el tiempo en que su amistad con *ella* se había fortalecido enormemente. Pero dicha remembranza estaba teñida de un mustio color gris, puesto que un óbice inesperado se había presentado por entonces: la opinión pública, o, mejor dicho, la de sus compañeros de clase.

Ocurrió que, durante la clase de derecho constitucional, que giraba en torno a la identidad de género, un comentario hecho por el coso dio pie a un rumor que cuestionaba su heterosexualidad. Nadie lo abordó directamente, pero llegó a sus oídos lo que pensaban de él. Lo había bautizado, furtivamente, como Flor de la C.: así aludían, por un lado, a la figura mediática, y, por otro, a la sigla CBC. Aquello, que podía pasar como una broma de mal gusto, se revestía de tamaña seriedad para el coso. Él ya había sufrido en carne propia las consecuencias de debatir las orientaciones sexuales abiertamente, y no quería transitar por lo mismo otra vez. De hecho, las únicas amistades que había cosechado a lo largo de su vida las había perdido, justamente, por esa razón.

En otras palabras, no estaba dispuesto a vivir todo aquello de nuevo, más teniendo en cuenta que la relación que estaba cimentando con su nueva amiga podría verse afectada. Sin embargo, lo que más preocupaba al coso era que ella no hiciera ninguna alusión a los murmullos. Ignorar qué opinaba sobre el rumor lo carcomía. Tampoco tenía el valor de preguntarle. Si la respuesta no era la que él esperaba, sería devastador. Aunque, ¿qué respuesta esperaba, con exactitud? El propio coso lo ignoraba. No se detenía a pensar en su propia sexualidad, solo la daba por sentado. Había salido con algunas mujeres, pero nada serio, nada que durase más de un mes. En lo que sí pensaba era en compartir su vida, tener alguien a quien amar y que el sentimiento fuera mutuo. Extrañamente, no se había figurado cómo debía ser ese alguien. Ni de qué género.

Al final, la conclusión a su enésimo problema ocurrió abruptamente, y por obra de la improvisación. En medio de una de las cátedras, el profesor hizo un comentario que

el coso tomó como una alusión directa hacia él. Entonces, sintiéndose en el eje de las miradas ajenas, obró con la imprudencia de quien trata de salvarse a como dé lugar.

Cuando la clase terminó y todos se levantaron de los pupitres, el coso rodeó la cintura de su amiga con un brazo, acercó su rostro al de ella y buscó los labios. Su intención no iba más allá de apoyar la boca en la de ella, y así manifestar una identidad sexual a los demás. Una maniobra reprochable desde todo punto de vista.

Para su sorpresa, ella respondió con un fervoroso beso. Primero tímidamente, como quien tantea el terreno, luego con la seguridad de quien avanza firme en una conquista. Los labios dieron paso a la lengua, que se introdujo con experticia en la boca del coso. Él, que recibió con incomodidad la penetración ligeramente amarga de su amiga, no pudo evitar el acto reflejo de recular su propia lengua. Se limitó a seguir el compás que ella marcaba. El beso se prolongó más de lo que el coso hubiera esperado.

Cuando ella despegó los labios de los suyos, él se topó con unos ojos capuchinos que fulguraban de emoción. Su amiga abrió los brazos y estrechó su cuerpo contra el de él. El coso sintió, a través del abundante busto de la muchacha, cómo le brincaba el corazón. Su treta había salido mejor de lo que esperaba: desde entonces sería conocido o recordado como el que logró conquistar a la fémina que deseaba la mayoría de los hombres de la clase. El problema era que ignoraba qué ramificaciones podía acarrear esa nueva situación, ya que él no terminaba de decidir qué sentía por ella.

Empezaron a salir, esta vez, como pareja. Caminaban tomados de la mano, se amartelaban, e incluso se entregaron a los placeres de la carne en la primerísima cita. La muchacha connotaba una inmensa alegría por la nueva relación; sin mencionar la pasión con la que le demostraba al coso lo mucho que le gustaba. Él, por su parte, se comportaba como un autómata, programado para actuar como se suponía que un novio funcional lo hacía: pasaba a buscarla a su casa, le obsequiaba flores y dulces, le deseaba las buenas noches religiosamente. Pero nada de lo que hacía era por sentimiento, sino por obligación.

La realidad era que no se sentía atraído por ella, pero no podía confesarle la verdad. No podía decirle que el primer beso había sido una actuación para que no murmuraran sobre él. No podía decirle que, cuando se besaban o hacían el amor, pensaba en otras cosas para ponerse a tono. No podía decirle que, sin importar cuánto la apreciara y valorara, no la amaba. El coso no podía romper el corazón de la persona que más estimaba sobre la Tierra, y menos todavía por causa de un estúpido rumor.

La farsa supo mantenerse durante varios meses, e incluso se extendió a ámbitos fuera de la universidad: debido a que el coso carecía de amistades, ella le presentó las suyas, y supo congeniar muy bien. Empero, hasta el mejor prestidigitador termina por agotarse si mantiene el mismo truco de forma prolongada. El coso manejaba muy bien las situaciones ordinarias, como cuando estaban en público, por ejemplo; pero, cuando llegaba el momento de la intimidad, su fachada de novio ejemplar se desmoronaba. Cada vez le costaba más y más acoplarse a la fogosidad de la fémina, quien consideraba el sexo uno de los pilares de la vida. Las imágenes o situaciones a las que él recurría para excitarse, sin importar a qué género pertenecieran, fueron perdiendo su efectividad a fuerza de abusar de ellas. Luego, cuando no pudieron consumar el acto en sucesivas ocasiones por culpa de él, la relación desbarrancó.

Las pláticas perdieron fluidez, el número de salidas mermó, la luminiscencia que irradiaba la mirada de la muchacha se atenuó. El coso quiso remontar la situación, pero lo cierto era que fingir durante tanto tiempo lo había agotado. Vio esta nueva etapa como la oportunidad de evadirse de una relación que no deseaba. Sin embargo, cuando la muchacha decidió cortar, no solo el noviazgo sino todo tipo de vínculo, el coso no experimentó alivio, sino pánico.

El tedio de la mímica constante había terminado por cegarle la razón por la cual todo había empezado: mantener la fachada de hombre heterosexual. Si volvía a estar soltero, ¿no empezarían de nuevo los rumores? No en la universidad, naturalmente, porque el curso ya había terminado, sino en ámbitos laborales o sociales. Quería evitar a toda costa que los rumores se avivaran. Estaba la posibilidad de conocer otras mujeres, pero la idea tenía dos complicaciones: por un lado, el carácter taciturno y solitario del coso impedía que se relacionara con nuevas personas; por el otro, debía construir desde cero toda una nueva relación. Mayestática tarea para la cual no tenía fuerzas: el martirio del trabajo que odiaba, el acoso de las deudas financieras, la frustración de su vida, todo consumía sus energías y le vedaba la opción de emprender una labor semejante.

Se dijo que la importancia del asunto no estribaba en qué sintiera por ella, sino en que su fachada de hombre común y corriente siguiese en pie… Aunque, ¿tanto le importaba la opinión ajena? ¿Tan decisiva para su vida era la forma en que lo vieran los demás? Se dijo, rotundamente, que sí. De un tiempo a esta parte se auspiciaba que lo fundamental era lo que uno piense de sí mismo, aunque la realidad fuera lo contrario: la opinión social siempre prevalece por sobre la del individuo. Son los *otros* quienes

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

dictaminan qué es bello y qué no; qué identidad sexual es normal y cuál no; qué es normal y qué no.

Con semejante visión de la vida, el coso no disponía de muchas alternativas. Se convenció de que no sólo debía volver con la muchacha, sino, también, cambiar su percepción de ella. No podía dejar que la desidia volviera a afectarlo y, en consecuencia, que se repitiera la ruptura. Esta vez debía amarla de verdad. Debía amarla como nunca había amado a nadie. Ella debía convertirse en su deidad, en la luz de sus ojos, en el sol y la luna de todos los días y las noches. Ella debía volverse el centro del mundo para que, a fuerza de repetirlo, él terminara por creer su propia mentira.

Citó a la muchacha y le hizo saber lo apenado que estaba por cómo se había comportado ese último tiempo. En puridad, verdaderamente estaba compungido: le dolía saber que ella lo amaba más de lo que él nunca podría amarla. El coso prometió con solemnidad que, si le daba una oportunidad, se convertiría en el novio que ella siempre había deseado y merecido, se postraría ante ella como un devoto, acataría sus órdenes cual súbdito. Ella, con mucha más magnanimidad que él, le replicó que no quería un sirviente ni un adorador: quería un compañero. Nada más. El coso se avergonzó de sí mismo más de lo que nunca lo había hecho, porque se vio asimismo como lo que era en realidad: un inmaduro farsante. Accedió a la solicitud de la muchacha y, desde ese momento, se aplicó a la misión de ser la mejor versión de sí mismo. Como pareja, claro está, porque como versión de sí mismo seguía siendo el mismo hombre depresivo que ignoraba cómo conducir su vida con normalidad.

Un penetrante dolor le mordió la mejilla derecha. Fue como si le hubieran propinado un ladrillazo. Un segundo golpe, esta vez, en la mejilla izquierda, le sacudió la cabeza con tanta fuerza que creyó que el cerebro le había salido por la oreja.

El coso, de pronto, fue consciente de dos cosas: la primera, que estaba atado a una silla, en medio de una sala pobremente iluminada; la segunda, que dos hombres dotados de fuerza sobrehumana lo estaban deshaciendo a golpes. Le faltaba decidir, se dijo, si querían sacarle información o, directamente, asesinarlo. Por la brutalidad dispensada, estaba más inclinado a lo segundo.

XVII

La sucesión de golpes no se detenía. Molían su carne y astillaban sus huesos. El coso había diquelado que sus captores pertenecían a la Policía de Nombres, pues llegó a ver, fugazmente, el característico amarillo y violeta de los uniformes.

De pronto, una tremebunda patada en el pecho lo derribó y cayó estrepitosamente al suelo. Las dos figuras fueron sobre él y continuaron con los achaques. Hubiera aullado de dolor, pero el aire le faltaba y no podía articular siquiera una queja.

- Basta- oyó que alguien decía en alguna parte. Era una voz femenina, una que él había llegado a odiar y temer a partes iguales.

Dos manazas lo volvieron a poner en la silla, y uno de ellos le asestó un par de bofetadas rápidas, como para despabilarlo.

- Le advertí que, si nos hacía perder el tiempo, no respondería por mis hombres- continuó la voz.

Alrededor de los ojos del coso se habían formado gruesos hematomas que le impedían ver con claridad. Sintió, además, el labio hinchado y supurando sangre. La inspectora se aproximó a él, pero solo un poco, como si le tuviera un asco considerable.

- Encontramos el escondrijo que había dicho, pero no había ni un solo coso ahí. Así que, o mintió, o dijo una verdad a medias. ¿Quiere rectificar su declaración, o dejo que los agentes sigan con su labor?

El coso replicó algo, pero ni siquiera él mismo se entendió: la inflamación de la quijada era tal que sus exclamaciones resultaban ininteligibles. La fémina, que no parecía percatarse de ello, esperaba ansiosa la contestación.

Uno de los policías se acercó al coso y, posando una mano enorme sobre su coronilla, le tiró de los cabellos para sacudirle la cabeza.

- ¡Contestá cuando te habla, hijo de puta! – gritó.

El coso sintió, con una angustia difícil de cuantificar, cómo el pegamento cedía y la prótesis capilar era removida de su calva coronilla. Al principio, el uniformado pensó que le había arrancado, efectivamente, un manojo de cabello. Pero, cuando todos fueron conscientes de la verdad, estallaron en fuertes risas. Incluso la inspectora se permitió sonreír, aunque más pareció un espasmo.

- Fijate si tiene algo más que sea postizo- dijo, carcajeando, el otro policía-. Capaz que la nariz.

La inspectora, que parecía impermeable a las bromas, parecía perder el último rescoldo de paciencia que tenía.

- Bueno, basta- ordenó, colérica-. Dejá esa cosa sobre la mesa- y señaló algo que, hasta ese momento, el coso pensó que, realmente, era una mesa. Pero no lo era. Se trataba de una persona, una cosa, más bien, a juzgar por el overol celeste y blanco que vestía; estaba en cuatro patas, haciendo las veces de mesa. Sobre la espalda tenía un par de tasas, lapiceras y una libreta. Aquel coso era de contextura delgada, con un cabello largo que caía sobre un rostro que no se llegaba a ver-. No quiero seguir perdiendo el tiempo. Contésteme: mintió o dijo una media verdad.

El coso, que había empezado a sollozar por la desesperación de no hacerse comprender, hizo lo imposible por articular una palabra, pero el resultado fue infructuoso.

- Continúen- declaró ella, y se volvió sobre sí misma para abandonar la habitación.

Con la misma fuerza que un tren, un puñetazo impactó sobre la cara del coso y lo arrojó, de nuevo, al suelo. Se preguntó, en un alarde de nihilismo impropio de él, si faltaría mucho para morir. Concluyó que aquella era, quizás, la forma en que sus días habrían de acabar. Después de todo, ¿no había "naufragado" de carrera en carrera, de deuda en deuda? Los barcos o botes a la deriva, por fuerza, terminan encallando o hundiéndose. Nunca había tomado el control de su vida y, ahora, debía afrontar las consecuencias.

- Tomá- dijo uno de los policías al otro, entregándole la prótesis capilar-. Ponésela en la trompa, y nos sacamos una *selfie*-.

Pusieron al coso de vuelta sobre la silla y, sobre su rostro, colocaron la prótesis, que quedó fija debido al pegamento que aún le quedaba. Los uniformados se sacaron varias fotografías, siempre con una mueca distinta. Cuando se aburrieron, volvieron a la faena.

El primer puñetazo en el rostro arrojó la prótesis al suelo, que cayó con los cabellos hacia abajo y la parte plástica, recubierta de pegamento, hacia arriba. A la sazón, el otro policía tomó carrera para asestar una tremebunda patada en el estómago del coso, con la mala fortuna de pisar la peluca. El ganapán trastabilló y dio contra un perchero de madera que había junto a la pared. El impacto fue tan fuerte que lo partió a la mitad. El segundo uniformado rompió en una sonora carcajada.

- ¿Qué pasa acá? – dijo la inspectora, que se había materializado subrepticiamente, como una aparición-. Déjense de joder y saquen esa porquería de acá- ordenó, refiriéndose al coso.

Percibió cuatro grotescas manos que apresaban su carne mullida y lo levantaban con la facilidad que se levanta una caja de cartón. Lo transportaron por un tiempo que, al menos para él, pareció eterno. Ignoraba por completo a dónde lo llevaban, un tanto porque no veía casi nada, otro porque no le importaba. Lo arrojaron en un tabuco que, supuso, era el baúl de un patrullero. La presunción resultó correcta, pues oyó el sonido del motor al encenderse. Los siguientes minutos, u horas, los transcurrió en penumbras, sacudiéndose violentamente cada vez que el vehículo pasaba por un bache.

De pronto, cuando por fin se dejaba llevar por el desfallecimiento, los mismos y desagradables pares de manos estaban de nuevo sobre él. Así como se despacha una bolsa de basura, lo arrojaron fuera del vehículo. El coso aterrizó de espaldas sobre un montón de grava húmeda. Oyó al patrullero marcharse a toda velocidad y, con una calma que no experimentaba desde hacía lo que pensó eran años, se desmayó.



XVIII

Un penetrante zumbido le aguijoneó un oído y lo despertó. En seguida, un indecible dolor le mordió las sienes, las mejillas, la quijada. Asimismo, otro dolor semejante le

desgarró el pecho; otro, el estómago. Las imágenes de la golpiza comenzaron a reaparecer ante sus ojos. Se enjugó un hilillo de sangre que se escurría por los labios.

El coso se incorporó con gran dificultad y vislumbró su derredor. Era de noche y, a pesar de que el farol más cercano estaba a una veintena de metros, pudo ver que estaba en una zanja, junto a las vías de algún tren. Su olfato captó un olor desagradable, así que constató que lo rodeaba basura y agua estancada. Los oídos, por su parte, captaron una decena de mosquitos que pululaban junto a él. Podría haber dejado que uno lo picara, luego capturarlo y usarlo como evidencia, pero sus extremidades le dolían sobremanera como para hacer cualquier tipo de esfuerzo. Sin embargo, se permitió uno: buscar algo en el bolsillo del overol. Sentía que había algo allí que desconocía y quiso saber qué era: monedas; las mismas que le habían arrojado a la cara.

Percibió una leve brisa en la coronilla, como hacía tiempo no sentía. Se tocó la cabeza con la yema de los dedos y halló una superficie lisa, pero un tanto pegajosa: la prótesis capilar no estaba. Remembró que los policías se la habían quitado. Se figuró que su apariencia sería entre lastimosa y ridícula, pero estaba muy agotado para preocuparse por eso.

Una luz incandescente le perforó las retinas: un tren se acercaba. El coso dudó que, allí donde estaba sentado, la máquina pudiera lastimarlo. Pero temió que, a su paso, alguna roca saliera disparada hacia él. En consecuencia, hizo acopio de fuerzas y se levantó. Tenía la sensación de que todo su cuerpo estaba roto. Avanzó unos pasos, en dirección contraria a las vías, y llegó donde un desagüe. Se acurrucó dentro de él y aguardó a que el tren pasara, no sin antes echarle una mirada. Necesitaba identificar a qué línea pertenecía y, así, conjeturar dónde se encontraba.

La trompa de la maquinaria lucía un cartel en la frente que rezaba, en luces amarillas, “Tigre”. Diqueló que todavía estaba en Zona Norte, aunque ignoraba en qué parte. Cuando el traqueteo del tren se perdió en la lejanía, dejó el escondite y ascendió por el terreno inclinado de la zanja. Con pasos cortos, comenzó a caminar por las vías, sin una dirección definida. No importaba, al fin y al cabo, ya que tenía toda la noche para descubrir dónde estaba y cómo encontrar a Aarón Forte, o a su gemelo, Oliver Abdala.

Por fortuna, la noche trajo consigo un leve descenso de la temperatura, así que ya no lo acuciaba aquel calor fatal. Tampoco el hambre ni la sed, seguramente por el dolor que le apretujaba las tripas. Miró al firmamento y lo halló encapotado. Quizás fuera a llover.

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

- Ahí hay uno- exclamó una voz cavernosa, en alguna parte. El coso rebuscó en su derredor al emisor, mas no vio a nadie. Cierto que no había demasiada luz como para ver algo, pero sí la suficiente como para captar el movimiento-. Es un coso, ¿no ves la ropa gris? – Continuó la voz. El corazón del coso dio un sobresalto: se referían a él-. Si fuera una *cosa* tendría el traje celeste y blanco, con las alpargatas amarillas. ¿Qué? ¡Pero no seas boludo! Si tiene ropa celeste y blanco significa que es una cosa de origen nacional… Si es gris, significa que es un coso… Te pagan lo mismo que por tres kilos de cartón por uno de esos.

El coso barruntó una nueva amenaza a su integridad, así que apuró el paso sin dejar de atisbar a los alrededores.

- Se está yendo- advirtió la voz-. ¡Ey, guachín! ¿A dónde vas? – gritó la persona, con voz lastimera. El coso hubiera querido correr, pero todo el cuerpo le ardía a causa de la paliza. Oyó movimientos furtivos cerca del alambrado que mediaba entre las vías del tren y la calle aledaña. Quería detenerse y ver, exactamente, quién o quiénes lo seguían. Alcanzó a ver una tosca y desgarbada figura que se balanceaba sobre la cerca, para luego aterrizar en el fondo de la zanja-. ¡Vení acá, guacho! – Gritó el individuo, su vozarrón más cavernoso y lastimero que nunca.

El coso se obligó a admitir que, en el estado en que estaba, difícilmente pudiera llegar muy lejos; por ello, buscó en el suelo algo que pudiera servir como arma. Halló una piedra. No era muy grande y tampoco inspiraba temor, pero era mejor que nada. Con el corazón en la boca esperó a que su perseguidor se acercara. Una figura que lo sobrepasaba por mucho en estatura llegó donde las vías; portaba una larga varilla terminada en forma de cuña, que blandía amenazadoramente.

- ¿Qué… qué querés? – articuló con dificultad el coso. Se sorprendió de oír su voz tan debilitada.
- Pará, guachín, ¿qué te pasa? – replicó el hombre-. Te digo que vengas y te hacés el gil. ¿A quién le ganaste?

Un vehículo torció en alguna esquina, en alguna parte, y los haces de luz barrieron las vías, iluminando a los contrincantes. El agresor tenía más de treinta años, era corpulento, con los brazos más largos de lo normal, y una joroba que le torcía el andar. El cabello hirsuto se arremolinaba sobre una cabeza atiborrada de mugre; los ojos, inyectados de sangre, parecían salirse de las cuencas.

El coso amagó con la piedra que portaba y que, de pronto, le pareció un guijarro.

- Ni se te ocurra, hijo de puta- barboteó el sujeto, y se lanzó al ataque. Respondiendo a un subidón de adrenalina, el coso le lanzó la roca, pero ni siquiera le pasó cerca. Giró sobre sí mismo y echó a correr, tan rápido como sus mullidas piernas le permitieron. Oyó que el hombretón le gritaba, con aquel vozarrón desagradable: - ¡Vení acá!

La desesperación de saberse incapaz de evadir al atacante le quitó el aire.

Atisbó un edificio en construcción no muy cerca. Allí, entre los hierros al descubierto y la oscuridad, podría ocultarse. Descendió por la zanja casi rodando, mientras que el hombre lo hacía con la agilidad de un animal.

El coso llegó donde una cerca y, no sin expedir un grito por el lancinante esfuerzo, trepó. Cayó como una bolsa de basura al otro lado, se levantó jadeando y reanudó el trote. Llegó donde un pequeño mortero y lo rodeó. Se descubrió en el interior de un edificio cuya construcción recién comenzaba, así que no era más que un enorme esqueleto de metal. Un relámpago iluminó la escena y, entonces, el coso advirtió que el protervo individuo le pisaba los talones. Aquél bordeó una pila de bolsas de cemento y le propinó un varillazo en la nuca. El coso se desplomó, acezando.

- ¿Por qué me la complicás, hijo de puta? – le escupió el hombre, mientras se lo cargaba al hombro como si fuera un peso muerto.

El coso forcejeó por su liberación, pero era inútil resistirse al brioso captor. Otro relámpago estalló sobre ellos y antecedió a una gran precipitación.

Un alarido feroz surgió de la boca del ganapán, que dejó caer al suelo su presa; se llevó la mano a la cabeza, y la retiró ensangrentada. Patidifuso, el coso creyó que, en el forcejeo, lo había herido. Poco transcurrió hasta que él mismo sufrió el golpe también: granizo. De tamaño no menor a una pelota de tenis, caían con inusitada violencia. El coso se arrastró hacia una carretilla, la volcó y se colocó debajo. Observó a su cazador alejarse con las manos sobre la testa, sufriendo lo indecible por los aporreos de la granizada.

El tamborileo del aguacero sobre el metal de la carretilla era ensordecedor. Paralelamente, había arreciado tanto que nada se veía más allá de tres metros: un telón de metal iridiscente parecía caer a su alrededor.

Repentinamente, a través del repiqueteo de la granizada, se abrió paso un segundo sonido, uno monocorde y constante, que el coso no supo identificar. Aguzó los oídos lo más que pudo y, tras varios y sucesivos intentos, diqueló de qué se trataba. El corazón le saltó hasta la garganta y le quitó la respiración. Eran lamentos, profundos y plañideros

lamentos, vociferados por un sinnúmero de personas en alguna parte cerca de él. Atisbó por debajo de la carretilla en una y otra dirección, en busca de los martirizados, que semejaban estar en todas partes.

Solo cuando la lluvia empezó a ceder el coso fue capaz de ubicarlos. Eran decenas, quizás cientos, de personas, todas ataviadas con el overol celeste y blanco, denotando su estatus de cosa. Ubicados en los pilares y en las vigas por igual, con las extremidades apuntaladas al metal o al concreto mediante gruesos clavos, las personas que ya no eran personas eran el sostén del edificio en construcción. El granizo caía sobre sus cuerpos desprotegidos, hiriéndolos de gravedad. La sangre y la lluvia se escurrían, entremezclados, hacia la base de la esperpéntica construcción.

Alelado por la dantesca visión que laceraba sus ojos, lanzó un grito de terror que, por un instante, eclipsó los perennes lamentos. Se replegó sobre sí, haciéndose un ovillo, y dejó que la carretilla lo tapara por completo. Empezó a lagrimear, y, luego, rompió en un llanto desconsolado. Se permitió, por vez primera en mucho tiempo, descargar en lágrimas el peso de sus infortunios, tanto presentes como pasados.

¿Por qué, se preguntó por enésima vez, había terminado así? ¿Cómo había dejado que la abulia y el desdén comandaran su vida hasta llevarlo a semejante despeñadero, donde tormentos inimaginables lo aguardaban en la sima?

A todos y cada uno de los cosos como él les estaba reservado un destino atroz y martirizante. Puesto que, desprovistos de su inherente humanidad por una ridícula legislación, podían ser empleados en las más abyectas, degradantes e inconcebibles tareas que sus respectivos dueños fueran capaces de imaginar. No existían límites, físicos ni morales, que impidieran a los propietarios disponer de sus cosas como les diera la gana.

Hacia ese mefistofélico destino parecía avanzar, inexorablemente, el coso.

XIX

Paulatinamente, el clima empezó a escampar.

Con el llanto reconvertido en un hipido, el coso se asomó con verecundia fuera de la carretilla. Un manto de granizo cubría la superficie a su alrededor. Por allá, las personas devenidas en cosas, en pilares y vigas, más precisamente, gemían o lloraban a

voz en cuello el lancinante dolor de los hematomas y los cortes inducidos por el aguacero.

Haciendo a un lado la carretilla, el coso se puso de pie. Observó el sufrimiento de sus congéneres y resolvió, con un nudo en la garganta, que no podía hacer nada por ellos. Después de todo, para la Ley y para las demás personas, eran cosas. Era como pedir ayuda para socorrer una puerta astillada por un piedrazo. Por ello, y con una inenarrable pesadumbre sobre los hombros, se volvió sobre sí y regresó donde las vías del tren.

De tanto en tanto, volvía a llover, mas no pasaba de una garúa. Los faroles de las calles reflejan las diminutas gotas y hacían pensar en polvo de diamantes. El coso, que marchaba como un autómata, ni siquiera se molestaba en cubrir su cabeza. La realidad era que cada vez se sentía más y más desalentado. El túnel que era su situación hacía rato que se había vuelto un pasadizo sin fin, uno que no dejaba entrever una luz al final.

No obstante, ¿había existido, positivamente, una luz esperanzadora que lo aguardaba, que lo guiaba hacia ella? O, y lo que era peor, ¿había sido toda una ilusión, *su* ilusión? Porque, haciendo a un lado las palabras de su ciclotímico letrado, de todas las personas, o cosas, o cosos, que habían platicado con él, ninguno le había dado la certeza de que fuera posible revertir su estado legal al anterior.

Se detuvo, abruptamente. Había llegado a la Avenida del Libertador, en el tramo que atraviesa el barrio de Martínez. Dejó vagar la mirada a un lado y otro, sin más objeto que precisar dónde se encontraba. Durante el reconocimiento, reparó en un edificio en cuyo portal se conglomeraban decenas de personas, todas ataviadas según la moda que dictan las reuniones nocturnas. El coso levantó la vista hacia la cima de la edificación y atisbó una terraza adornada con un florido jardín vertical, guirnaldas con luces, y un sinnúmero de personas que danzaban al compás de una música que sonaba a todo volumen.

Cuando regresó la atención al portal de entrada, vio, para su sorpresa, a Aarón Forte. Se corrigió: vio a Oliver Abdala. Su corpachón recibía el fulgor de un cartel de neón que rezaba *Invertidos*. Su cargo, al parecer, era el de personal de control.

El coso cruzó la calle, en dirección al gentío. Se descubrió sintiendo la necesidad de estar acompañado, de hablar y que le hablen. Otrora no lo habría hecho, pues él solía jactarse de su independencia, mas, luego de los cruentos sucesos que había padecido recientemente, en verdad requería contacto humano. El problema radicaba en si fuese bienvenido o no. Se aproximó con cautela.

- ¡Ey, vos! - vociferó Abdala por sobre el gentío, ariscamente-. ¿Te puedo ayudar en algo?

El coso diqueló que se refería a él, pero no logró articular palabra. Abdala dejó a cargo a otro controlador y avanzó por entre la multitud en dirección al coso. Ante su tenaz avance, todos se abrieron paso. Cuando llegó donde el coso, escupió:

- ¿Sos sordo? Te pregunté si… - se detuvo en seco y su rostro se transfiguró-. ¡Ay, hola! No te reconocí, *sorry*, mala mía… Pero, Dios mío… Moretones, calvo, ojos de otro color, empapado… ¿Te pasó un camión por encima?

El coso bajó la mirada, avergonzado.

- Bueno, después me contás. Vení, seguime- concluyó Abdala.

El letrado devenido en empleado de seguridad rodeó con un musculoso brazo el cuello del coso y lo llevó, por entre el bochinchoso malón, al interior del edificio. Ascendieron por una escalera en forma de caracol. Cuando llegaron a la terraza, la estruendosa música los recibió. Haces de luz bombardeaban la vista al tiempo que una bruma nívea se arrastraba por el suelo. Los concurrentes bailaban y reían como poseídos por un espíritu dionisíaco. Por poco el apesadumbrado coso se dejó embadurnar por aquél ánimo.

Abdala lo condujo hasta la barra, donde le ofreció un trago y un cuenco con maní. Después, dijo:

- Te agarró la Policía de Nombres, ¿no?

Con la boca atiborrada de maní, el coso narró todo lo que vivió desde la última vez que se vieron. La indignación afloraba por los ojos de Oliver Abdala.

- Un verdadero bajón- acotó-. Mirá, yo no puedo hablar por Aarón Forte, pero te garantizo que, hasta mañana a la siete, podés quedarte acá, que nadie te va a joder. Comé y tomá lo que quieras, yo invito. Si necesitás dormir, te ofrezco mi coche. Después de cómo te dejé colgado ayer, es lo menos que puedo hacer.

El coso observó un momento a su benefactor y sintió la necesidad de abrazarlo y agradecerle fervorosamente la desinteresada ayuda que le estaba dando. Si bien ya le habían prestado ayuda, habían sido cosos, y, para el coso, eso no contaba, porque no eran personas, legalmente hablando. Tenía más valor, a decir del coso, la ayuda de una persona que de un coso. Todavía alelado, sólo atinó a decir:

- ¿Por qué me tratás así? Hasta ahora, nadie…
- Nunca estuve de acuerdo con esa… Ley de Nombres. Deshumanizar a las personas así… Es horroroso.

- No soy quién para quejarme, porque yo ni siquiera sabía que estaban tratando esa ley, pero… ¿Cómo llegamos a esto?
- Tenés que pensar, primero, que un impuesto como ése significaba agrandar exponencialmente las arcas del Estado… ¿Cómo se mantienen esas dietas, sino? – Abdala rio por lo bajo-. Segundo, pensá que cada diez años o menos hay una crisis económica que lo trastoca todo, y cuando aparece un político o un partido que promete poner todo de cabeza para arreglarlo, le gente decide creerle. No creo que sea por ingenuidad, sino porque necesitan creerle, necesitan la esperanza de un futuro mejor. Lo que efectivamente pasa cuando llegan al poder, es otra cosa. Hubo muchas manifestaciones (yo estuve en una de esas), pero fueron dispersadas enseguida. Cuando el Gobierno quiere algo, nada lo detiene: la opinión pública, la internacional, el pueblo, nada. Por eso creo que debe ser el pueblo el que esté al mando del país. Los políticos hacen y deshacen según su conveniencia. No se detienen a pensar en el obrero que trabaja de sol a sol y que, aun así, no llega a fin de mes… Pero eso será tema de otra conversación- el hombretón se incorporó sobre la barra y se desperezó, estirando los brazos musculosos delante de su invitado-. Tengo que volver, che. Pero no voy a dejarte solo, obvio. Te voy a presentar a unos amigos, ¿qué te parece?

XX

Oliver Abdala acompañó al coso hasta un grupo de tres jóvenes que reían animadamente, sentados en unos *puffs* alrededor de una mesita de madera. Se presentaron así mismos con diminutivos: Agus, Gabi y Valen. El coso reparó que, debido al corte de pelo, la bisutería, la vestimenta, e incluso la voz, era difícil asignarle un género a cada uno, si es que se identificaban con alguno. Abdala se despidió y el coso se descubrió solo ante los desconocidos.

- Tranquilo que, acá, estamos todos vacunados- exclamó Agus, jovialmente-. ¿Cómo te llamas?

Bruscamente, el coso sintió una fuerte presión en el pecho que le vedaba respirar. De nuevo, era incapaz de pronunciar su nombre. Se demudó y comenzó a transpirar.

¿Por qué le costaba cada vez más recordar cómo se llamaba? ¿Por qué? Cuanto más se lo preguntaba, peor se sentía.

- ¿Estás bien? – inquirió Valen- ¿Querés que llamemos a Oli?
- Soy…, soy Boris- articuló, con dificultad. Cuando escuchó su propia exclamación, se sintió automáticamente mejor. De pronto, tuvo una idea- ¿Alguno… tiene una lapicera? – El que dijo llamarse Gabi le tendió una.

Sin perder un segundo, el coso tomó el bolígrafo y, sobre sus antebrazos, empezó a garabatear *Boris Mankān*, una y otra vez. Con ello se aseguraría de no olvidarlo otra vez.

- Cuando llegues a la espalda, te ayudo. Más abajo, que se encargue Valen- bromeó Agus, y todos rieron. Se retrepó sobre el *puff* e hizo una seña al coso, para que se siente a su lado-.

Aun garrapateando su nombre en los antebrazos, el coso se dejó caer suavemente en el mullido asiento. Cuando los hubo cubierto, regresó la lapicera.

- Me parece que ese *look* no va con tu cara- dijo Agus al coso, señalando la calva coronilla flanqueada de rulos enredados y mugrientos. Los demás apoyaron la observación-. Si me dejás, puedo hacer unos retoques.

El coso dudó un momento, pero decidió que su aspecto no podía empeorar más. Conjuntamente, no percibía en ellos malas intenciones. Aceptó.

- Eso sí, no esperes que haga magia como ésta- agregó Gabi, sacudiendo su abundante cabellera rubia.

El cuarteto se levantó y fue, con Agus el primero, hacia los sanitarios. Allí dentro apenas cabían todos, pero a ninguno pareció incomodarle. El entendido le indicó al coso que, ante todo, debía lavarle el cabello, pues estaba desastroso. Empleó jabón para manos. Después, le pidió a Valen una Victorinox que siempre llevaba consigo, para usar las tijeras. A pesar de que le rodeaban desconocidos, el coso no sintió que los impulsaran malas intenciones.

El coso inclinó la testa y se dejó hacer. Por su parte, Gabi y Valen conversaban sobre restaurantes, juntadas con amigos, celulares último modelo, criptomonedas, citas, viajes; Agus, paralelamente, hacía acotaciones cómicas que amenizaban las historias. El coso, sin embargo, y aunque lo intentara, no lograba compenetrarse en la plática. Es decir, con excepción de los aparatos que compraba para aparentar una clase social a la que no pertenecía, todo lo demás semejaba pertenecer a un plano diferente de la realidad, uno donde él no tenía cabida. No salía a restaurantes, no tenía citas, no

proyectaba viajes, no tenía amigos. Oía la conversación como a través de un grueso e infranqueable vidrio que, simultáneamente, lo aislaba de los demás, pero le permitía un vistazo a esa otra existencia, más vívida, más real.

De pronto, un tremebundo pensamiento lo invadió: él había sido un coso desde siempre, pero no lo sabía. Después de todo, había estado viviendo a orillas de la sociedad, aislado en sí mismo, escudado en un aspecto físico que no era real, en una clase social que no era real, en una orientación sexual que no era real.

Esto lo orilló a una pregunta fulminante: ¿qué era, entonces, real en su vida?

Como aquella ópera que montó alrededor de su otrora amiga, una que, irónicamente, salió mejor de lo que había pensado. Al principio, mientras la relación florecía igual que lo había hecho en sus mejores épocas, él era consciente en demasía de la charada; no obstante, con el correr de las semanas, desarrolló un genuino y progresivo interés por ella. Lo que empezó siendo un amor cohibido y encorsetado, fue después exuberante y fluido. Él descubrió que ya no debía forzar los gestos o actitudes, sino que le nacían con espontaneidad. Poco faltó para que dieran el siguiente paso y se mudaran juntos. La idea del matrimonio se dejó caer en una u otra conversación.

El tiempo pasó. Lo que antes había sido un teatro, ahora era una realidad. En numerosas ocasiones la pareja hizo retrospectivas acerca de la relación. El coso se había amoldado tanto a la historia que inventó que, incluso, había olvidado las maquinaciones que había hecho para estabilizarla. Lo satírico fue cuando le preguntaron, cierta vez, cómo surgió el amor entre ellos: él manifestó, con profunda convicción, que desde el primer día que se conocieron quedó flechado. La mentira se había hecho carne en él.

Sin embargo, todo lo mal habido termina por venirse abajo. El fin de la relación se fraguó desde dos flancos: por un lado, ella consiguió un empleo que le generaba cuantiosos beneficios; por el otro, la calidad de su vida sexual se trastocó, de nuevo, por la progresiva pérdida de la libido del coso. Recurrió a internet, películas, *reels*, nada podía levantar su interés. Incluso llegó al extremo de bucear en las turbias aguas del fetichismo, en busca de la excitación que le faltaba. Cuando profundizó en lo que ofrecía su propio género encontró algo. Pero lo desestimó de raíz: él era una persona heterosexual que vivía felizmente con una dama que era la envidia de hombres y mujeres por igual. Y así iba a mantenerse.

A su vez, los altos dividendos que la muchacha aportaba a la casa se convirtieron en fuente de discusión. Ella le recriminó, sucintamente al comienzo, rabiosamente después, que estas contribuciones eran lo que de verdad mantenían la propiedad, pues lo

que aportaba el coso era muy magro como para tenerlo en cuenta. Por si fuera poco, la fémina proseguía el descargo increpándole que no hallara un empleo mejor, que no avanzara en la carrera universitaria, que no fuera un verdadero hombre en la cama… El coso, humillado hasta lo más recóndito de su ser, quedaba demasiado roto como para repeler los ataques. Bajaba la cabeza y prometía cambiar, mejorar, pero difícilmente lograba aplacar la furia de la muchacha.

A medida que los días pasaban, dichas escenas se repitieron con mayor asiduidad. Las críticas eran cada vez más deletéreas, por lo que, lejos de ayudarlo, de espolearlo a lograr sus metas, lo sumían en una profunda tristeza. Cada vez se sentía peor consigo mismo. Empero, la humillación más grande estaba por llegar.

Cierta noche, arribó tarde a casa luego de una extensa jornada en *El Reino Verde*. Franjeó la puerta de entrada y, allí en el comedor, estaba su pareja, vestida con un pijama arrugado y el cabello alborotado, acompañada de un hombre alto, moreno, con una escotada remera blanca adherida a fibrosos músculos. Ambos reían de buena gana. Alelado, el coso saludó. La joven, sin dejar de sonreír pícaramente, le presentó a su amigo del trabajo. El hombre tendió una mano poderosa y lo saludó, pero, en seguida, se excusó con que el tiempo lo apremiaba y se retiró. La joven palmeó la mejilla del coso y le dijo que estaba agotada, que iría a dormir. Él percibió la colonia masculina que la impregnaba, la misma que usaba aquel hombre. Al principio dudó cómo proceder, mas se dio cuenta de que, sin importar qué dijera o hiciera, la relación entre ellos había terminado. Cuando la joven tuviera la oportunidad, se marcharía del departamento, y de su vida. Al fin y al cabo, ya había asestado el golpe de gracia.

XXI

- *Voilá*- exclamó Agus-. ¿Qué tal?

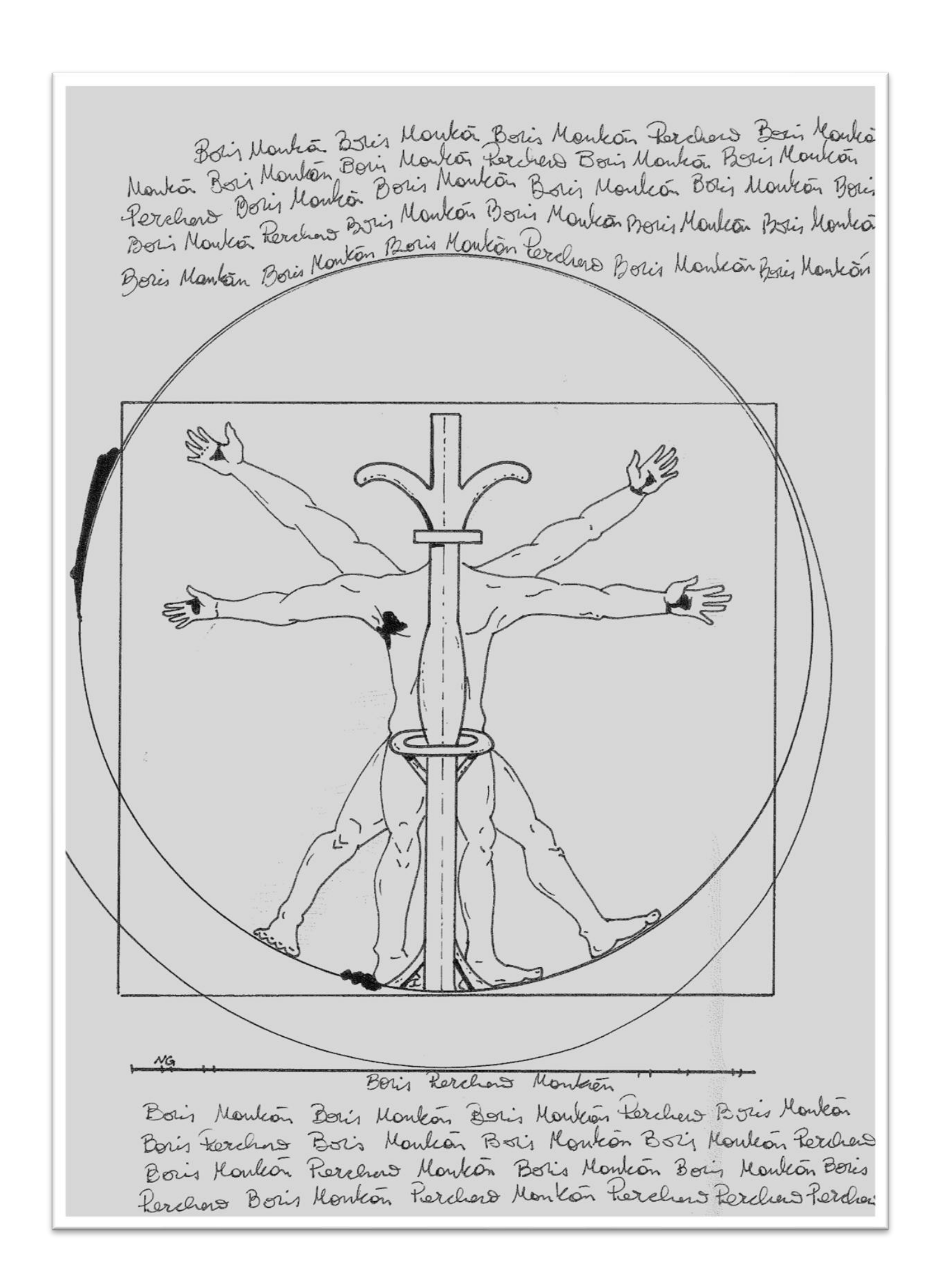
El coso levantó la vista del lavabo, colmado de jirones de su fino y quebradizo cabello, y se enfrentó con la imagen que devolvía el espejo. En un primer momento, el coso no atinó a reconocer aquella figura como la suya propia. Agus lo había rapado, así que afrontaba las dimensiones de su cráneo por primera vez.

- Te queda muy bien- dijo Valen, y Gabi lo secundó-. Sino fuera por los moretones y ese aliento, te entraría ahora mismo- agregó, y todos rieron a carcajadas.
- ¿Qué te parece, *Boris*? – preguntó Agus, mas el coso no oyó la pregunta, sino que se quedó oyendo el eco que, en su cabeza, hizo el oír su propio nombre de boca de alguien más. Hacía una eternidad que nadie lo llamaba por su verdadero nombre. Sintió un mariposeo en las entrañas que lo exaltó.
- Me gusta- respondió, sucintamente, en un hilo de voz. Pero no se refería tanto a la apariencia como al hecho de escuchar, otra vez, su nombre.
- Bueno, salgamos para ver otras reacciones- propuso Gabi, y todos salieron.
- Pará, no te muevas- dijo Valen al coso, que sintió que le pellizcaban la nuca-. Mirá lo que tenías.

Bajo la iridiscente luz de la terraza, el coso vislumbró, en las manos de Valen, una garrapata henchida de sangre. Se llevó una mano al cuello y, en efecto, palpó lo que supuso era una roncha. Valen amagó con desmenuzarla, mas el coso le pidió que se la entregara: había encontrado una evidencia más. Guardó el insecto en el frasco que le había dado el letrado hacía tanto tiempo atrás. Luego, continuaron hacia el baile.

DÍA TERCERO

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ


Boris Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Perchero Boris Monkõn
Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Perchero Boris Monkõn Boris Monkõn
Perchero Boris Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Boris
Boris Monkõn Perchero Boris Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn
Boris Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Perchero Boris Monkõn Boris Monkõn
NG
Boris Perchero Monkõn
Boris Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Perchero Boris Monkõn
Boris Perchero Boris Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Perchero
Boris Monkõn Perchero Monkõn Boris Monkõn Boris Monkõn Boris
Perchero Boris Monkõn Perchero Monkõn Perchero Perchero Perchero

XXII

Boris Mankān caminaba por una vasta pradera de hierba verde y lozana. Una brisa fresca soplaba desde el horizonte decorado de nubes blancas y almidonadas. Aquí y allá, concentraciones de frondosos árboles proyectaban agradables oasis de sombra. No recordaba desde hacía cuánto caminaba por allí, mas no le importaba. Estaba bien, con él y con los demás, y era todo cuanto necesitaba. De pronto, delante de él, apareció un río, que llegaba desde el Este y se perdía en el Oeste. El murmullo del agua y su suave cabrilleo componían un cuadro apacible que invitaba a reposar allí. Boris Mankān metió los pies en el caudal y notó que su frescura no tenía parangón. Avanzó un poco más y, cuando ya no pudo ver sus rodillas, se zambulló por completo. Dio un par de brazadas y se apareció en la orilla opuesta. Cuando emergió a la superficie, vio que un árbol cercano ofrecía unos frutos suculentos y una agradable sombra. Se sentó a los pies de este y, mientras deglutía uno de ellos diqueló que una figura humana, del otro lado del río, le hacía señas con los brazos abiertos. Como no podía distinguir los rasgos, optó por levantarse y salir al encuentro. Boris Mankān diqueló, alelado, que la persona que lo llamaba era un reflejo casi exacto de sí mismo. Las diferencias radicaban en que aquél estaba rapado y no usaba lentillas de color. No obstante, se lo veía feliz y exuberante.

- ¿Quién sos? – preguntó Boris Mankān, desconfiado.
- Soy lo que estabas buscando- replicó su tocayo, con una luminosa sonrisa.
- Yo no estaba buscando nada…
- En realidad, sí, pero no te dabas cuenta.
- ¿Y qué estaba buscando…?

El coso se despertó sobresaltado. Alguien le sacudía el brazo.

- Boris… ¡Boris! - lo llamaba una voz.

Con los sentidos aún adormilados, el coso forzó la vista y descubrió, frente a él, a Oliver Abdala. Estaban sentados en el Volvo S90.

- Son las siete menos cuarto- Abdala señaló el reloj del vehículo-. Quería que desayunaras algo antes de que *él* venga.

A pesar de estar medio dormido, el coso identificó perfectamente a quién se refería. El futuro letrado le alcanzó un vaso que desprendía un delicioso aroma a *cappuccino*. También le ofreció una medialuna de manteca.

- Agus es un maestro- dijo, orgulloso, mientras observaba el nuevo aspecto del coso-. Así te queda mucho mejor.

- Todavía no me acostumbro- admitió, mientras engullía un bocado-. ¿A dónde se fueron?
- Te mandan saludos. ¿Querés que te alcance a alguna parte?
- No lo sé… La última vez que lo vi a Forte fue… cuando me dejaron así- el coso señaló su demacrado aspecto.
- Parece que es bastante hijo de… - pero Abdala se interrumpió, de pronto. El coso lo miró por encima del vaso del que bebía y se demudó. Había ocurrido la transformación: el torso estaba recto, la mirada era dura y acusadora, la voz fluctuó hasta volverse más grave y cavernosa-… puta- concluyó Forte agarrando la bebida del coso y arrojándola por la venta del vehículo; lo mismo hizo con lo que quedaba de la medialuna- ¡No comas arriba del auto! Y, además, ¿qué hacés acá adelante? Rajá para atrás, dale.

El coso se quedó inmóvil, observando al abogado. Una maraña de sentimientos entremezclados le vedaba cualquier accionar. No sabía si golpearlo, si acatar la orden sin chistar, si apearse del auto. Se descubrió cansado, acuitado, derrotado. Miró hacia adelante, hacia la nada, y suspiró.

- ¿Estás teniendo un ACV? Dale, flaco, para atrás.

El coso, sin replicar, bajó del vehículo.

- Ey, ¿a dónde vas? - gritó Forte, sorprendido- ¡Ey! ¡Vení acá, carajo!

El coso torció en la primera esquina. En puridad, ignoraba por completo qué estaba haciendo o hacia dónde iba. Simplemente, se había abandonado así mismo. Caminaría cual autómata hasta que algo ocurriera. Después de los hechos de la tarde anterior, dos funestas ideas se estaban engendrando en su mente. La primera, la futilidad de proseguir con la recuperación de su nombre, pues todo indicaba que el procedimiento era un absurdo y burocrático laberinto sin fin. La segunda, y aún más desoladora, que había puesto en entredicho la tarea de recuperar su identidad, ya que, ¿qué iba a recuperar, exactamente? ¿Una vida ahogada en deudas, solitaria, sin dirección ni propósito? Luego de la plática que oyó la noche anterior, tenía más que claro que su vida discurría al margen de la de todos los demás, así que, ¿para qué volver a ella?

El coso sonrió para así cuando un pensamiento relumbró en su cabeza: nunca antes había socializado tanto como ahora que era un coso. Había congeniado con las personas de *Invertidos* y, también, con los cosos. Los mismos cosos que él había delatado… Si volvía a encontrarlos, ¿le darían otra oportunidad? ¿tendrían piedad de él?

¿Comprenderían que sus actos fueron producto de una inercia mental derivada de la agónica situación?

Reconoció en su interior que, si él estuviera en su lugar, si de él dependiera la absolución de semejante afrenta, la respuesta sería tajantemente negativa. Por fortuna, aquel pueblo parecía gozar de magnanimidad suficiente como para exculparlo. O, al menos, eso esperaba él.

- Che- vociferó Aarón Forte al sujetarlo de un brazo-, te estoy hablando. ¿Sos sordo, ahora?
- No quiero seguir con esto...
- ¿Cómo…? ¿Me estás cargando?
- No- reafirmó el coso, y liberó el brazo prendido con delicadeza-. Ya sé que no voy a recuperar mi nombre.
- Parece que todos esos golpes te dejaron medio pelotudo- rio entre dientes el letrado-. Dejá de decir boludeces. Dale, volvamos al auto. Tenemos que cosas que hacer.
- Ninguno de los cosos con los que hablé pudo recuperar su nombre. ¿Por qué sería diferente conmigo?
- Ah, ya entiendo: hablaste con cosos- el abogado hizo un mohín de impaciencia con la boca-. Y, decime, ¿hablaste con personas, también? ¿Con personas que hayan sido cosos? – Ante la falta de respuesta, prosiguió: - ¡Obvio que van a decir que es imposible, hombre! ¡Son cosos, por Dios! Justifican su inoperancia y mediocridad así, culpando a un sistema que funciona perfectamente. Te quieren tirar abajo para que no logres lo que ellos no lograron. Te repito, son cosos. Son la escoria de nuestra sociedad. Los cosos son cosos porque quieren, no porque no tengan alternativa o porque, como te dijeron, una vez que perdés la categoría de persona ya no la volves a recuperar. Pensá un poquito, che.

El coso, atragantado con aquella perorata, se limitó a permanecer callado. Desvió la vista de su interlocutor y la fijó en la nada, de nuevo. Necesitaba pensar. Demasiados pensamientos intrínsecamente contradictorios pujaban por atención dentro de su mente.

- ¿Tengo que dibujártelo? Vamos, que no tengo todo el puto día- vociferó Forte, y lo condujo de vuelta al vehículo. Lo acomodó en el hueco entre el asiento delantero y el trasero. El coso se dejó llevar sin resistencia, pero, antes de que cerrara la portezuela, el coso le pidió que esperara; rebuscó algo en un bolsillo del overol y, cuando lo halló, se lo alcanzó. Era el frasco con la garrapata y las

monedas. Los ojos de Forte brillaron fugazmente y los labios se arquearon en una sonrisa funesta.

- ¿No que era imposible recuperar tu nombre? - tomó los objetos y, sentándose tras el volante, las guardó cuidadosamente en un maletín que había sobre el asiento del copiloto. Encendió el auto y se detuvo, pensativo. Luego, sacó de la guantera unas pastillas mentoladas y le ofreció una al coso-. Tomá, las vas a necesitar.
- ¿Por qué?
- Porque vamos a buscar la última evidencia que necesitamos: una persona. Y, sinceramente, dudo que alguien acceda a ayudarte si le hablas con ese aliento horrible- el abogado puso primera y aceleró-. ¿Tenés alguien en mente?

El coso remembró a las personas que habían estado con él la noche anterior. Le preguntó al abogado si podía acudir a ellos.

- No- respondió tajantemente-. Ellos no son… No cuentan.

Pensó en el Sr. Moore, su jefe. Pero se dijo que, después de lo del día anterior, difícilmente testificaría a su favor.

- ¿Tantas personas conocés que no podés elegir una? – vociferó Forte, ansioso-.

Entristecido, el coso pensó que se demoraba porque, en realidad, no tenía a nadie…

El corazón le dio un brinco tan fuerte que poco faltó para que el abogado también lo escuchara. Sintió demudarse.

- Sí, mi… expareja- musitó.
- Bueno, pero decime el nombre, una dirección, algo.

Otrora, pronunciar aquel nombre equivalía a invocar una divinidad y recibir su bendición; ahora, en cambio, semejaba convocar un engendro infernal y ser castigado por ello. Con esto en consideración, el coso optó por enunciar la dirección de la empresa para la que ella trabajaba.

Aarón Forte asintió con la cabeza y, violentamente, movilizó el vehículo.

- Por cierto… Alto *look*- musitó, con una sardónica sonrisa atascada en los labios.

XXIII

Habían llegado al centro comercial de Martínez.

Forte aparcó el vehículo sobre el único espacio libre que había, uno para personas con movilidad reducida, y, cuando bajaron, dejó sobre la luneta un cartel que clamaba su labor en el Poder Judicial. El coso, lívido, señaló un edificio de aspecto lujoso y moderno, que se alzaba majestuoso sobre las construcciones circundantes. Temeroso y con el corazón latiendo en la garganta, se obligó a reconocer que, sin importar el tiempo que pasó desde la última vez que miró de cerca los portales de vidrio y las columnas de mármol, se sintió como si aún viviera en aquél pasado lejano en el que fue feliz. O, al menos, que creyó serlo.

¿Cómo se vería *ella*, ahora? ¿El tiempo habría avanzado sobre su aspecto, así como lo hizo con el de él? Imposible: era una diosa, ergo, era atemporal. Él, por otro lado, un simple mortal, mostraba, ahora más que nunca, los embates de la existencia. Se detuvo, abruptamente. El letrado casi se dio de bruces con él.

La puerta de cristal delante de ellos reflejaba una imagen que el coso todavía no podía reconocer como la suya: sin prótesis capilar, sin lentillas de contacto, sin ropa o accesorios costosos que no servían salvo para endeudarlo aún más. Allí estaba, simple y llanamente, Boris Mankān. El *verdadero*. El que se mantenía escondido detrás de plástico y algodón. El que aparentaba ser de una clase social a la que no pertenecía. El que no tenía amigos porque temía el momento en que supieran sus inclinaciones sexuales. El que estaba atorado en un trabajo que odiaba, en una carrera universitaria que no le interesaba. El que había fingido una relación amorosa sólo para que no hablaran a sus espaldas. El que, en definitiva, había negado sistemáticamente su identidad hasta que, por fin, le había sido quitada. La realidad que él tanto había rehuido, ahora lo golpeaba con su propia, desnuda imagen.

- ¿Entramos o no? – vociferó el letrado, colérico.
- Sí… - dijo entre dientes el coso, todavía procesando tantas emociones-. Vamos.

Súbitamente, un alarido los retuvo. Giraron sobre sí y atisbaron una mujer de mediana edad que aullaba, presa del pánico, mientras señalaba algo en el cielo. Aarón Forte, el coso y otros transeúntes siguieron la dirección señalada.

- Esto… no se ve todos los días- comentó Forte, levemente asombrado.

Un millar de langostas, que formaban una masa prácticamente compacta y multiforme, descendía desde el firmamento en dirección al centro comercial. A su paso, reducían a esqueleto el denso follaje de los árboles; desmenuzaban el cableado eléctrico hasta que saltaban chispazos cerúleos; atacaban aves, perros y personas por igual,

haciéndolos sangrar y chillar aterrados. Su número, que parecía aumentar exponencialmente a cada segundo, empezó a apagar la luz del sol.

- No me pagan tanto como para bancar esto- gritó Aarón Forte, mientras sujetaba del overol al coso y lo llevaba, casi a rastras, hasta la entrada del edificio. Aporreó la puerta de vidrio y exigió al guardia, a los gritos, que los dejaran pasar. Éste, patidifuso por la escena que acaecía, se limitó a negar con la cabeza, boquiabierto. El abogado insultó y condenó con rabia al sujeto, en tanto se quitaba a manotazos las langostas que lo acosaban.
- Tenemos que volver al auto- dijo el coso, con el rostro y las manos llenos de pequeñas lastimaduras.
- Sí, obvio, te sigo- escupió Forte, sarcásticamente. El coso diqueló, aterrado, que no se veía más allá de tres metros. Las langostas formaban una pared correosa y viviente que los cercaba en todas direcciones. De pronto, el abogado sacó el desodorante que guardaba en su chaqueta, para, luego, buscar el encendedor. Gritó, a través del insoportable aleteo de los insectos: - Vamos a entrar o vamos a entrar.

Una potente llamarada rugió desde el aerosol y, cual lanza, atravesó la masa de langostas. Al menos un centenar se desplomó incinerado. Forte repitió varias veces la maniobra, moviendo de izquierda a derecha la lengua de fuego. Por un momento, las langostas parecieron alejarse. El abogado se volvió hacia la puerta de vidrio, extrajo una identificación y comenzó a patear la puerta de vidrio.

- ¡Abrime la puerta! - aulló- Soy del Poder Judicial.

Si bien Forte se movió frenéticamente, el coso logró ver que la identificación que blandía en el aire era una tarjeta de miembro de Starbucks. No obstante, el vigilador debió de impresionarse con la apariencia y la virilidad del abogado como para sospechar de aquella tarjeta. Justo cuando las langostas parecían replegarse para un nuevo contraataque, el vigilante les abrió la puerta. Abogado y coso se arrojaron de cabeza dentro del zaguán de piso marmolado.

- Soy del Poder Judicial, flaco- increpó Aarón Forte al vigilador, una vez recuperó el aliento-. ¿No viste que casi nos cagan matando?

El aludido borboteó palabras de disculpa, pero el letrado continuó arremetiendo, esta vez con jerga legal, para sonar más amenazador. El coso, ajeno a la discusión, se detuvo junto a una placa en la pared que señalaba las empresas o comercios que ocupaban cada piso. Cuando halló el nombre de la compañía para la que *ella* trabajaba, se demudó.

Recién entonces comprendía la magnitud de lo que estaba sucediendo: estaba a punto de reencontrarse con una figura que, para él, revestía cualidades míticas; y, lo que era peor, que de ella dependía su futuro. Una sola palabra podía significar una bendición que le restituyera su estatus de persona, o bien, una maldición que lo encerrara en calidad de coso para siempre. Empezó a hiperventilar.

- ¿Tanto te cuesta saber a qué piso tenemos que ir? – dijo, irritado, Forte- Dale, chabón, metele pila.
- Es… es el piso 3.
- Vamos- pero, como el coso se movió demasiado lentamente, lo sujetó de un brazo y lo arrastró con violencia-. ¡Vamos!

Subieron al ascensor. El abogado presionó el botón del piso correspondiente. El coso, todavía pálido, se había apretujado contra una de las esquinas. Aarón Forte escupió:

- ¿Qué te pasa? Parecés más pelotudo que de costumbre.
- ¿Eh? Nada, nada- replicó el coso, agitado. La realidad era que los fuertes brincos de su corazón le dejaban sordo-. Estoy bien.

El abogado chasqueó los dedos, inspirado por alguna idea, y sacó el desodorante. Roció al coso de arriba abajo.

- Es por tu bien… y el de todos nosotros, también- acató.

Una voz electrónica anunció el tercer piso y las puertas se abrieron. Un corredor con piso alfombrado se extendió ante ellos. De un lado, una pared de mármol albergaba las más recientes publicidades de la compañía. Del otro, un enorme ventanal hacía las veces de pared. A través de él se veía el exterior, donde las langostas continuaban su arremetida contra la ciudad. Forte se detuvo junto al vidrio, y examinó un par de langostas que se habían apoyado en él.

- Hijas de mil puta- escupió.

Entretanto, el coso se había petrificado en medio del pasillo, los ojos clavados en la gran puerta de metal que daba la bienvenida a la empresa. El reencuentro era inminente. Toda la historia que habían compartido empezó a desfilar delante de él: los vio reírse, abrazarse, llorar; los observó besarse, hacer el amor, odiarse. También, vio todas las charadas que había hecho, las excusas que había inventado, el teatro que había protagonizado. Pero, sobre todo, vislumbró lo mal que se había portado con ella.

De pronto, y por primera vez, el núcleo, la esencia de ese comportamiento se reveló ante él. Cierto que lo había intuido con anterioridad, pero nunca con la suficiente

claridad como ahora. El eje de los problemas de su vida, pasados y presentes, se le reveló, fulgurante: su identidad. O, mejor dicho, la negación de su identidad.

Negó su clase social y se hundió en un espiral de deudas. Negó su orientación sexual y arrastró a su amiga a una relación insalubre. Negó su realidad y ésta le devolvió el golpe, negándole la identidad legal. Negó su estatus de coso y puso en riesgo a los cosos que le apoyaron, además de sufrir lo indecible con la Policía de Nombres. Negar quién era lo había conducido a un infierno que se acrecentaba cuánto más insistiera en ello. ¿Cuánto más estaba dispuesto a sufrir?

Por primera vez, quizás, en toda su vida, sabía qué tenía que hacer, a dónde debía ir.

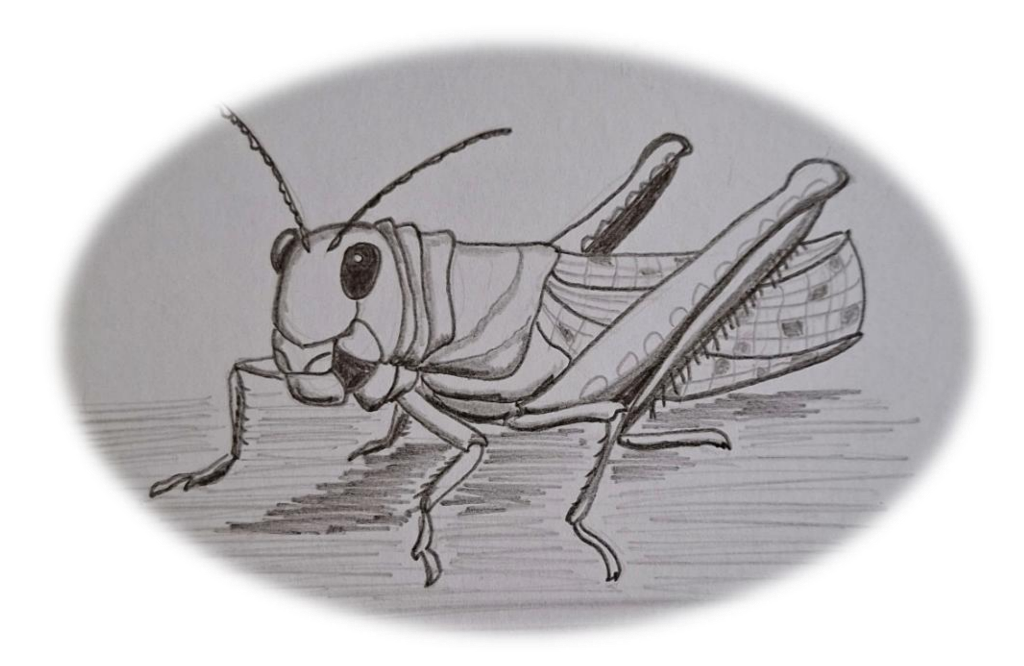
Bajó la cabeza y suspiró, ruidosamente. Aarón Forte lo oyó y se acercó.

- ¿Ahora te ponés a meditar?
- Espero que no sea tarde- dijo el coso, abstraído.
- Todavía, no. Pero, si seguimos perdiendo tiempo, no me hago responsable.

El coso giró sobre sí y enfiló hacia el ascensor.

- ¡Ey! ¿A dónde vas? – vociferó Forte. Como el aludido continuó inmutable la marcha, levantó más la voz- ¡Te estoy hablando!

Antes de que el coso pudiera contestar, un violento estallido los envolvió. El ventanal a su lado vibró estruendosamente, como si fuera a hacerse añicos. El abogado y el coso observaron, a través del vidrio que aún se sacudía, una enorme bola de fuego que ascendía hacia el cielo.



XXIV

El fulgor anaranjado tiñó los rostros atónitos del coso y el letrado que, alelados, trataban de comprender qué estaba sucediendo.

Las langostas, sorpresivamente, ya no estaban. Se habían retirado así, tan rápido como habían llegado. Los estragos de su paso, no obstante, se apreciaban en toda su plenitud: personas heridas, árboles y plantas consumidas, vehículos estropeados. Entre ellos, un patrullero de la Policía de Nombres, que sirvió para deducir el origen de la explosión: había impactado violentamente contra otro vehículo.

No obstante, nada de aquello tenía parangón con lo que estaban a punto de presenciar.

Un sinnúmero de cosos, luciendo sus overoles grises al brillante y tórrido sol del mediodía, aparecieron corriendo a través de la devastada calle. Todos se movían en una misma dirección; semejaban atender un llamado secreto. Además, los rostros manifestaban una dicha inenarrable. Algunos de ellos, para mostrar más abiertamente ese júbilo, gritaban y aplaudían; otros, más atrevidos, subían y saltaban sobre automóviles aparcados, mientras entonaban cantos incomprensibles.

- Me cago en la puta madre- musitó Forte-. Nunca había visto tantos… Son… Como ratas. ¡Son una verdadera plaga!

El coso barruntó una explicación a la conducta de sus congéneres, pero no quiso sacar una conclusión precipitada.

Entonces, la epifanía que el coso tanto quiso postergar estalló en su mente con inusitada bravura: su lugar en la vida estaba con ellos. Eran su familia, sus amigos, su pueblo. Toda su vida había residido en el margen de la sociedad, como si ya estuviese predeterminado que su destino fuera ser un coso, y las vivencias que tuvo hasta ese momento no fueron otra cosa que la antesala a lo que estaba por venir. En definitiva, ya no cabían más negaciones. Era tiempo de unírseles.

Forte lo tomó de un brazo, violentamente.

- Ya me estoy cansando de tu TEA. Vamos a entrar de una puta vez.

Sin mediar explicación, el coso se zafó de la mano del abogado y corrió, raudamente, hacia el ascensor, que lo aguardaba con las puertas abiertas. Presionó compulsivamente el botón de la planta baja. Las puertas se cerraron en el preciso momento en que el letrado estaba por entrar. A través del metal le llegaron una cantidad

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

absurda de insultos a él, su familia y su eventual descendencia. El coso desoyó todo eso. La alegría que lo anegaba era completamente nueva para él.

Cuando llegó al zaguán, lo desanduvo en pocos pasos. A pesar de que el hombre de seguridad intentó detenerlo, el coso se deshizo de él esquivándolo y prorrumpiendo de nuevo en el exterior.

El coso llegó a la Avenida Del Libertador y contempló, azorado, la mayestática procesión de sus congéneres. Ocupaban la calle de una vereda a la otra. Avanzaban como un solo organismo en la misma dirección: hacia el este. Pero ¿por qué hacia allá? ¿Cuál era el destino? Lo ignoraba.

Decenas de vehículos particulares, utilitarios y de transporte público habían quedado inmovilizados debido a la grisácea marea. Los conductores hacían sonar las bocinas y vituperaban con rabia, pero nada perturbaba a la congregación rebosante de felicidad. Cantaban, aplaudían, algunos incluso saltaban sobre los automóviles y bailaban sobre los techos. Las altas temperaturas del mediodía no parecían incomodarles en lo más mínimo.

El coso miró hacia un lado y a otro, y se maravilló al ver que la procesión se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Jamás había sospechado que los cosos se contaran por millares. Sentía la necesidad de dejar entrar en su corazón la felicidad que emanaban sus congéneres, pero, antes, quería cerciorarse del objeto de esa alegría. Si bien ya lo sospechaba, quería oírlo de otro coso. Le daba pudor abordar a alguien en concreto, así que, sencillamente, habló a la multitud.

- ¿Qué está pasando? – gritó, a voz en cuello.

Una mujer de alrededor de cuarenta años, al oírlo, se volvió y le sujetó por los hombros, al tiempo que brincaba de alegría.

- ¡Es el día! – vociferó, los ojos habían empezado a humedecérsele- Hoy, Nometheos nos trae la gloria, la salvación. Todo este dolor, todo este sufrimiento… están por terminar. Las plagas han debilitado al enemigo, por eso es el momento de actuar. La Tierra de los Nombres nos está esperando- y finiquitó el discurso con un grito de júbilo; luego, dio media vuelta y se dejó fagocitar por la multitud.
- ¡Alabado sea Nometheos! – prorrumpieron al unísono todos los concurrentes- ¡Alabado sea Nometheos! Él ha escuchado nuestro clamor y vendrá a salvarnos.

Sin detenerse a pensarlo más, el coso cedió a la efervescencia de la conglomeración y se unió al festejo. Empezó por replicar las alabanzas al dios de los nombres. Después,

alzó las manos y aplaudió. Después, pretendió subir a un vehículo aparcado y gritar desde allí el gozo de la inminente liberación; pero resbaló en el capó y se golpeó la quijada con el parabrisas. Desistió de esa forma de expresión.

- ¿No es Perchero, aquél? – gritó una voz femenina, en alguna parte de aquel bullicio.
- ¡Ni siquiera se parece! – secundó un vozarrón masculino- Él no era pelado.
- No, no era pelado, pero esa cara sólo puede ser de él- replicó la mujer.
- Parece… Como si un camión le hubiera pasado encima… Varias veces- terció otra voz femenina.

Por entre la ininterrumpida marea de cosos aparecieron los dueños de esas voces: Nodo, Plumero y Maniquí, seguidos de los gemelos Caballete y Matamoscas. Un conjunto de emociones dispares se aglomeró en la cabeza del coso y le dejaron sin habla. Primeramente, experimentó alivio, puesto que allí estaban sus "primeros" hermanos, sanos y salvos; luego, sintió vergüenza y, en seguida, terror, porque allí estaban, justamente, sus "primeros" hermanos. ¿Cómo habían escapado incólumes del allanamiento de la Policía de Nombres? ¿Sabían, acaso, que había sido él quien los delató? Y, si así era, ¿venían a ajusticiarlo?

- ¡Sí, es Perchero! – declaró Maniquí – O lo que queda de él, al menos.
- ¡No sabés cuánto nos alegra encontrarte! – lagrimeó Nodo, mientras le daba un cálido y tierno abrazo. Aquella expresión de amor lo desestabilizó: no podía decidirse si ignoraban lo que él había hecho o si, por el contrario, lo habían perdonado. Nodo lo observó y dijo- No puede ser… Mirá cómo te dejaron esos hijos de puta.
- Creí que tenía ojos claros- dijo Plumero, confundido-. Pero ¿qué sé yo?

El coso los observó estupefacto. La adrenalina le inundaba el cuerpo y lo predisponía a huir, pues esperaba que, en cualquier momento, empezaran las acusaciones.

Los gemelos Caballete se le acercaron y, con genuina admiración, dijeron al unísono:

- Fuiste muy valiente.

El coso carraspeó.

- No… No sé de qué me hablan.
- No te hagas el humilde- replicó Nodo, sonriendo de oreja a oreja-. No me digas ahora que, cuando saliste ayer del refugio, no viste al patrullero.

- ¡Yo estaba ahí, yo estaba ahí! - gritó Matamoscas, contenta de participar de la conversación de los adultos- Resulta que ayer, cuando volvía al refugio después de buscar pan para desayunar todos juntos, vi que salías a la calle. Quise saludarte, pero empezaste a caminar muy, muy rápido. Entonces, vi que un coche de la Policía había empezado a moverse… ¡Y se movía hacia vos! Me dio mucho miedo, así que fui corriendo a avisarle a Nodo.
- Nos dimos cuenta de que el patrullero estaba apostado ahí porque sospechaban del escondite- explicó Plumero-. Por eso, aprovechamos que vos los distraías para salir de ahí. Después, supimos que lo allanaron. Perchero… Todos estamos en deuda con vos.

El coso quedó anonadado. Su cobarde deserción había resultado ser un acto de heroísmo. Si bien nunca supo que lo habían estado siguiendo, ahora pensaba que aquella nefasta "Cláusula Cobos", si es que de verdad existía, le había sido propuesta con la secreta intención de que delatara la existencia del escondite. Afortunadamente, él y solo él pagó las consecuencias de su accionar.

- No te dejaron un solo pelo de tanto que te golpearon- se lamentó Nodo, con una lágrima surcándole la mejilla.

De pronto, un lastimero sonido se hizo oír. Fue creciendo en intensidad hasta que fue tan ruidoso como la propia manifestación. Paralelamente, se oyó el rugido de poderosos motores y neumáticos que chirriaban al detenerse con brusquedad.

- ¡La Policía de Nombres! – gritaron los gemelos Caballete.
- No solo es la policía– musitó Plumero, aterrorizado-: ¡también es el Escuadrón de Nombres!

En efecto, junto a las patrullas habían aparcado unos vehículos sensiblemente más grandes e imponentes, de donde se apearon uniformados equipados con escudos y armaduras corporales, además de los cascos rebatibles característicos de las fuerzas del Poder Judicial Adjunto de la Nación. Todos y cada uno de ellos medían, como mínimo, dos metros de altura.

Los oficiales se apostaron en los flancos de la columna de cosos y, con megáfonos en alto, ordenaron la inmediata dispersión. Nadie acató. Repitieron el mandato varias veces, pero no hubo respuesta.

En ese momento, una sombra pasó raudamente sobre el gentío. El coso miró hacia el despejado firmamento y observó, recortado contra el sol del mediodía, un helicóptero de la Policía de Nombres. Lucía la coloración amarilla y violeta, el ave rapaz en

majestuoso vuelo. Descendió con celeridad y voló peligrosamente cerca de la multitud. Los patines de aterrizaje bien pudieron haber barrido la cabeza de algún coso más alto que el promedio. Mediante el sistema de altoparlantes repitieron la orden, pero el resultado fue el mismo.

La aeronave fue de un extremo de la multitud al otro, ladrando la advertencia de que se emplearía la fuerza de ser necesaria. Fueron tajantemente ignorados.

El oficial en el helicóptero declaró:

- Procedimiento de disuasión “Morales”: habilitado. Procedan.

Inmediatamente, comenzó la carnicería.

XXV

El helicóptero de la Policía de Nombres se elevó al firmamento y, desde la cabina de pasajeros, asomó un uniformado que portaba un lanzagranadas. Apuntó contra la multitud y disparó. Un proyectil de gas lacrimógeno cortó el aire caliente de la ciudad e impactó de lleno en el pecho de uno de los manifestantes. El coso malherido se desplomó y quedó cubierto por la cortina de gas. Sus congéneres más próximos cubrieron nariz y boca con las mangas del overol y corrieron a asistirlo. El oficial disparó varias veces más, en distintas direcciones.

Simultáneamente, en los flancos de la movilización, los uniformados de a pie emprendieron el ataque. Atropellaban a los cosos con los escudos y los aporreaban con las tonfas; barrían el aire con furia inusitada, haciendo saltar dientes, saliva y sangre. Algunos de los automovilistas atascados en la movilización abandonaron los vehículos y quisieron escapar, pero recibieron el escarmiento, también.

Los cosos en condiciones de combatir se movieron hacia los flancos de la marcha y dejaron lugar en el centro a los niños y ancianos, que, entre tanto, siguieron avanzando. Si bien no contaban con armas, el vigor que les insuflaba saber que su liberación se aproximaba, era más que suficiente para dar poder a los puñetazos y patadas que daban.

- Matamoscas, Maniquí, vengan conmigo- ordenó Plumero, y las guio a través de la columna interior.
- No tengan miedo de lastimar a esta lacra, chicos- dijo Nodo al coso y a los gemelos-. ¡No se contengan!

Nodo se arrojó sobre unos policías y empleó el peso de su propio cuerpo para derribarlos. Después, lanzó manotazos y patadas en todas direcciones, hasta que, eventualmente, golpeó algo. Los gemelos, por su parte, trabajaron en equipo para derribar a sus contrincantes: mientras uno lo sujetaba, el otro golpeaba.

El coso, presa del miedo, quiso fundirse en la columna que huía, mas fue retenido por un muchacho.

- ¿A dónde vas? ¡Tenemos que luchar!

Con el canto de la mano, el joven asestó un golpe directamente en la garganta descubierta de un policía y lo derribó. Profirió un alarido de guerra y, entonces, fue alcanzado por un bastón en el cráneo. Materia cerebral salpicó el rostro del coso, que aulló horrorizado. Dio media vuelta y se abrió paso a empujones por entre los que huían.

Una improvisada bomba molotov salió disparada de entre la multitud, describió una parábola invertida en el aire, y cayó sobre un vehículo. El impacto dispersó las llamas sobre la carrocería y no pasó mucho tiempo hasta que se incendió por completo. El humo del fuego se confundía con el gas lacrimógeno, lo que hacía a la atmósfera casi irrespirable.

A pesar de contar con equipamiento de combate, y usarlo con rabia incontenida, los uniformados perdieron terreno frente a los manifestantes, que comenzaron a coordinar sus ataques para doblegarlos. Además, cada vez que un miembro del Escuadrón o de la Policía de Nombres era abatido, los cosos se hacían con las tonfas, los escudos, incluso las pistolas. Esto último torció aún más la situación.

Ocurrió que un coso, sin mediar palabra, disparó contra un agente, matándolo en el acto. Otro policía, que observaba la secuencia, aulló furioso y abatió al coso a balazos. De inmediato, otros manifestantes, también armados, abrieron fuego. La avenida se volvió el escenario de un sanguinario enfrentamiento. Gritos de horror se elevaban de la multitud a medida que los poseía el pánico. Balas perdidas impactaban en los edificios lindantes, asesinaban curiosos en los balcones. De la cabina de pasajeros del helicóptero, un policía se asomó portando un fusil. Descargó una ráfaga de balas sobre la muchedumbre y abatió decenas de manifestantes. Acto seguido, un coso, al diquelar que la aeronave cambiaba de dirección y se aproximaba hacia él, levantó la pistola y gritó, con toda la fuerza de sus pulmones:

- ¡Por Nometheos!

Cuando el helicóptero estuvo lo suficientemente cerca, abrió fuego y no se detuvo hasta que el cargador se agotó. El fuselaje recibió numerosos balazos, el piloto, también. El vehículo torció hacia la izquierda, se ladeó un poco, y fue directo hacia un edificio de departamentos. El impacto fue atronador. Pedazos de ladrillo, metal y vidrio saltaron por los aires. Seguidamente, el devastado armatoste cayó al suelo y se incendió. Los cosos rompieron en aplausos y vítores.

En ese preciso momento, todos y cada uno de los uniformados se replegaron. Regresaron a las patrullas, sin considerar a los colegas caídos, y se retiraron. Los manifestantes lo festejaron casi inmediatamente, sin ser conscientes de que, en realidad, no se trataba de una huida.

El suelo comenzó a temblar. Primero, fue una leve vibración, después, una violenta sacudida que aparentaba ser un terremoto. Algo grande y poderoso se aproximaba. Todo lo que había en el recalentado pavimento, casquillos, escombros, vidrios, empezó a saltar por la cercanía de la inescrutable monstruosidad. La atención de los cosos iba de aquí para allá en busca del origen de la perturbación. Hasta que se dejó ver.

Una cuadrilla de enormes camiones lanzagua, de ocho ruedas cada uno, identificados con los colores y emblemas del Poder Judicial Adjunto de la Nación, apareció en las calles perpendiculares a la avenida. Se detuvieron a escasos metros de los cosos. Torretas automáticas, ubicadas encima de los camiones, apuntaron directamente a la multitud.

- ¡Corran! – gritó un coso, pero no hubo tiempo de reaccionar.

El primer camión disparó.

Una potentísima lanza de agua cayó sobre la multitud y derribó una decena de cosos. Más torretas se activaron, y más cosos fueron golpeados. Volaban por los aires como el tamo en el viento. La multitud, poco a poco, empezó a dispersarse.

- ¡No se separen! ¡No se separen! – gritaban algunos cosos, avispados de que, si lo hacían, los policías los capturarían con mayor facilidad.

Varios de los camiones lanzagua reanudaron la marcha e ingresaron en la avenida; las torretas dispersaban violentamente a los cosos. En un momento, algunos de ellos voltearon automóviles y se parapetaron detrás; quienes poseían armas, abrieron fuego. Fue inútil: el blindaje de los camiones los hacía invulnerables. Para peor, disponían de una briosa tracción 8x8, lo que les permitía avanzar sobre cualquier obstáculo y hacerlo pedazos. Lejos de rendirse, media docena de los cosos más combativos e impetuosos se treparon a uno de ellos para intentar desactivar la torreta. A través de unos orificios en

los costados de la carrocería, asomaron las inconfundibles bocas de fusiles automáticos. Una ráfaga combinada de proyectiles acabó con todos ellos.

A todo esto, el coso se había ocultado detrás de un utilitario. Pegó sus rodillas al pecho y cerró los ojos. Los dientes le castañeaban ruidosamente y el aire le faltaba. El horror de la situación que vivía, sumado a todo lo experimentado en los últimos días, le habían destrozado los nervios. Sintió el suelo temblar por la cercanía de uno de los camiones, pero no se movió: el miedo lo tenía, literalmente, paralizado.

- No, Perchero, ¡salí de ahí! – ordenó una voz femenina.

Nodo apareció en el campo de visión del coso. Tenía el cabello alborotado, moretones en el rostro y el overol desgarrado. Sin embargo, la luz del sol, que caía sobre ella, le confería un aura dorada que la asemejaba a una deidad belicosa.

- No te quedes ahí, ¡vamos! – instó la mujer, corriendo hacia él.
- Tengo miedo, Nodo… Tengo miedo de morir- gimió.
- No vas a morir, ¿escuchaste? – ella le tomó una mano y lo ayudó a incorporarse-. No si salimos de acá.

En el mismísimo instante en que empezaron a moverse, un camión golpeó el utilitario y lo partió a la mitad. Esquirlas de metal y vidrio salieron disparadas en todas direcciones. El coso sintió enterrarse algunos de esos proyectiles en la nuca. La torreta apuntó en su dirección.

- ¡No, por acá! - indicó Nodo, y, sujetándolo del brazo, lo instó a cambiar de dirección para huir de la mortífera columna de agua.

A su alrededor, los cosos trataban de reagruparse. Pero, ni bien se concentraban tres o más, un rayo líquido los golpeaba de lleno. El sistemático ataque de los camiones cisterna vedaba cualquier posibilidad de unificación.

Súbitamente, Nodo se detuvo. El coso casi tropezó con ella.

- ¿Qué… qué pasa, Nodo?

Al mirarla, notó que se había demudado y que los ojos se le enturbiaban. Siguió el curso de su mirada y descubrió, despatarrado en el suelo, el cuerpo de un hombre cuyo rostro había sido mutilado tras recibir el impacto directo del chorro de agua. La espesa barba gris que se extendía desde la destrozada barbilla delató la identidad del cadáver. Nodo cayó de rodillas y rompió en un desconsolado llanto. La contrición del lamento sobrecogió el corazón del coso.

- ¡No, por favor, Nometheos! – aulló la mujer, doblada sobre su abdomen y golpeando el pavimento con los puños- ¡No nos hagas esto!

El coso sintió que iba a descomponerse ante aquella visión, pero no podía dejar de observar aquella masa de huesos y sangre diluida por el agua. De pronto, notó que el suelo vibraba con más fuerza que antes. Se volvió para diquelar, con el corazón en la boca, la proximidad de uno de los camiones.

- ¡Nodo, vamos! – gritó, desesperadamente. Pero la mujer ni siquiera lo oyó. Estaba sumergida en una profunda desolación.

La torreta les apuntó y disparó. Una diminuta y risible nube de vapor emergió del cañón.

- ¡Se quedó sin agua! – gritó el coso, algo aliviado. Sujetó a la mujer de un brazo y la impelió a levantarse- ¡Vamos, vamos!

Nodo permaneció de rodillas, sollozando a voz en cuello:

- ¡No es justo, Nometheos! ¡No es justo!

El camión enfiló el ariete del morro directamente hacia ellos: la falta de agua no sería óbice para que desatendiera su misión. El coso sintió que el alma le dejaba el cuerpo. ¡Querían liquidarlos de una forma u otra! Tenía que decidir rápido: ayudar a su amiga, a riesgo de morir aplastado, o huir y salvar su vida. El instinto lo empujaba por lo segundo, pero su conciencia le obligaba a lo primero; no podía traicionar a Nodo por segunda vez.

El atronador rugir del motor acercándose le torturaba los tímpanos.

Entonces, antes de que pudiera decantarse por cualquiera de las dos opciones, sobrevino una profunda y total oscuridad.

XXVI

Lo primero que cruzó la mente del coso fue la idea de haber muerto. No obstante, aún captaba la vertiginosa situación. En efecto, oía angustiosos gritos, olía la enrarecida atmósfera, el calor del sol le mordía la piel. El problema radicaba en la vista: estaba completamente ciego. No podía vislumbrar su propia mano ni poniéndola a milímetros de la pupila.

El miedo lo sofocó. ¿Qué les había ocurrido a sus ojos?

Un par de personas, aquí y allá, clamaron:

- ¡No veo! ¡No veo!

Se sintió un poco más aliviado, ya que no era el único. Sin embargo, enfrentaba un problema aún mayor: el camión lanzagua, cuya proximidad le revelaba el temblor que sacudía sus piernas. Quiso huir, pero no supo hacia dónde: ¡no veía nada! Resolvió, con indecible terror, quedarse quieto. Con un poco de suerte, el monstruo pasaría junto a él y no sobre él.

Pasó lo primero. Sintió convulsionarse los órganos internos cuando rodó a su lado. Lo oyó alejarse y, pocos segundos después, lo sacudió una fortísima hecatombe. El estruendo fue comparable al que hizo el helicóptero al impactar contra el edificio, momentos antes. ¿Acaso el camión había chocado con algo, también? Lo ignoraba. Lo importante era que estaba vivo… Un timbre de alarma estalló en su cabeza: no escuchaba a Nodo. No plañía, no maldecía, nada.

- ¡Nodo! – gritó-. ¿Dónde estás?

No hubo respuesta. Lo embargó el horror de pensar que el camión la había arrollado. Dio unos pasos temerosamente, sin dirección, y volvió a llamarla. Una voz femenina, henchida de asombro, susurró:

- No puedo creerlo...
- ¡Nodo! ¿Estás bien? ¿Dónde estás? – gritó, atolondradamente.
- No creí que… fuera tan hermoso – la mujer semejaba estar atónita.
- ¿Dónde estás, Nodo? No puedo verte, ¡no puedo ver nada!
- No ves… ¿nada? Es imposible. ¡Brilla más que el sol!

La voz de la mujer connotaba una alegría sin parangón. El coso creyó que había terminado por enloquecer. De pronto, la escuchó sollozar.

- ¿Qué pasa?
- No creí que sobreviviría para ver esto.
- Nodo, por favor- el coso empezaba a perder la paciencia-. ¿Dónde estás? ¡No puedo ver nada!
- No, yo tampoco veía nada en esta oscuridad. Pero, entonces, apareció. Está ahí, en el cielo. Es como… como una flecha de fuego flotante. Es lo único que veo, ahora.

El coso rechinó los dientes, furioso. Estaba al borde de un ataque de nervios y su amiga o había perdido el juicio, o se burlaba de él.

Súbitamente, le llegó un extraño repiqueteo. Después, lo oyó más cerca y más claro. Eran aplausos. Le siguieron vítores y alabanzas exultantes:

- ¡Alabado seas, Nometheos, alabado seas!

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

Aparentemente, los demás cosos también veían el milagro.

- ¿No te decía que era hermoso? - dijo Nodo, con la voz quebrada por el llanto- Es la señal de la profecía. Nometheos nos va a mostrar el camino.

La desesperación comprimió la tráquea del coso. ¿Por qué no podía verla?

Escuchó las ponderaciones acercarse y pasar junto a él: los cosos estaban, de nuevo, en movimiento.

- Nodo, por favor, no puedo ver, ¡ayudame!
- No te preocupes, tranquilo. ¿Podés seguir mi voz?
- Creo… creo que sí.

El coso se movió lentamente hacia donde, creía, estaba Nodo. Extendió los brazos hacia adelante y dio pequeños pasos: no quería tropezar con algo o alguien. Cuando le pidió que hablara otra vez, la sintió más alejada.

- ¡No te muevas! – ladró.
- No me moví, Perchero- replicó ella.

Algunos cosos, sin querer, tropezaron con él y lo desorientaron. La llamó de nuevo, para poder ubicarse. La escuchó aún más distante.

- No quiero presionarte, amigo, pero… Vas a tener que apurarte. La señal se está *moviendo*.
- ¿Cómo que se está moviendo? – barboteó, aterrado.
- No sé… Creo que tenemos que seguirla.
- No, por favor, ¡no me dejes!

Con el corazón amenazando con reventar en su pecho, el coso empezó a dar zancadas más largas. Los brazos extendidos, prácticamente, arañaban el aire. El destino de ser una cosa propiamente dicha, un objeto a disposición de cualquiera por el resto de sus días, le pisaba los talones. La muerte, que se manifestaba a través de la completa enajenación de su persona, le susurraba al oído un futuro dantesco.

Pisó un objeto cilíndrico y cayó.

- ¿Estás bien, Perchero?
- Sí, sí… ¡Quedate donde estás, por favor!
- ¡No me moví, Perchero! – la mujer, que empezaba a perder la paciencia, se oyó aterradoramente lejos- No sé por qué no ves la señal, pero, si sigo acá, tampoco voy a verla yo. ¡No deja de moverse! No quiero ser una forra, especialmente, porque nos salvaste de los polícas, pero…

Cada vez le era más difícil escuchar a su amiga. ¿Por qué se alejaba? ¿Acaso no oía su clamor? ¿No tenía piedad de él?

Un segundo obstáculo lo hizo tropezar. Cayó al suelo estrepitosamente. Esquirlas filosas, de algún material indefinido, se incrustaron en las palmas de sus manos. Aquello fue demasiado para él. Rompió en llantos.

- ¡Nodo, por favor! – gritó, tan fuerte como pudo- ¡No me dejes!

Por alguna razón que ignoraba, tuvo la certeza de que su lamento no sería oído.

Y así fue.

Paulatinamente, la negrura que lo cegaba empezó a desaparecer. Se percató de que, en realidad, no había perdido la vista en ningún momento. Lo que había ocurrido era que una oscura niebla, compacta como el hormigón, lo había ensombrecido todo. A medida que se deshilachaba, aparecían ante sus enrojecidos ojos los estragos de la manifestación y el posterior combate con las autoridades. La Avenida del Libertador estaba salpicada, aquí y allá, de los cuerpos de cosos y oficiales caídos, trozos de vidrios, esquirlas de metal, casquillos de balas, y sangre, mucha sangre. Había civiles malheridos que clamaban a voz en cuello por ayuda. Las incendiadas carrocerías de diferentes vehículos completaban la escena.

El coso se puso de pie y miró hacia un lado y a otro, pero no había ningún rastro de la otrora mayestática procesión. Parecía como si se hubieran, literalmente, desvanecido en el aire. Tuvo la fugaz intención de llamar a sus "primeros" hermanos a los gritos. Pero supo que sería en vano. Miles de pensamientos de contrición y culpa se amontonaban en su cabeza y le producían dolor. Se atormentó por las acciones que había tomado, por las actitudes que había tenido.

Se dejó caer de rodillas, vencido. Cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar.

El sonido de las patrullas de la Policía de Nombres se dejó oír otra vez, más lúgubre que nunca.

EPÍLOGO

Registro de Obra Inédita No Musical en el Legajo Nº: RL-2024-17813953-APN-DNDA#MJ

Boris Mankān, ataviado con una camisa Lacoste y unos jeans Calvin Klein holgados que disimulaban sus espasmódicos movimientos al caminar, ingresó en el local *El Reino Verde*.

Inhaló con verdadera satisfacción el aroma a cedro, pino y sándalo que impregnaba el ambiente. Avanzó con una amplia sonrisa hacia el mostrador, donde lo aguardaba un diligente muchacho de no más de veinte años, con una ajustada vestimenta que resaltaba un cuerpo trabajado.

- Buenos días, señor- dijo el muchacho- ¿En qué lo puedo ayudar?

Boris Mankān se inclinó un poco sobre el mostrador para leer el gafete que colgaba del pecho del empleado. Se sorprendió gratamente.

- ¡Somos tocayos! – anunció el cliente Boris Mankān.
- ¡Qué coincidencia! – dijo el empleado Boris Mankān- No es un nombre común.
- Y, justamente por eso, es especial.
- Es una agradable forma de verlo, sí. Dígame, ¿qué buscaba?
- Necesito un perchero para mi mujer- contó el cliente Boris Mankān-. Trabaja en la Policía de Nombres y el otro día se le rompió el perchero que tenían en la oficina. Vaya uno a saber cómo se rompe un perchero, ¿no? En fin, que necesita uno y quería regalárselo yo. ¿Tenés algunos para mostrarme?
- Obvio que sí, señor- replicó el empleado Boris Mankān-. Venga.

Los tocayos atravesaron el salón en dirección a un apartado donde había media docena de percheros. El cliente Boris Mankān reparó en uno que le llamó poderosamente la atención. No porque fuera un perchero con la coronilla calva, ni porque estuviera completamente magullado, ni mucho menos por su aspecto melancólico. Lo que le llamó la atención fue, simplemente, que en ambos brazos tenía escrito innumerables veces un nombre: Boris Mankān.

- Creo que voy a llevarme este. Siento que es para mí. Literalmente, ¡tiene escrito mi nombre!

Los Boris Mankān rieron alegremente.